

JORGE BARADIT



# KALFÜKURA

El corazón de la Tierra



Lectulandia

Leonardo Caspana, niño pobre del altiplano chileno, llega hasta Arica para recibir una revelación: deberá cruzar el desierto del norte en busca del más grande tesoro, el Corazón de la Tierra, escondido desde la llegada de los españoles hace 500 años. Aquella reliquia desató la verdadera conquista: la Conquista Mágica de América, una batalla de magos negros y alquimistas contra chamanes y brujos americanos. Acompañado de una pequeña niña y de un enigmático curandero altiplánico, Leonardo enfrentará monstruos mitológicos y cruzará los monumentales paisajes del sur rumbo a la Antártica. Con la ayuda de brujos chilotes, machis y espíritus del bosque, abordará al Caleuche junto a un puñado de guerreros y brujos montados en cóndores. Todos unidos para combatir al ejército de conquistadores que ha vuelto desde las profundidades de Santiago de Chile. Será la última batalla por la piedra azul que hace latir al territorio, la última batalla por recuperar la Kalfukura.

**Lectulandia**

Jorge Baradit

**Kalfukura**

**El corazón de la Tierra**

ePub r1.0

Titivillus 03.12.2017

Jorge Baradit, 2009

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Gabriel, que en mi corazón es el  
héroe de todas las aventuras por venir.*

*Ñi piuke  
nepeley  
mapumew*

Mi corazón  
está despierto  
con la tierra

Leonel Lienlaf

# 1

Arica es un pequeño poblado desértico en el extremo norte de Chile. Con vista al mar y habitado por gente amable —de aquélla que duerme siesta pasado el mediodía—, Arica es un brote de civilización aferrado a la humedad del océano Pacífico, un enclave que resiste de espalda a la geografía más árida del planeta: el desierto, ese mar seco que se adentra en el alma de América del Sur, desplegándose entre cerros desnudos, como un maremoto de arena, tatuado con imágenes descomunales, estratos antediluvianos hecho de alfarería destrozada y restos de culturas que naufragaron en su inmenso silencio. Arica, aquella brizna de vida entre dos desiertos, hoy, sin embargo, está conmocionada.

El enorme morro que la flanquea, ese monstruoso pedazo de desierto levantado de cabeza hacia el mar, está gimiendo. Primero fue un rumor que algunos vecinos atribuyeron a faenas subterráneas de origen desconocido. Luego el ruido creció y se convirtió en un quejido lastimoso, desgarrador; un lamento largo y profundo que hizo vibrar la madrugada y rompió los nervios de la población.

Aterrorizados, los ariqueños concurren en procesión desde todas las iglesias de la ciudad a rogar por su silencio y su sosiego. Alguien dijo que era el llamado de las almas de los cientos de soldados muertos en aquella batalla sangrienta, unidos para siempre al polvo del morro. Otros fueron más lejos y hablaron de dioses atacameños tutelares que regresaban a cobrar su despojo y su exilio. Lo cierto es que el morro de Arica gime como un enorme cetáceo rocoso, agonizando de costado sobre el territorio amarillento del desierto de Tarapacá.

De todo Chile han viajado hombres de ciencia y de fe a verificar el portento; se instalan carpas civiles y militares; extraños aparatos llenos de antenas, puntas y agujas de muchos metros de largo son clavados en las carnes de la roca, intentando descubrir las razones del ruido. Satélites lo espían, cañones lo bombardean buscando su médula y su lágrima. Se cuenta de hombres de actitudes sospechosas que recogen algunos trozos de la piedra y los engullen mientras pronuncian palabras que no todos deben escuchar. Alguien se arroja desde la cumbre, alguien escarba hasta romperse las uñas en la piel terrosa.

Un pequeño bus pasa junto a los campamentos casi sin hacer ruido. En su interior, un niño apenas se asoma por la ventana mirando el espectáculo. Se llama Leonardo Caspana, tiene doce años y no entiende qué diablos ocurre. Es moreno, de ojos almendrados y pelo muy negro. De rasgos finos y hermosos, parece más el hijo de un antiguo príncipe Inca que un niño pobre del altiplano chileno. Está asustado por los gritos de los fanáticos, por las órdenes de los militares y las detonaciones de las sondas geológicas. Aunque, sobre todo, por el quejido hondo que parece salir desde el estómago de la mole gigantesca,alzada hasta casi tocar el cielo, más arriba de lo que su cuello es capaz doblarse y la pequeña ventanilla puede mostrar.

—¿Qué pasa ahí, tía?

—No tengo idea, Leonardo —dice la señora que lo acompaña.

Piel oscura, cara redonda, cabello negro ordenado en una gruesa trenza brillante que cae por su espalda.

—¿Para qué vinimos a Arica?

—Me has preguntado lo mismo treinta veces, niño. Dije que cuando llegáramos te iba a decir.

—Pero ya llegamos —contesta. Seis horas de viaje desde Pozo Almonte, cerca de Iquique, son seis horas dentro de un horno de lata ardiente, hacinado, sucio y, sobre todo, muy aburrido.

—Te dije —agrega, mirando de reojo hacia el morro—. Cuando lleguemos...

La ciudad está inquieta. Un viento inusual se levanta trayendo el aliento cálido del desierto, como una voz que susurra y advierte, pero en un idioma que ya nadie recuerda. Los remolinos de polvo aúllan y forman enormes pilares de bienvenida. El chofer del bus, preocupado por un mal presentimiento, decide detenerse en la entrada de la ciudad, dejar a los pasajeros y devolverse. Al bajar, Leonardo se aferra al pasamano y su tía Corsina apenas si sostiene su sombrero y sus polleras.

El aire está frío y la ropa del niño —pantalones de escuela adelgazados por el uso y una camiseta blanca remendada—, no sirven para cubrirlo de la inesperada temperatura. Caminan de la mano entrecerrando los ojos, enfrentando un viento que parece hecho de lija y fuego, como el aliento corrosivo de algún cerro enojado, como la forma en que el desierto ruge cuando tiene pesadillas; son remolinos amarillentos hechos de alfarería molida, sedimentos geológicos ancestrales, momias reducidas a polvo y restos de mineros perdidos mezclándose en nubes cargadas de memoria y furia.

—¡No me sueltes! —le grita su tía Corsina.

Leonardo apenas puede ver entre la mancha gris en que se ha convertido el paisaje. El sol, cayendo hacia el horizonte, recorta los edificios a contraluz a través del polvo. De pronto le parece estar viendo un sueño anaranjado, un recuerdo poco definido de algo que ha visto en fotografías y periódicos.

Entonces siente algunos gritos lejanos que poco a poco se van acercando. Una marea de aullidos de miedo que se alza más allá de la bruma y del terral. Alguien pasa corriendo junto a él y golpea el hombro de su tía con violencia; otro lo empuja y cae de espalda al suelo; se azota la cabeza contra la costra dura y reseca del desierto. Durante un instante ve estrellas luminosas y todo se vuelve blanquecino. Arriba, en el cielo, sin embargo, ve estrellas negras. Pero no pueden ser estrellas, las estrellas no se mueven. Son decenas de aves cruzando el cielo en todas direcciones, desorientadas. Enormes aves negras de cuello blanco.

¡Cóndores volando sobre Arica!

—¿Estás bien, hijo? —le pregunta la tía, revisándolo de arriba a abajo con sus manos pequeñas. Leonardo siente un pudor que nunca antes había experimentado y se mueve bruscamente hacia un costado.



—¡Qué está pasando, tía! —grita mientras los cóndores trazan líneas erráticas sobre el cielo. Corsina mira todo de reojo.

—Vamos a la Iglesia de San Marcos... Salgamos de aquí hasta que pase esta polvareda —la mujer tira del brazo a Leonardo, lo envuelve para protegerlo de las siluetas que de pronto surgen entre el viento.

Arica desaparecida bajo un remolino de polvo milenario, girando a enorme velocidad en torno al morro, que ahora ya no gime, sino bramaba como un embrión gigantesco intentando liberarse de su cascarón de piedra.

Todos en los campamentos estaban escondidos dentro de sus tiendas cuando vino el primer temblor. Las latas de comida y los instrumentos vibraron en su posición, luego comenzaron a caerse. Se desató el pánico cuando algunas rocas se desprendieron del morro y golpearon a los militares que vigilaban las barreras perimetrales en torno al macizo. Todos querían alejarse de los derrumbes y de algo que parecía querer ponerse de pie en cualquier instante.

El segundo temblor no fue diferente. Pero esta vez, entre la polvareda, fue creciendo el ruido grueso de las bocinas de algunos barcos anclados en la bahía.

—¡Maremoto! —se escucha a lo lejos. El griterío se hace ensordecedor; todos buscan alguna vía para subir hacia las lomas y puntos más altos de una ciudad construida sobre terrenos bajos y vulnerables a la furia del mar.

Corsina sabe que no hay escapatoria y apura el paso hacia la pequeña iglesia de metal y remaches diseñada por Gustavo Eiffel; una iglesia que se levanta como una preciosa caja de música albiceleste en el centro de la ciudad; un objeto diminuto y lujoso que desentona con el entorno café del adobe, la arena y las alpacas. Su instinto le dice que al menos deberá salvar su alma del desastre. Leonardo mira hacia lo alto.

—¡Camina, niño!

El cielo ha cambiado y los cóndores ya no vuelan desorientados.

Ahora son meandros oscuros que danzan como un gigantesco cardumen sobre Arica. Giran y se reagrupan como un torbellino de furiosos calamares negros, mientras que abajo el mar parece hervir. No sabemos si el océano retrocede preparando su látigo o es Arica la que se levanta resquebrajándose entre gruñidos, haciendo retroceder las aguas hacia cotas antiguas y perdidas.

Leonardo y Corsina golpean las puertas de la iglesia.

—¡Déjenos entrar!

Las puertas se abren y rostros asustados aparecen desde la oscuridad; piel color de arcilla, cejas espesas, temor de Dios en los ojos.

El espectáculo al interior de la pequeña iglesia es terrible: un piño de seres humanos vulnerados, abrazándose unos a otros alrededor del altar; un sacerdote se mueve invitándoles a rezar en voz alta para que Dios escuche entre el ruido y los derrumbes.

En ese momento un niño grita subido a una banca, apuntando al cielo a través de la ventana. Ahora los cóndores hacen un giro extraño y se dejan caer sobre la ciudad.

Los vitrales de la iglesia estallan despedazados por las aves que los atraviesan, chocando contra todo y contra todos. Una lluvia de cristales se sostiene en el aire, brillando contra la penúltima luz del sol poniéndose en el horizonte al interior de la iglesia. Una lluvia de diamantes pulverizados estalla en los oídos de Leonardo, que grita horrorizado, abrazando a su tía que llora y dice palabras antiguas con los ojos apretados y el corazón empuñado.

Una enorme explosión venida del fondo de la tierra retumba en los huesos. Catedrales enormes parecen derrumbarse bajo el suelo de la ciudad, nadie puede sostenerse de pie cuando el verdadero terremoto comienza. Los minutos parecen días y los gritos no se escuchan cuando el mundo desaparece a tu alrededor. Agazapado como una liebre, con los ojos cerrados para esconderte de ti mismo, respirando polvo, y rogando a la tierra que se calme. Uno, dos, tres minutos eternos. El rugido que hace temblar y parece no detenerse.

De pronto, el silencio.

Cuando Leonardo abre los ojos, la última luz del sol entra por las ventanas despedazadas y baña —a la par que el polvo que baja y del ruido que se aleja— las bancas desordenadas de la nave mayor. Sólo queda el aleteo sordo de algún ave moribunda atravesada por dagas de cristal, el sollozo de una mujer y la letanía suave de la tía Corsina, que cae como un manto de protección sobre los hombros de Leonardo, sobre la iglesia y sobre una ciudad pequeña que empieza a reaparecer entre el polvo y el desastre.

## 2

Los ariqueños salen de sus escondites con cautela. Son animalitos asustados que asoman entre grietas y puertas desencajadas por el sismo; son hormigas después de la lluvia. Forman grupos, hablan en voz baja, se juntan con otros. Comienzan a caminar hacia el centro de la ciudad, buscando por instinto alguna autoridad que organice su temor. Algunos ayudan a apagar pequeños incendios, otros recolectan agua de grifos y cañerías que sangran haciendo parecer a la ciudad como un gran accidentado contuso, cruzado de heridas expuestas y fracturas bajo la piel.

Leonardo y Corsina también salen de la iglesia, aprovechando las últimas luces de un cielo ahora despejado, azulino, límpido y tranquilo. Los temblores se suceden; aunque son pequeños, les alcanza para hacer llorar a los niños y angustiar a sus padres.

Hay gritos que provienen de la costa. Leonardo y Corsina se miran y siguen a la multitud que avanza hacia la playa llevados por el murmullo y los anuncios de aquéllos que, cargando antorchas y linternas, habían llegado primero.

Nadie estaba preparado para lo que les esperaba.

Corsina se acercó a los roqueríos. El mar estaba demasiado tranquilo, casi no se oía. Avanzó un poco y aguzó la mirada buscando penetrar la incipiente oscuridad. Lo mismo hacía el resto de los ariqueños, comenzaban a murmurar sorprendidos de que el mar no estuviera en su sitio. Ahí, donde debía haber una masa negra cimbrándose contra rocas y rompeolas, ahora no había más que un fondo de arena y basura industrial extendido hasta donde era posible ver.

En ese instante comenzaron los ataques de histeria, los llantos desatados y los gritos de angustia. El sacerdote de la Iglesia de San Marcos los llamaba a viva voz para que se congregaran en torno a su templo; los llamaba a orar por la ciudad y por sus hijos que, separados del resto del mundo, sin comunicaciones ni caminos viables, debían esperar, sin saber hasta cuándo, la aparición de la ayuda y el consuelo como quien se sienta en una isla desierta.

Así les sorprendió la noche plena. Leonardo abrazado a su tía, todos abrazados a todos en torno a unas pocas fogatas en calles y plazas, temerosos de entrar a sus propios hogares y ser aplastados por algún temblor.

Nadie durmió.

Nadie habló.

Nunca hubo tanto silencio en Arica. Ahora ni siquiera se oía el rumor pausado del oleaje marcando los minutos de la noche.

### 3

Los helicópteros levantaron el vuelo antes del amanecer. Iquique, distante cuatrocientos kilómetros al sur de Arica, había alcanzado a recibir confusas transmisiones de radio que hablaban de remolinos de viento, de ataques de cóndores, de agua y de maremotos suspendidos. Eran mensajes de vírgenes de las peñas y de santos patronos; de castigos divinos y acabo de mundo. Todo antes de un espantoso silencio unido a mediciones sismográficas inquietantes y alaridos en frecuencias de onda corta, provenientes de las zonas aledañas. Todos los sistemas de alerta y reacción ante catástrofes naturales se activaron de inmediato. Enviaron un extenso comunicado a las oficinas centrales en Santiago, pero nadie mencionó, sin embargo, que todos los bebés de Iquique lloraron al unísono a la misma hora del terremoto y que algunos perros chocaron contra los muros de la iglesia hasta romperse los huesos.

Una mujer dormida se escribió muchas veces el Padre Nuestro en todo el cuerpo, sin despertar de un sueño donde comía piedras pequeñísimas que sabían escribir. Un hombre lloraba sin consuelo aferrado a un árbol, sin poder explicar que todo su padecimiento se debía a un color horrible que veía cuando cerraba los ojos. Esa noche todos soñaron con guanacos quemándose por dentro y corriendo hacia el mar. *Graffitis* callejeros pedían devolver las momias a sus *wakas* y enterrar de regreso todo el cobre extraído a las venas del desierto..., o algo grave se desataría.

Iquique estaba más preocupado de Arica que de los anuncios que ocurrían en sus propias calles.

Pese a que los pilotos salieron a primera hora, de todos modos debieron volar en condiciones difíciles, con la penumbra y la camanchaca que todo lo escondían. Los cuatro helicópteros Puma del Ejército de Chile iban rasantes y a gran velocidad, en paralelo a la línea costera, junto a los acantilados que precedían a la bahía. Al girar el codo que esconde a la ciudad, se encontraron con una sorpresa mayúscula: frente a la costa de Arica el suelo marino se había levantado en cientos de kilómetros cuadrados y, sobre éste, se recortaba con gran nitidez y a pocos metros del antiguo borde, una enorme ciudad incaica, hecha de piedras lisas que brillaban al sol del amanecer; una metrópoli fabricada de gigantescos megalitos tallados y dispuestos en círculo en torno a una plataforma de roca negra, con una gran portilla en el centro, idéntica a la Puerta del Sol de Tiwanaku. El deterioro de las edificaciones era evidente, la antigüedad del conjunto era indeterminable. Los pilotos volaron alrededor como pequeñas moscas asombradas y transmitieron por radio intentando explicar a tropezones lo inexplicable.

Leonardo y Corsina estaban parados sobre los roqueríos admirando la misma imagen: una ciudad completa y desconocida se había levantado desde el fondo marino y los observaba, quizá, con la misma perplejidad. Dos ciudades mirándose frente a frente.

Los helicópteros pasaron sobre sus cabezas tronando con fuerza, pero ellos ni

siquiera les prestaron atención.

—Tía Corsina —dijo Leonardo sin dejar de mirar la ciudad—. ¿A qué vinimos a Arica?

La mujer parpadeó mirando los glifos que adornaban los monumentales pilares de entrada a la ciudad. Parecían hombres-cóndor y hombres-jaguar, los poderosos guerreros de la luna y el sol.

—Tu madre no está muerta, Leonardo —le dijo con suavidad—. Está acá, en Arica, e iremos a conocerla.

—El niño está vivo. Puedo sentirlo —anunció el anciano de barba gris y ojos vacíos.

—Llegó el momento —dijo el hombre tras el manto oscuro.

Cometieron un error muy grave al sacarlo a la luz. Tantos años confundido entre la muchedumbre y ahora por fin sabemos quién es y dónde está. En dos días más se cumplen quinientos años desde nuestra derrota..., en dos días más la trampa que nos arrojara a las profundidades se disolverá y podremos cobrar nuestro derecho. Sólo quedan dos miserables días para nuestra libertad.

La silueta más delgada comenzó a despegarse de la pared botando terrones y pequeñas piedras, moviendo una mano que crujió al desprenderse de entre la tierra seca y petrificada.

—Después de tantos años y tantas batallas, Almagro. Después de la derrota, ¿conseguiremos, por fin, lo que vinimos a buscar a estas últimas comarcas abandonadas del Señor? La sombra más encorvada movió una pierna que más parecía un trozo de madera vieja y el polvo se levantó al quebrarse como una cáscara terrosa. Adentro había algo que buscaba respirar de nuevo.

—Oremos para que así sea, don Pedro; oremos para que así sea. El conjuro se debilita. Despierta a los ejércitos que yacen mezclados en el polvo, llama a los alquimistas, desentierra a los gólems, saca a los homúnculos desde el barro y el estiércol, invoca a todos los brujos que aún duermen el sueño de quinientos años. Celebremos, porque en poco tiempo abandonaremos estas cavernas infectas, estos agujeros inmundos para subir de nuevo a la superficie. Ya no viviremos más huyendo de la luz del sol en estas catacumbas húmedas... Santiago del Nuevo Extremo, subiremos a cobrar lo que siempre ha sido nuestro.

En la oscuridad, decenas de pequeños ojos rojos se encendían poco a poco, reconociéndose, despertando, gruñendo.

El espectro más alto doblaba con dolor las articulaciones, que crujían partiendo la tierra endurecida entre huesos y rótulas. Un escarabajo salió desde su oreja. Abrió las quijadas para botar arena y hormigas, con los dedos extrajo escombros podridos desde su garganta.

—Ya no nos seguiremos alimentando de porquería, sangre y de ese demonio, la electricidad, don Diego. Ya no más ratas, ya no seremos más parásitos.

—Hace tanto que no digo ese nombre que mis mandíbulas se niegan a articular su sonido. Cuál es, cuál es ese deseo que vinimos a buscar hace tanto tiempo, don Pedro. Recuérdame por qué vinimos a estas tierras tan alejadas de la mirada del Señor.

Por qué vinimos al fin del mundo a dejar nuestros huesos expuestos al sol implacable, alejados de nuestras mujeres y de nuestra adorada Castilla tan plena de lluvia, frutas y manjares opulentos. Dígame el nombre, dígamelo.

—La Kalfukura, don Diego. La Kalfukura.

Los temblores no cesaban de remover la ciudad cada cierto lapso, como los estertores de algún monstruoso animal agonizando bajo tierra.

Corsina avanzaba por calles cubiertas de escombros en dirección a la población Juan Noé, en el norte de Arica. Llevaba al niño tomado de la mano. Leonardo tenía la mirada baja y se resistía, haciendo más lenta y pesada la caminata.

—¡Niño, por Dios! —explotó Corsina, tirándolo con fuerza del brazo.

—No quiero ir —masculló.

La mujer suspiró hondo, esperó unos segundos y se agachó con torpeza, buscando sentarse en la solera de la calle.

—Ella quiere verte, ¿lo entiendes?

—¿Y para qué quiere verme ahora? —dijo con un poco más de decisión.

—Ella te lo va a decir cuando te vea.

—Vamos a seguir con las adivinanzas... —agregó desafiante.

Corsina lo miró sorprendida. Hace sólo unos meses, Leonardo habría sido incapaz de hablarle en ese tono. Desde el lugar donde estaba sentada, se veía mucho más grande, más joven. Leonardo estaba dejando de ser un niño y la invadió la angustia y la tristeza. Murmuró el nombre de dos o tres santos y se puso de pie para continuar la marcha. Leonardo se quedó algunos segundos inmóvil pero pronto corrió para caminar a su lado, cabizbajo y muy molesto.

—Ella es una persona muy importante —dijo Corsina en tono conciliador—. Tuvo que dejar de verte cuando eras una guagüita porque ya no podía cuidarte. No creas que no le dolió dejarte conmigo. Estuvo tres días llorando abrazada a ti antes de entregarte. Cuando te recibí de sus propias manos, sus ojos habían cambiado de color de tanto llorar. Ahora son tan azules como el lago Chungará.

—Si estaba tan triste, para qué me abandonó... —murmuró para sí.

Corsina caminaba rápido pero hubiera querido ir más lento, infinitamente más lento porque sabía que era el momento de entregar a Leonardo de regreso. Ella lo había criado y ahora debía separarse de él. Entonces entendió más que nunca el dolor de su hermana. Leonardo la vio secarse las lágrimas y sonarse con un pañuelo bordado con flores de ñañañuca, pero no dijo nada. La tía Corsina o Mamatina, como le decía de pequeño, nunca le había explicado por qué lloraba cuando lo abrazaba. Él se había cansado de preguntarle.

Por todos lados se veían tiendas y campamentos improvisados, llenos gente que aún no quería regresar a sus casas por temor a los terremotos.

Leonardo y Corsina avanzaban en medio de una población de casas pequeñas y pasajes estrechos que se iban haciendo cada vez más sombríos. La gente miraba con sospecha, los rostros se volvieron más y más indígenas a medida que se sumergían en la población Juan Noé. Atravesaron el pasaje cuatro, el cinco, el seis y la gente usaba ropajes tradicionales aymara o quechua, algunos ancianos cargaban pututos, un tipo

de instrumento de viento fabricado con una gran caracola marina; otros llevaban mantas y ojotas. Todo parecía estar retrocediendo en el tiempo. Así llegaron al Pasaje 7. Casa 922, casa 932. El suelo tenía vegetación altiplánica. Casa 942, casa 952. El aire se volvía más helado y transparente. Entonces vieron a un grupo de gente autóctona aglomerándose frente a una casa en particular. Curiosamente no hacía calor y se sentía el ruido de un arroyo al correr por las piedras. Casa 962. Mucha gente en la entrada, Leonardo se cohibió. Todos lo miraron con asombro, incluso con temor.

—No quiero entrar.

Corsina se pone las manos a la cadera y mira.

—Leonardo, por favor.

—No voy a entrar.

—Es importante.

—No me interesa, yo no quiero entrar y punto.

Corsina cierra los ojos y gira la cabeza para ponerse de cara al niño. Los abre y Leonardo da un salto de horror hacia atrás; los ojos negros de Corsina saltan envueltos en un rugido de puma que dura horas y le abre el pecho como un viento soplando sobre agua, para quedarse a dormir ahí, para siempre, en el frío de la puna.

—Es importante —le insiste muy seria, y con un gesto hace que todo el universo vuelva a tomar su forma, su tamaño y su color normal. Reduce la intensidad del recuerdo en la mente de Leonardo, para no dañarlo.

El chico recupera el aliento, la calma y estira la mano asustado.

Cruzan el living, entran al comedor para salir a un patio interior pequeño, repleto de indígenas, algunos semidesnudos, otros envueltos en pinturas rituales; uno que parece levitar en una esquina. Hay una alpaca, unos gatos y muchos pájaros gritando desde el techo. Corsina abre una puerta en el suelo.

Surge aroma de jazmines. Leonardo se resiste con sutileza, está paralizado por la sorpresa. Bajan por una escalera hacia un túnel excavado en la tierra misma. El calor es insoportable. El túnel comienza a cubrirse de glifos y de figuras que parecen contar una historia espantosa, de terremotos, muerte y renacimientos.

Leonardo no puede creer lo que está viendo. Hay flores en el suelo. Al fondo se ven muchas personas en una pequeña sala circular e iluminada con lamparitas enterradas en las paredes de la caverna. Apenas se ven las caras. El calor es insoportable.

—A ver, a ver; que viene el niño —dice Corsina.

Los presentes abren paso dejando entrever una cama en el centro, con un bulto blanco encima. Leonardo está asustado, aferra con fuerza la mano de su Mamatina.

Una mujer se acerca y le susurra:

«Perdió el corazón. No hay mucho que hacer. Es cosa de tiempo».

—Espérame aquí —dice Corsina y se acerca dos pasos hacia la cama. El bulto gira sobre sí mismo y el niño cree ver un rostro entre los pliegues. Corsina le habla al oído y el rostro se mueve hacia Leonardo. Una mano sale entre las telas y le hace un



suave gesto de invitación.

—Quiere que te acerques —dice Corsina apenas levantando la voz—. Tu madre quiere que te acerques.

Leonardo baja la mirada y no se mueve. La mujer en la cama hace enormes esfuerzos, se incorpora con mucha dificultad y se sienta en el borde. Corsina se angustia e intenta detenerla.

Leonardo la mira de reojo, su rostro es moreno pero sus facciones son muy finas: sus ojos almendrados están rematados de cejas en forma de daga. Es muy hermosa, pero se ve enferma. Su boca se abre, sus ojos suplican.

—Hijo... Leonardo, ven por favor.

El niño no se mueve.

—Hijo, por favor.

—¡No me digas así! —estalla en cólera—. ¡La Mamatina es mi mamá! ¡Ella me ha cuidado todos estos años, no tú! Un temblor hace caer tierra desde algunas grietas.

—Hijo..., Leonardo, por favor acércate...

Leonardo tiene los puños apretados contra el cuerpo.

La mujer intenta ponerse de pie y el suelo se estremece con ella. Sus rodillas tiemblan junto con todo el territorio. Su frente se oscurece igual que el cielo sobre Arica en ese mismo instante. Corsina la cubre con una manta roja y negra cruzada con glifos geométricos. La mujer da dos pasos hacia Leonardo, afirmada del brazo por un hombre de rostro seco pero amable.

—Leonardo, hijo. Intenta comprender. Ahora tendrás que ser fuerte y valiente...

—¡No soy tu hijo! —grita ahora con el rostro lleno de furia.

—Pero viniste a verme.

—La Mamatina me trajo con mentiras. ¡Nunca habría venido si hubiera sabido que me traería a ti!

Todos se miran asustados. Incluso algunos retroceden.

Algo ocurre. El suelo no para de temblar. El techo desprende trozos de roca, al igual que el dintel de la puerta que corona la pirámide, allá en la ciudad frente a la costa. Las flores pierden algo de color.

—Hijo mío, es importante que entiendas —avanza dos pasos y se pone enfrente de Leonardo con las manos extendidas, el niño gira y le da la espalda. El temblor aumenta en intensidad.

—Dicen que mi padre murió por tu culpa, también —murmura.

La mujer cae de rodillas; el sol se oscurece, aves caen al suelo desde sus ramas como las lágrimas desde el rostro de Corsina. El temblor se hace más intenso y algunos presentes en la caverna comienzan a buscar la salida. El polvo cae como lluvia café que al niño le recuerda Arica un par de días atrás.

La mujer casi desfallece, sus ojos parecen manantiales y su piel es del color de las piedras del volcán Parinacota, hermosos glifos aymara parecen brotar de todo su cuerpo, pero en la penumbra de la caverna nadie parece notarlo.

—Hijo...

Leonardo gira y avanza lento, se acerca para abrazarla en medio del temblor. La mujer cierra sus brazos en torno a él y el niño le susurra al oído.

—Te odio..., quisiera que te murieras ahora mismo.

El temblor se detiene.

El silencio se extiende simultáneo en toda la región, en kilómetros a la redonda. Incluso las aves dejan de cantar.

La mujer aprieta sus párpados.

Peces suben a morir a la superficie del mar.

Las flores se cierran para esconderse de la luz y perecer.

Un trozo enorme de la Puerta de la Luna cae con estruendo, igual que el corazón de la madre de Leonardo.

Las manos de la mujer resbalan por la espalda del niño y cuelgan laxas como ramas muertas, cimbrándose al viento.

Corsina da un grito y estira sus brazos para tomar del tronco a la mujer que se desploma lento hacia un costado, hasta golpear la tierra y rebotar entre el polvo y las piedras del suelo de la caverna. Entonces algunos corren a sostenerla y la examinan con desesperación. Leonardo mira la escena de llantos, gritos y auxilios con asombro y culpa; comienza a retroceder hacia la salida hasta que una de las mujeres le dirige una mirada de furia y corre por la caverna buscando la salida. Alguien lo detiene a medio camino y lo toma de las solapas.

—¡Mataste a la Pachamama! ¡Desgraciado! —Leonardo se zafa y sigue corriendo hacia la salida. Esquiva brazos y algunas manos que intentan detenerlo, sube la escalera y sale al patio donde la conmoción no es menor que en el subterráneo.

Siente que alguien grita su nombre desde la caverna y se asusta aún más. Aún no se da cuenta de cuán oscuro está ahí afuera, de que el sol está llorando y la Tierra se queja de su infortunio. Leonardo sólo corre buscando el escape, la salida que aparece en su horizonte a sólo unos metros y sin obstáculos.

Piensa que querrán castigarlo, aporrearlo..., quién sabe..., matarlo. Entonces acelera y cruza el umbral con todas sus fuerzas. Lo único que recuerda es haber recibido un fuerte golpe en el estómago y una espiral oscura por donde resbala de dolor hacia ningún lado. Cuando despierta, sólo un par de segundos después, ve a un viejo de piel muy arrugada sentado en cuclillas junto a él. Un brujo del altiplano, un *kallawaya*.

—El que huye lo hace porque hizo algo malo —dice con voz calmada. Tiene un chuyo sobre la cabeza, una manta de alpaca y un bolsito de lana colgando del cuello; el bastón es tosco y tiene una punta de bronce labrada con un guerrero-cóndor sosteniendo rayos de sol en su mano derecha. Decenas de polillas giran en torno a su cabeza.

—¿Por qué me golpeó? —susurra.

Leonardo se levanta con dificultad, ayudado por el anciano que le palmotea el

hombro.

—Si te fijas, nadie te está viendo. Nadie puede verte porque caminas conmigo. La Tierra es mi testigo —agrega tocando el suelo con su bastón—. Estoy hecho de tus recuerdos y tú estás en otro lugar, en realidad... Vamos, conversemos un poco.

—¿Por qué me golpeó? —Leonardo recupera el enojo y la desconfianza a medida de que el dolor se desvanece. Retrocede dos pasos y mira alrededor buscando por dónde escapar.

Quizá ir donde el cura de la iglesia, él podría cuidarlo hasta que a su Mamatina se le quite el enojo. Quizá el cura pueda perdonarle lo que hizo, no quería hacerle daño a esa señora.

—¿No quieres saber qué es lo que ocurrió ahí adentro con tu madre?

—Ella no es mi madre —rezonga con tristeza.

El viejo kallawaya se ríe haciendo sonar la boca sin abrirla; de hecho, ha estado hablando sin abrir la boca desde un principio.

—Ella es tu madre y la madre de todos, además. Y casi la mataste.

—¡Pero yo no quería hacerle nada! —grita y comienza a sollozar.

Se ve más pequeño de lo que realmente es.

Leonardo no lo admite, pero siempre soñó con verla, aunque fuera una sola vez. Cuando muy pequeño le dijeron que había muerto en un accidente. Nadie hablaba mucho de ella, le decían que había sido hermosa y él se la imaginaba como un ángel moreno de largos brazos y pecho tibio. Muy parecida a la mujer que agonizaba en ese catre a cinco metros bajo tierra.

Había encontrado a su madre y casi la había asesinado. Ahora las lágrimas le ruedan por el mentón, pero se desvanecen antes de tocar el suelo.

—¿Quieres entrar a verla de nuevo?

—No puedo —solloza—. Ellos me odian por lo que hice. La Mamatina también me debe odiar ahora. Ella estaba enferma y ahora se va a morir por mi culpa.

—Tienes razón..., si no la ayudas, va a morir, y muy pronto.

Perdió su corazón y está muy débil.

Leonardo quiere hacer un hoyo en la tierra. Tiene mucho miedo, quizá su Mamatina no querrá verlo más. Quizá su madre va a morir y todo por su culpa. La angustia le come el corazón y el mundo se hunde a su alrededor.

—Yo puedo ayudarte a salvarla —dice el anciano tomándole la cabeza y acariciándolo un poco.

—Tengo miedo.

Leonardo estaba atravesando la peor de las etapas; su furia se había desvanecido y surgía limpio el deseo de perderse entre los brazos de su madre soñada, que comenzaba a irse de nuevo, esta vez por su propia culpa. El llanto de Leonardo se escuchaba a muchos metros a la redonda. Entonces el kallawaya le tomó la cara y pintó de amarillo el mundo alrededor suyo, muchos insectos pequeños, preciosos como gemas, subieron a consolarlo y flotaban sobre Arica a kilómetros de altura.

Desde arriba, la ciudad sumergida tenía la forma de un ojo a medio cerrar.  
—Miedo es lo que no debes tener si pretendes salvarla.

## 6

Chile tiene la forma de un sendero largo y angosto, pero también la de una pista de despegue. Es una carretera para quienes quieren viajar hasta el otro lado.

Si usted lo recorre de punta a cabo, desde el desierto de polvo hasta el desierto de hielos, visitando los lugares sagrados; si usted es capaz de reconocer cada templo natural y escuchar los consejos que cada lugar tiene para darle, entonces usted crece, se hace grande, fuerte y poderoso. Cuando llegue al final del camino, usted se vuelve un gigante preparado para saltar el mar y entrar a la Antártida y su secreto, como un guerrero de la Calfucurá.

*Tahuapacac. Crónicas de las anomalías y consideraciones  
particulares acerca del territorio sagrado del Reyno de  
Chile.*

Manuel Antinao Santander, 1945

Leonardo despierta de un desvanecimiento momentáneo, mira a su alrededor y lo invade el espanto. Caminan por el interior de las paredes de la caverna donde descansa su madre.

Intenta gritar, pero el kallawaya sonrío y le tapa la boca con un color de amatista.

—No estamos realmente aquí —le susurra desde el interior de su cabeza.

Casi transparente, a lo lejos entre diminutos cristales de cuarzo y el polvo prensado del desierto más antiguo, la escena terrible comenzaba a oprimirle el corazón. Un corro de matronas hincadas alrededor de la mujer lloran y suplican en lenguas desconocidas, rogando con el rostro demacrado, a la deriva en el lecho frágil y la penumbra. Leonardo quiere llorar, pero descubre que hace mucho rato que no está respirando.

—¿Estoy... muerto?

—Tranquilo —musita el kallawaya—. Estamos en un recuerdo..., mantén tus ojos adelante. Por sobre todo no mires hacia abajo, los recuerdos no tienen suelo y podrías ver lo que hay debajo de las pesadillas. Así no podría ayudarte.

Leonardo apretó las mandíbulas, una mujer miró de reojo, intuyendo algo, sintiendo un aroma extraño en medio del pecho, un aroma amargo. El resto, llora. Detrás de una cortina aparece su Mamatina. Entonces alguien pregunta:

—Y ese niño del demonio, ¿dónde se fue?

—No le digas así, él es mi niño, un buen niño para que sepas —dijo Corsina.

Leonardo sonrió al volver a verla y a escuchar su voz gruesa de mujer fuerte.

—Tu niño acaba de apuñalar a su propia madre, Corsina.

—¿Viste las plantas allá afuera? ¿Viste que empezaron a morirse todas? —añadió otra.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —sollozó una tercera, aferrada a los pies de la mujer.

—La Pachamama se nos muere, Corsinita.

—Nunca pensé que iba a llegar a ver esto, por Dios —lloraba una que se acurrucaba en una esquina.

Leonardo sentía encogérsele el corazón, que se le agarrotaban las piernas; quería llorar pero se sentía hecho de arena. Se miró las manos y gritó al ver que se escurrían y perdían forma derramándose como polvo muy fino hacia el suelo.

—¡Ayúdame! —le gritó al kallawaya.

—No eres todo lo fuerte para mantenerte en una pieza. Ayúdate a ti mismo.

—¡No sé cómo! —intentaba modular mientras el rostro se le desmoronaba.

—Te mueres de vergüenza, de pena..., tu madre sostiene la alegría del mundo. Tu madre es las flores, tu madre es el agua y el musgo en las piedras del agua. Tu madre es alguien muy especial... y está desapareciendo.

Leonardo se miró el cuerpo, convertido en un cúmulo de polvo que se lleva la

brisa de la memoria. No pudo llorar porque estaba seco, como el desierto de Tarapacá, como su corazón ahogado por la pena.

—Ayú... da... me.

—Salva a tu madre, pero tendrás que ayudarte a ti mismo.

Leonardo se desvanecía y todo se le llenaba de estrellas, disolviéndose para siempre en el viento helado de la noche del desierto. Con su último gramo de consciencia, esgrimió una respuesta que sólo el kallawaya pudo escuchar.

Entonces el cielo sobre Arica se quebró igual que un plato de arcilla y Leonardo cayó de bruces sobre la cima del morro.

Envuelto en una nube de polvo, escupió un cartucho de bala de un viejo fusil Comblain II. El casquillo tenía una palabra escrita en el costado. Leonardo levantó la vista y miró los ojos que el kallawaya tenía detrás de los ojos.

Escupió polvo. Su rostro pareció brillar un poco en el día gris que se hundía sobre la pequeña ciudad.

—Dime cómo salvar a mi madre.

—Este país es una red de agujeros, don Pedro.

El polvo caía desde sus cuencas vacías y la boca era un tejido de terrones y fibra seca. Placas oxidadas de armaduras medio desintegradas y telas podridas eran pobre sustento para el atado de huesos y piel seca que se derrumbaba por dentro.

Aún así se puso de pie, avanzó dejando trozos de sí mismo a medida que las zancadas se sucedían.

—Hay tenientes enterrados en vasijas de greda bajo cada iglesia de este país; sueñan y hablan entre ellos. Hay una iglesia al menos cada trescientos kilómetros, de manera que las comunicaciones son posibles para nuestras tropas —dijo Diego de Almagro, recogiendo desde el suelo algunas partes de su fémur y de su hombro izquierdo.

—Los túneles no están limpios. Muchos de ellos han sufrido con los años. Sobre todo aquél que conecta Antofagasta con San Pedro de Atacama; el que une Chiloé con el continente hay que perforarlo de nuevo. Las redes en los valles centrales fueron utilizadas por distintas agrupaciones en diferentes momentos durante el largo sueño. Bajo Santiago de la Nueva Extremadura hay constructos metálicos, animados por el demonio y extendidos por algunos de los túneles principales.

Alguien los usó para fabricar un gólem de muchos brazos, un calamar de cables y ruedas dentro de ruedas que balbucea números de modo incoherente día y noche. Es una abominación que ofende la vista del Señor.

—La sangre volverá a correr por las venas de este territorio —murmuró don Diego—. Y nosotros estaremos ahí para alimentarnos, como parásitos recorriendo sus arterias por debajo de la superficie; infectando sus ganglios hasta supurar y salir otra vez. Tan fuertes que la luz del sol no podrá dañarnos como antes, don Pedro.

—Las tropas están despertando. En dos días se cumplen quinientos años de la derrota. Todos afilan sus dientes y les rechinan las vergüenzas. El conjuro se disolverá y podremos actuar, podremos desatar la venganza que hemos soñado por tantos años. La quinta de brujos leales al rey conserva la tradición en Chiloé. La Recta Provincia ha mantenido a la isla suspendida en el tiempo, ahí nada se corrompe, nada ha cambiado desde nuestra partida. La bruma que la envuelve es la respiración del brujo que dijo las palabras correctas. Tienen enemigos con los que han librado grandes batallas durante la noche, cuando todo duerme. Esa isla es importante, cayó del cielo hace mucho, hay embriones que despertar bajo las rocas de Dalcahue.

—Todo a su tiempo. Ahora me interesan los alquimistas, don Pedro.

—Ellos han renacido en estas tierras una y otra vez; los recuerdos se les han ido borrando, pero a nuestra señal comenzarán de inmediato a recordar quiénes fueron. Ellos viven arriba, son parte de los gobiernos, de las milicias, del poder del dinero. Serán nuestros periscopios y nuestros espías hasta el gran asalto. Han muerto y



resucitado preparando pequeños y grandes detalles para facilitar nuestra llegada.

—Perfecto, ahora necesito un poco de esa arcilla, necesito fabricarme unos ojos, pero provisorios —agregó Pedro de Valdivia—. Hoy en la noche pienso salir a la superficie y arrancárselos a un gato de color gris azulado, como los que tuve hace tantos años. Tenemos aguja e hilo..., el resto es fácil.

—La electricidad es atractiva, don Pedro, no caiga en su trampa allá afuera.

Don Pedro lo miró molesto. Sabía que esos cables, que surgían como arterias blandas desde arriba proporcionaban placer extraordinario cuando eran mordidos. Pero eran venas falsas, sangre falsa de algún tipo de espíritu maligno que recorría las carreteras de cobre que los hombres de arriba le suministraban para su desplazamiento, animando engendros mecánicos poseídos por su bestialidad. La electricidad había perdido a muchos valiosos camaradas con su embriaguez lujuriosa, reduciéndolos a animales insaciables que salían a la noche en busca de esas cajas impuras llenas de relámpagos. Eso no era un enviado del cielo.

—La electricidad es un demonio perverso, don Diego..., y yo soy un hombre pío y temeroso del Señor. La sangre es nuestro alimento consagrado, no el artificio de hechiceros y herejes. «Tomad y bebed, que ésta es mi sangre», me digo a cada momento cuando entro en las dudas que el diablo pone ante mis ojos.

—«Tomad y comed, que éste es mi cuerpo», no hay otro camino al cielo para nosotros.

El valle donde se ubica Santiago de Chile es un punto mágico importante en la América Roja. Un valle que tiene un cerro del sol, el San Cristóbal, y un cerro de la luna, el Santa Lucía. Un brazo de aguas transparentes, hoy sucio por el color de las almas que habitan junto a él, los separaba del mismo modo como la Vía Láctea atraviesa el firmamento. En este lugar había caído un ángel portando una hermosa Piedra Azul en su frente. El impacto había formado el valle y la diadema había saltado, coronando así al Cerro de la Luna, el Huelén, durante milenios.

Cuando los pueblos rojos llegaron de su largo viaje desde las planicies de Mongolia, encontraron este valle que no conocía la noche, iluminado desde el cerro de su centro por la joya maravillosa.

Durante cientos de años entraron en largas conversaciones con dioses y plantas; querían desentrañar los secretos de la enciclopedia que guardaba la piedra en su interior, el Libro Azul. Supieron que podían convertirla en un corazón para el territorio, que haría más fuertes y hermosos a todos, más grandes los frutos, más sanos a los animales y las plantas, más hermanos a los hombres, más bellos los colores y más transparentes las aguas.

Los chamanes americanos tenían en su poder la Kalfukura, que equilibraría la vida y los vientos de todo el planeta; el regalo de un dios caído. Pero algo ocurrió: el esfuerzo mental que hicieron todos los chamanes de América, desde México hasta la Patagonia, para levantar el cerro del sol y el de la luna en medio del valle de Santiago, fue escuchado allá lejos, en Europa, por magos y alquimistas oscuros que se maravillaron con la energía desplegada.

Se demoraron decenas de años, pero consiguieron organizar un viaje de conquista, con ejércitos y armas que podrían someter a las fuerzas indígenas y adueñarse de las tierras mágicas de América y, con ello, de su secreto máspreciado: la Kalfukura, el Corazón de la Tierra, la piedra del fin del mundo.

La batalla fue terrible. Los conquistadores avanzaban con sus conjuros negros, sus demonios y sus cañones aplastando todo a su paso en dirección sur, como una marabunta de hormigas asesinas, devorándolo todo a su paso en una carrera demente por robarle a los pueblos rojos su gema más preciada.

La muerte se adueñó del paisaje, las aves luchaban desesperadas contra sables y fusiles, los pumas interponían sus cuerpos contra las balas y la metralla; los árboles luchaban codo a codo junto a los hombres rojos, intentando detener a la marea de fierro y dientes hediondos que no saciaba su hambre jamás.

Los incas, guardianes de la Kalfukura en su templo en la cima del Huayna Picchu, debieron retroceder hacia el sur cuando su imperio fue reducido a cenizas por la pólvora y los cuchillos oxidados. Los guerreros americanos que habían sobrevivido viajaban en penoso éxodo hacia el sur para organizar la última barrera, pero los magos europeos clavaban agujas en los centros de poder del territorio, destruían los

templos y las antenas para hablar con el dios de los indígenas; para debilitar a sus chamanes y cegar a sus videntes, dejándolos aislados, sin comunicaciones ni fuerza para combatir. Sólo los mapuche, ayudados por los despojos de los ejércitos azteca, maya, inca y yanomami, consiguieron detenerlos y darles dura batalla por cientos de años, defendiendo la puerta de entrada al refugio de la Kalfukura, en algún lugar de la Cordillera de Los Andes.

Fueron cientos de años de resistencia bravía, hasta que entraron el engaño, la tregua y el alcohol que perdió las mentes de los más bravos. El dinero, la culpa y la estafa horadaron el roble recio en el corazón del mapuche que cayó devorado por las termitas. Así vinieron de nuevo, arrasándolo todo, consumiendo bosques y extirpando los minerales poderosos desde las venas de la Madre Tierra para debilitarla y someterla.

Pero la Kalfukura ya no estaba. Dieron vuelta piedra sobre piedra buscando el tesoro, abrieron enormes forados, frenaron ríos y destruyeron bosques completos escarbando con los dientes, pero no encontraron nada. Torturaron, mataron y chantajearon buscando su ubicación, pero nadie habló.

Los que sabían se retiraron de escena y buscaron refugio en otros paisajes, se separaron para perderse mejor. No dijeron nada ni se comunicaron, dejando al azar, que nunca es azar, el momento de reunirse otra vez y completar el sueño. Buscaron olvidar, recordar lo justo, sólo las claves de un puñado de adivinanzas para un futuro hecho de indicios y de pistas, pues, de momento, la tierra estaba encadenada, sus venas eran drenadas y sus entrañas hechas pedazos y vendidas en mercados del oro y la usura.

Era tiempo de llorar, de lamentarse y de enterrar a los muertos, no de luchar. Tiempo vergonzoso, testigo del saqueo de la Mama Tierra, de su agonía y de su dolor.

Hoy nadie sabe escuchar los lamentos silenciosos de la tierra, nadie sabe leer sus mensajes ni escuchar sus conjuros. Cada vez habla menos y se desvanece en las mentes de los pueblos rojos.

La Pachamama, la Mapu, desaparece de los corazones de sus hijos como un puñado de pétalos en el viento. Se desliza entre las piedras igual que un recuerdo antiguo y desvanecido.

*Manual secreto de instrucción para el combate urbano y  
adoctrinamiento.*

Coordinadora Arauco-Malleco, 2009

—Dime qué debo hacer para salvar a mi madre.

—Primero debes saber que tu responsabilidad va más allá de salvar a tu madre.

—No le entiendo.

Leonardo intentaba parecer tranquilo, pero el hecho de estar sentado sobre una roca con signos tiwanako, en el fondo del lago Chungará, no contribuía a su calma interior. Peces diminutos y crustáceos que parecían tener alma giraban pidiendo ayuda a su alrededor. El kallawaya se veía humano, pero Leonardo además lo veía como un planeta oscuro sostenido por cóndores de piedra; un tejido de lana re combinado para representar las ideas que expresaba vocalmente y tres gatitos que se revolcaban uno sobre otro formando un signo de infinito. El agua de alrededor hervía de algún tipo de fuerza capaz de levantar bloques de piedra y tallarles grecas con sólo pensarlo. Desde el exterior, el paseante se habría sorprendido al ver el agua del lago Chungará levitar a un metro de altura, caliente, humeante. Ambos estaban sentados sobre el fondo seco, sólo sus cabezas entraban a la masa de agua suspendida.

—Tu madre es la Pachamama —dijo el kallawaya.

—No le entiendo —respondió Leonardo, impasible—. La Pachamama es la Madre Tierra, la que nos da el choclo, la fruta, las flores y el agua. Eso enseñan en la escuela. ¿Mi mamá es como la Pachamama?

—No, Leonardo. Estoy diciendo que tu madre es la Pachamama.

El niño bajó la mirada y se mordió el labio inferior. Apretó los ojos.

—No le entiendo —murmuró entre sollozos.

El kallawaya se acercó y lo abrazó con ternura.

—Lo que te voy a contar es un secreto que se dice de la boca al oído, así que presta atención —le anunció—: Cuando los primeros hombres llegaron a estas tierras, encontraron un continente muerto, rocoso y muy caliente. Durante muchos cientos de años lucharon contra la arena y la lava para hacerlo fértil, pero nada conseguían. Hasta que un día, uno de los ancianos tuvo un sueño tan poderoso que iluminó el espacio alrededor y a toda la habitación donde se cobijaba. «Este continente necesita nacer», le dijo una voz con forma de águila y aroma a jazmines. «Dale una madre que lo cobije, que lo nutra y lo haga florecer», y aquella voz en el sueño le habló tan fuerte que la gente podía escuchar si se acercaba un poco a su cabeza. «Pero cómo le doy una madre al paisaje si ni siquiera puedo darle una madre a mis propios hijos...», murmuró el anciano, viudo desde hacía mucho. Ante la mirada atónita de todos quienes observaban, su cabeza se abrió como una flor y un enjambre de mariposas emergió para llenar la habitación con sus colores... Eran los pensamientos de un anciano bueno, surgían y llenaban el mundo con su mensaje escrito en sus alas. Ése fue el primer libro sagrado que tuvo esta tierra, Leonardo, un libro escrito en las alas de un enjambre de mariposas.

—¿Y qué decía el libro? —murmuró el niño, ahora cobijado bajo el brazo tibio del kallawaya.

—Describía en hermosos poemas la manera de fabricar una madre para el nuevo territorio, alzado ante los ojos de esos hombres rojos, tostados de tanto luchar bajo el sol en una tierra sin sombra.

—Cuéntame cómo la fabricaron...

El kallawaya separó suavemente a Leonardo de su abrazo, dibujó en el suelo un círculo perfecto y puso su dedo en el centro. Su voz reverberaba desde la arena haciendo bailar los granos en ondas concéntricas.

—Un hombre fuerte, una anciana, un niño retraído, una joven que sabía cantar, un anciano alegre, una niña de ojos negros, un joven amable cargando una guagua muy llorona, muchos niños y niñas con lanas de colores adornándoles el cabello... Todos subieron al cerro que hoy es conocido como El Plomo a bailar durante varios días. Lo hicieron con tristeza, con esperanza, aunque, por sobre todo, con el deseo de ver florecer las enormes extensiones rocosas que se habían convertido en su hogar. Danzaron con amor. El sudor que corría por sus cuerpos cayó al suelo y se mezcló con el polvo. Danzaron tanto que aplanaron la punta del cerro; tanto que el suelo se transformó en una gruesa capa de barro que ellos masajearon con sus pies hasta caer extenuados.

»Con ese barro arcilloso, el anciano soñador modeló durante varios días y noches una figura que corregía una y otra vez. El sol tenía mucha curiosidad, la luna se mantuvo colgando del cielo durante semanas para proveer de luz al anciano.

El esfuerzo hizo que fuera quedándose dormida con los días, cerrando su párpado a medida que el viejo trabajaba.

»Todos lo observaban sentados en círculo alrededor de la planicie de baile. Hasta que al cabo de veintiocho días, el anciano llora haciendo que todos despierten y vean a una hermosa mujer desnuda y del color de la arcilla que lo abraza y consuela sus lágrimas con ternura; la mujer está haciéndolo dormir en su regazo y aquello durará muchas horas. El anciano sueña con el futuro, sueña con grandes cascadas y bosques impenetrables; sueña con praderas que se pierden en el horizonte y enormes animales marrón atravesándolas como barcos; lagos bordeados de árboles altos como acantilados y musgo húmedo abrazando las rocas; sueña con el Corazón de la Tierra. Sus sueños desprenden música y la mujer canta una melodía que fecunda el aire y atrae la llovizna.

»El sueño del anciano es tan poderoso que comienza a toser, despierta, se ahoga hasta que expulsa una piedra azulada de cantos redondeados y del tamaño de un huevo. Es una piedra cruzada de vetas y manchitas de color claro, un lapislázuli, una piedra azul, una kalfukura, dirían los hermanos rojos del sur. “Es el Corazón de la Tierra”, murmura. La toma con reverencia y gira hacia la mujer de arcilla. “Tuve un sueño”, dice, mirándola a los ojos. “Esta piedra es la semilla de ese sueño, la voy a plantar en tierra fecunda para que algún día todo este territorio se parezca al

maravilloso sueño que tuve”. Se acerca y la hunde con delicadeza a través del pecho de la mujer, en la arcilla aún húmeda por la llovizna.

»Ella lo mira con rostro de pregunta, sus ojos parecen dos piedras de fuego y su boca un párpado ligero como un pájaro que canta y aletea. “Ahora tienes el Corazón de la Tierra”, dice acariciándole su rostro que se volvía más y más suave. “Ahora tienes en tu interior el sueño de ver a este territorio convertido en un paraíso donde todos seremos felices..., tienes en tu interior el Corazón de la Tierra, nuestro anhelo, nuestra esperanza”. Ella, entonces, se convierte en una mujer, la anciana la cubre con su manto y el hombre fuerte la levanta en sus brazos para llevarla cerro abajo, entre la algarabía contenida de todos quienes sonreían y entonaban una canción suave e hipnótica, una que hablaba de agua y hierbas verdes creciendo en los estómagos de todos. Nadie nota que el anciano se queda atrás, feliz, acurrucado entre las rocas, cansado y adormecido, entrando en ese sueño del que no se despierta más, con una sonrisa sutil cruzando su boca. El anciano se ve como un niño de ocho años abrazándose las rodillas, dormido para siempre.

Un jovencuelo se lleva su bastón. Muchos años después, cuando fue un hombre mayor, lo plantó en medio del valle; se dice que así nacieron las araucarias.

—¿Esa mujer era la Pachamama?

—Sí, el sueño del pueblo rojo americano.

—¿Mi mamá?

—Sí y no —dice, volviendo a su forma de lagarto mordiéndose la cola—. Ellas van traspasándose el poder cada quinientos años. Tu madre es un espíritu antiguo, uno en la cadena interminable.

Ella no puede morir pues la tierra moriría con ella.

Quedan dos días para que se cumplan los quinientos años..., tienes menos de dos días para encontrar la piedra que también es su corazón, para revivirla con su poder o todo perecerá... Además, ella aún *debe* engendrar a una niña que se convierta en la siguiente Pachamama.

—Pero, ¿por qué yo?... Si no sirvo para nada.

—Tú eres el hijo de la Pachamama, Leonardo; el guerrero que nace para protegerla. Es tu función, tu destino y tu alegría.

Ella siempre tiene una niña y un niño que la protegen en su camino hacia la Kalfukura.

Pero Leonardo no siente alegría, sino temor. Siente el peso de una responsabilidad absurda cuando sólo ayer su principal molestia eran un par de juguetes y alguna materia de estudio difícil en su pequeñísima escuela de Pozo Almonte. Entonces se lleva una mano al pecho y arruga su camisa.

—Yo..., yo..., yo no puedo hacer eso. O sea, tengo doce años... ¿No se da cuenta?

—Tú eres el guerrero que cuida de la Pachamama.

—¡Soy un cabro chico! —le grita al borde del llanto—. ¡Consígase a un soldado

de verdad o a un policía que tenga fuerza y pueda correr rápido! ¡A mí me pillan al tiro en el colegio; todos me golpean!

El kallawaya lo toma de los hombros y aprieta hasta que Leonardo hace una mueca de dolor.

—Los mapuche esconden la piedra hace cientos de años.

Sólo se la entregarán al hijo de la Pachamama... y él eres tú.

Nadie más puede hacerlo. ¿Acaso no entiendes? ¿Acaso no entiendes la gravedad de lo que está ocurriendo, Leonardo?

El niño miraba al suelo envuelto en temores. No estaba seguro de entender, pero había visto a su madre agonizando, había visto presagios espantosos volando sobre la ciudad. Sintió los temblores de tierra reaccionando a las emociones de la mujer, a su dolor. Le dolían las lágrimas de su madre.

Comenzó a llorar.

El kallawaya lo abrazó y Leonardo lloró aún más fuerte.

Gritaba y llamaba a su madre, apretando los dientes, aferrado a la manta del kallawaya, dejando escapar el dolor acumulado por años de abandono, temor y ausencia. Flotaban invisibles a cinco metros de altura contra el sol quemante de las cinco de la tarde. Leonardo lloraba a gritos sin ser escuchado. Algunos gatos se incomodaron en los alrededores, sin saber por qué; algunas gotas aparecieron de la nada cayendo sobre la arena.

El niño lloró largamente por su infancia, por sus pesadillas, carencias y soledad. Sentía que cada recuerdo doloroso salía desde algún sótano para herirle la memoria y huir como huía su llanto al viento en cada sollozo.

La Mamatina había llenado en algo su soledad de huacho abandonado, pero nunca como una madre, esa imagen que guardaba borrosa en su memoria, tablón al que se aferraba cuando la noche era demasiado oscura y quería que su madre fuera la luna.

El kallawaya se posó sobre la punta del morro de Arica, dejando que Leonardo se sentara en una roca a suspirar y sollozar entrecortado sus últimas penas. Sabía que después de eso el niño sería otro; las lágrimas son el agua que limpia el corazón.

—¿Sólo tengo que ir y pedir esa piedra? —murmuró entre sus últimos sollozos.

—Quizá tengas que hacer un poco más, pero no te preocupes, yo estaré contigo.

Ambos se quedaron largo rato en la cima. Leonardo caminó hasta el borde para sentarse en una roca que daba hacia Arica.

Desde ahí podía ver ambas ciudades dándose la cara. A su izquierda, el sol comenzaba a caer sobre el mar, ahora una franja azulada un poco más lejana que lo habitual. Las gaviotas se acurrucaban en las rocas de la antigua costa, desconcertadas.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allá en dos días? —preguntó Leonardo.

El kallawaya apareció a su lado, con su cabeza envuelta en polillas revoloteando, y le indicó la Puerta de la Luna, recortada contra el atardecer.

—Cruzando la puerta. Chile tiene una red de puertas que comunican el territorio completo a través de lagos, lagunas, ojos de mar y cavernas secretas. Saltaremos a

través de esos espejos naturales hasta llegar a territorio mapuche.

—¿Ahora mismo?

—Primero tienes que despertar.

—¿Qué?

—Primero tienes que despertar, Leonardo —murmuró el kallawaya, con una frase que se estiró hasta durar algunas horas en los oídos del niño, cada letra más larga que la anterior, acumulando peso, resbalando hacia la tierra.

Leonardo parpadea, está en el suelo. El polvo aún no baja.

Recién tropezó y cayó bajo el umbral de la casa de su madre.

Siente el ajeteo y los lamentos en el interior. Alguien grita preguntando por Leonardo, otro insulta y amenaza con golpearlo por lo que ha hecho. El niño escucha pasos que vienen hacia él y se pone de pie.

—Por aquí —escucha una voz viniendo de ninguna parte—. ¡Por aquí te digo, niño por Dios! —le dice un halcón que revolotea unos metros más allá. Leonardo lo reconoce, por alguna razón sabe de pronto que es la verdadera forma del kallawaya y lo sigue mientras vuela en dirección a la costa. Corren entre los pasajes de la población Juan Noé con la sensación de tener siempre a alguien pisándole los talones. La noche comienza a bajar sobre la ciudad y queda muy poco tiempo.

Será el viaje más importante de toda su vida.



—Me vuelvo cada vez más fuerte, don Pedro —dice Diego de Almagro, mientras se amarra con cuerdas y tiras de tela un conjunto de vísceras secas a su columna vertebral.

—La Conquista Mágica de América ha tenido que esperar quinientos años más de lo imaginado, pero la Kalfukura y su fuerza están a punto de ser nuestras, don Diego.

—¿Quiénes estarán de nuestro lado en este momento? —murmura después de toser nubes de tierra y quitarse algunas ramas que le obstruían las articulaciones del hombro.

—Aparte de nuestros ejércitos que se vuelven más y más fuertes a cada momento, recuperando sus músculos desde el polvo y sus armas desde el óxido, tendremos las máquinas que hemos fabricado con la ayuda de otros hombres durante estos cientos de años. Son máquinas de hierro, cuerdas y madera, capaces de volar, capaces de navegar en la tierra por merced de corazones de vapor y calor. Armas gigantescas, enterradas bajo los cerros y junto a los túneles que separan nuestra ciudad de aquella de la superficie. A nuestra señal, cientos de cañones dispararán hacia arriba abriendo forados por donde asaltaremos al Santiago de la ignominia.

—¿Qué le ocurrirá a nuestra ciudad, don Pedro?

—El verdadero Santiago del Nuevo Extremo es esta ciudad colonial que yace bajo tierra. La verdadera perla del *Reyno* debe brillar a la luz del sol y es eso lo que haremos. Una vez reconquistado el territorio, arrasaremos la Babilonia que mancha la frente del valle. Usaremos máquinas, poleas y hombres para levantar la verdadera ciudad hasta la altura que se merece.

Santiago del Nuevo Extremo subirá a la superficie montada en engranajes de oro, emergerá con todo su poderío una vez más, con todas sus iglesias enterrando sus torres y sus cruces en el estómago del cielo, transmitiendo la buena nueva a todo el continente. Entonces diremos, en buen castellano, que por fin hemos regresado.

—¿Está seguro de que el sol ya no nos destruirá?

Pedro de Valdivia acerca su brazo a un pequeño hilo de luz que atraviesa la oscuridad en que se mueven. Su brazo desprende una tenue humareda.

—Hace unos meses se habría inflamado como una antorcha, pero ahora el conjuro retrocede. Seremos libres de subir a la superficie, don Diego. Nunca más nos alimentaremos de sangre o electricidad para mantenernos en esta media vida a la que nos condenaron los paganos, nunca más arrastrarnos entre el polvo y las catacumbas cayéndonos de a pedazos.

—Ojalá, don Pedro.

—La verdad está de nuestro lado, don Diego.

Leonardo atraviesa las ruinas del centro de Arica rumbo al puerto, que se estira intentando alcanzar el mar con su brazo ahora seco e inútil. El halcón regresa y le grita desde la altura con chillidos que quiebran la noche más triste de todas.

Desde una de sus garras cae un caracol que el chico atrapa en el vuelo, lo mira unos instantes y lo guarda en su bolsillo.

Hay otras cosas por las que preocuparse mientras tanto: las calles están llenas de escombros, familias completas lloran la pérdida de familiares y propiedades. Una pareja de niños solloza abrazada frente a una casa derrumbada. Una mujer sentada en el suelo mira sin expresión los huesos destrozados de su hogar, un animal que se llevó quizá qué secreto escondido en su panza durante el desplome; algo que esa mujer prefiere no reconocer.

Caminar por Arica durante aquella noche es como visitar el escenario de alguna catástrofe. Arica cayó de rodillas, rompió su cristalería, sus manos y a muchos de sus hijos. Hay llanto entre los escombros, padres astillándose las uñas al escarbar entre las piedras, fogatas que reducen a las personas a sombras agazapadas, porque los terremotos también derrumban por dentro.

Un sonido vibrante, venido del caracol, saca a Leonardo del estupor. Lo extrae del bolsillo y lo mira con curiosidad.

Desde el interior surge el acento cantadito del kallawayaya como un remolino de signos semitransparentes.

—Rápido, Leonardo. Tenemos que llegar a la puerta antes de medianoche. Hay muy poco tiempo.

El niño acelera el paso, esquiva grupos humanos que comienzan a mirar con ojos ya no tan humanos. Cruza pasajes y llega a la costanera. Corre seguido por el halcón.

—¡Hacia el puerto! —grita desde el caracol.

Leonardo llega hasta la aduana y debe hacer un rodeo. Algunos pelean a puño limpio por alguna caja de comida. Otros huyen desde los almacenes, hay disparos, hay gritos maldiciendo a los santos y grupos que quieren asaltar la iglesia para vengarse de la furia divina.

Al llegar al borde de la antigua línea costera, Leonardo sube a los roqueríos alejándose de la gente para luego bajar al lecho marino de un salto. Tantea el terreno y, cuando ha dado apenas dos pasos, se detiene instintivamente. Un ruido surge de entre las rocas más altas a su derecha. Afina el oído y le parece oír un quejido suave.

—¿Sentiste ese ruido? —murmura el niño.

—¡Vamos! —insiste el kallawayaya desde el caracol—. Tenemos poco tiempo y...

Una silueta se pone de pie en la roca más alta. Parece una niña de no más de doce años, llorando con su pelo moviéndose en la brisa de la noche. Sus intenciones allí arriba parecen ser las peores. Leonardo siente que algo anda muy mal.

—¡Espera! —grita, logrando llamar su atención. Algo se remueve en su interior,

la niña se ve tan triste y sola allá arriba.

Comienza a trepar las rocas como un gato mientras el halcón grita desesperado a ocho metros de altura.

—¡Déjame! ¡Déjame! —la niña mira alrededor buscando ayuda.

Leonardo sube a la roca, se miran cara a cara. Ella intenta saltar, pero Leonardo la toma de los hombros y caen sentados.

Ella se resiste y grita hasta terminar en un llanto desesperado.

—¡Déjame! ¡Por qué no me dejas! —llora mientras intenta liberarse del abrazo de Leonardo. El niño queda desconcertado, avergonzado; nunca ha estado tan cerca de una niña y no sabe qué hacer. Recuerda a su Mamatina, abraza a la niña con precaución y la acuna como a un bebé, incómodo. La niña retiene el llanto, se aferra a él con fuerza. Leonardo se paraliza. El halcón baja a revolotear a sólo dos metros sobre la cabeza del niño pero él parece no escucharlo.

Sobre la roca más alta de la costa, dos siluetas permanecen en silencio. Atrás, el cielo más transparente del planeta. La niña solloza, estira una mano y toma la de Leonardo. A él se le inflama el pecho y el rostro. Una fuerza desconocida surge desde su interior. Se siente fuerte.

—¡Ahí está! —grita una muchedumbre con antorchas y linternas, apuntando hacia los niños. Leonardo se pone de pie y la niña se protege a su espalda temblando como una hoja al viento.

—Ayúdame —susurra la niña.

—¡Agárrenla! ¡Agárrenla!

El grupo comienza a trepar las rocas. Leonardo toma a la niña de una mano y bajan rápido hasta el suelo marino.

—¿Quiénes son ellos? —pregunta Leonardo, saltando la última roca. El halcón chillaba indicando hacia la puerta más allá en la oscuridad. Una ola de voces y luces avanza hacia ellos y los niños comienzan a correr como nunca lo han hecho. La niña cae varias veces, grita, pero Leonardo nunca la suelta. El halcón los guía en medio de la oscuridad; la ciudad está cerca, la plataforma y la puerta están cerca, pero la muchedumbre también y se aproxima arrojando palos y piedras.

La niña llora. Leonardo también querría llorar, pero prefiere correr.

—¡No te detengas! —grita él, buscando los ojos de la niña.

Sus zapatillas tienen los cordones sueltos, tropieza y se golpea la cara en el suelo barroso. Leonardo retrocede, la toma de los brazos y la levanta.

—¡Hacia la puerta! —chilla el halcón.

—¡Quiénes son ellos! —pregunta Leonardo, pero la niña está aterrorizada. La turba ruge más atrás como un solo animal de muchos ojos luminosos, arrastrándose por lo que fuera la tranquila bahía de Arica. La ciudad se ve apenas en la penumbra, pero una luz brilla suave desde la Puerta de la Luna.

—¡Crucen la puerta! —grita el halcón, entre los alaridos inhumanos del grupo que, garrote en mano, parece querer comerse viva a la niña.

La ciudad está cerca. La chica comienza a fijar la vista en la puerta más arriba y ya no sabe qué la incomoda más. Leonardo la tira con fuerza hacia las escalinatas. Saltan al zócalo y suben las piedras rectangulares a grandes zancadas hasta la plataforma.

La puerta brilla en la oscuridad y Clara se aferra a Leonardo, mira hacia la muchedumbre y hacia el umbral, quizá evaluando qué cosa le parece más terrible. Es pequeña, un par de años menor que Leonardo. Su ropa es mucho más fina y cara que los pobres trapos del niño. Al kallawaya no le gusta nada este lastre inesperado que complica el viaje.

—Entra, Leonardo —le dice.

La niña respira acelerada, sus ojos se salen de las órbitas.

Están fijos en la muchedumbre que se acerca a las escalinatas.

Leonardo la remece.

—¡Entremos, no puedes quedarte aquí... Nos van a matar a los dos!

—¡Déjala! —ordena el halcón—. Lo que tenemos que hacer es más importante.  
¡Entra de una vez!

Perdido en un sucio y oscuro zaguán, entre los laberintos de la ciudad de Sevilla, hundido entre papeles y pergaminos reblandecidos por el asfixiante calor del verano, un cabalista llora abrazado a su pequeño escritorio de caoba. Interminables cálculos, tan intrincados como la propia ciudad, han desembocado finalmente en una solución que brilla ante sus ojos con la luz de un coro de ángeles: 1492, la fecha propicia para invadir América esplende ante sus ojos, limpia y perfecta, bajo complejas series numéricas borroneadas una y otra vez. Es el año 1227, hay un largo camino que recorrer y mucho que preparar.

La existencia de este nuevo mundo había sido descubierta sólo un par de siglos antes. La red de médiums que vigilaban el mundo conocido habían intuido presencias de un nuevo tipo de consciencia colonizando áreas importantes del plano astral y dieron la alarma. Descubrieron que mecánicas desconocidas y poderosas levantaban estructuras ciclópeas entre los pliegues de la mente del planeta, como si otro continente emergiera con inusitado ímpetu.

De inmediato un selecto equipo de videntes fue asesinado y enterrado en una línea recta apuntando hacia las nuevas señales. Todos eran signo géminis, todos cargaban una roca de cobre en el estómago como brújula astral. Los médiums europeos comenzaron a recibir las transmisiones de los videntes asesinados, haciendo puente de comunicaciones casi de inmediato. Las señales eran difusas y afloraban como débiles imágenes en blanco y negro, adhiriéndose llenas de estática a las retinas de los médiums como recuerdos de infancia: un olor desconocido viniendo de más allá del mar, el multicolor manto de una madre, la certeza en la existencia del Tamoanchán. Colores y animales irreconocibles, edificios de piedra, escalinatas ensangrentadas brillando a través de nieblas de incienso, plumas y piel oscura; otro zodíaco cosido a la piel de la noche, cuchillos de obsidiana y brujos poderosos.

Manipularon, influenciaron y tiraron de todas las redes y cuerdas invisibles que sostenían los imperios en su afán de alcanzar las nuevas tierras. Pero lo hicieron con delicadeza y paciencia. Invisibles.

Al final hubo un capitán, una reina y una flota que emprendieron el viaje. En una de las tres naves viajaba un representante de las logias oscuras. América se estremeció cuando su pie tocó las arenas del Caribe. Todos los chamanes del continente se voltearon hacia ese punto con el corazón encogido por una repentina angustia, como si una piedra negra hubiera caído sobre el lago tranquilo de la América astral.

Después vino la expedición definitiva.

*La Conquista Mágica de América.*

Gabriel Bendit Farías, 1908



—Yo no voy a entrar ahí —la niña se aferró al brazo de Leonardo, sollozando, con el ceño muy fruncido, sin despegar la vista del umbral de la Puerta de la Luna. Ahí adentro el aire se licuaba, goteaba y sonaba como la garganta de un lobo enorme. Parecía vivo; de hecho, respiraba y pensaba muy rápidamente.

—¡Te advertí que ella nos iba a traer problemas! —se escuchó desde el caracol. El halcón, revoloteando sobre la puerta, miraba a la niña con hostilidad evidente—. Y esos tipos de allá abajo —dijo refiriéndose a la muchedumbre—, están a punto de alcanzarnos.

—¡Cállate, pájaro feo! —gritó la niña.

—¿Pájaro feo? ¿Me dijiste pájaro feo?

—Yo también tengo miedo —le dijo Leonardo con molestia—. Me estoy metiendo en la boca de algo muy raro sólo porque creo en lo que me dices... ¡Y ni siquiera sé cómo te llamas!

—Me llamo Cunza, la voz de los hombres de Tahuapacac.

—Bueno, Cunza, entonces cállate un poco y espérala.

La niña miró hacia el umbral: en el fondo se cruzan animales dibujados con líneas y arcilla sobre campos tejidos por bruma en motivos geométricos bellos y luminosos. Un mapa estelar, vivo y amable, comienza a cantar con una voz similar al sonido de gotas de agua golpeando metales bruñidos... y de pronto luces, aroma a quínoa cocida, una araña enorme dibujada con líneas blancas que sólo se distingue desde la altura.

Hay hombres alados tallando la piedra a mordiscos, jaguares multicolores del porte de montañas retozando sobre el altiplano.

Todo un mundo luminoso cruzado de formas, líneas y animales fabulosos que evocan los tapices y telares de la cultura altiplánica, como si hombres y mujeres hubieran intentado retener en tela y lanas multicolores el esplendor de un mundo perdido más allá de la Puerta de la Luna.

Hacia la base de la ciudad, la muchedumbre comenzaba a escalar con sus linternas, sus gritos y sus amenazas.

—¡No le hagan daño, todavía! —gritó alguien.

—¡Hay que arrojarla desde el morro! —bramó una mujer.

Leonardo miraba a la niña y a la muchedumbre, una y otra vez, con ojos suplicantes. Dos hombres corpulentos subían los últimos escalones.

—¡Entremos! —dijo la niña y apretó fuerte la mano de Leonardo.

El primer salto fue rápido. La niña alcanzó a dar sólo un grito antes de ver su cuerpo convertido en un enjambre de abejorros disperso en el aire espeso del umbral. Los dos hombres que alcanzaron a saltar tras ellos rugieron como leones rasguñándoles las espaldas. Sintieron que la consciencia les estallaba en la oscuridad, y reaparecía protegida en un cántaro de greda decorado con motivos geométricos, con

ellos en su interior.

El terror les hizo patear y romper el recipiente en pocos segundos. Así se encontraron en medio de una planicie blanca y tan brillante que dolían los ojos, como un paisaje lunar demasiado terso. El halcón revoloteaba sobre sus cabezas, chillando sobre la extensión sin límites del gigantesco Salar de Atacama.

—El ojo del salar está en esa dirección —se le escuchó decir desde el caracol, al mismo tiempo que volaba en línea recta hacia una mancha oscura en la distancia. Dos cántaros más se rompieron a sus espaldas.

—¡Ahí está la bruja! —gritaron los hombres, más enfurecidos que desconcertados por el extraño viaje.

Los niños corrieron pisando con cuidado los enormes terrones de sal que cubrían kilómetros a la redonda. Metros más adelante, vieron al halcón trazar una curva en el aire y arrojarse de cabeza en un agujero de agua circular, trazado a la perfección en la costra dura del terreno. Sin parar de correr, aterrorizados por la furia de sus perseguidores, se miraron y saltaron de la mano al ojo de agua, que se cerró de inmediato, dejando a los hombres atrás. Salieron casi de inmediato —y semiahogados— a la orilla fría de la Laguna del Inca, entre la cordillera de Los Andes en la zona central chilena. Tres mil kilómetros de distancia disueltos en un solo instante.

—¡Hacia la caverna! —bramó el kallawaya desde el caracol—. ¡Rápido! ¡Antes de que cierre!

—Pero ya no nos siguen —gemía la niña—. No puedo más.

—No me sueltes —le ordenó Leonardo.

Mojados y muertos de frío, los niños corrieron hacia una pequeña caverna que parecía reducirse a cada momento. Saltaron al interior con el halcón justo a tiempo y nuevamente se hizo la oscuridad. Sólo oían su respiración agitada y el aleteo del animal secando sus plumas. Después de unos segundos, Leonardo sintió a la niña sollozar, sorberse los mocos, estrujarse los pantalones y sacar el agua de sus zapatillas Converse rosadas, ahora llenas de barro.

—¿Qué ocurre, Cunza? —preguntó Leonardo hacia la nada.

—Estamos siendo digeridos por la tierra. Probados —murmuró el kallawaya—. Quiere hacernos nacer en zona mapuche.

Vamos viajando hacia el sur por las entrañas de la tierra. Esta caverna es móvil.

Leonardo contuvo la respiración y apretó su mano en el hombro de la niña.

—No sé tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Clara —dijo la niña, limpiándose las lágrimas, incómoda. Su ropa estaba mojada, tenía frío y no entendía mucho por qué estaba de repente en el fondo de una caverna oscura en camino quién sabe a dónde. El miedo inicial había comenzado a convertirse en molestia—. ¿Era necesario todo esto para salvarme de esos locos? Estoy toda mojada, ¡y mi ropa está hecha un desastre!

El halcón abre el pico, Leonardo lo mira igual de sorprendido.

—Deberían haberme dejado morir —murmura ahora la niña, sentándose en una



roca para luego afirmarse el rostro con ambas manos.

Leonardo vuelve a mirar a Cunza y comienza a sentir un calor que le sube por el estómago. Recuerda el esfuerzo por salvarla de la muchedumbre enfurecida..., entonces el calor le llega al corazón. La pelea con Cunza y las carreras huyendo de los ariqueños por el salar de Atacama..., el calor le sube al rostro.

—¿Tu ropa? —pregunta Leonardo, intentando calmarse—. ¿Crees que hicimos todo esto para salvarte a ti... y a tu ropa? Clara levanta los ojos y mira de arriba abajo a Leonardo.

—Seguro no tienes idea cuánto vale esta polera, con esa ropa que traes...

—¡Cuica! ¡Pituca! —estalla el niño—. ¿Qué te has imaginado? ¡Deberías darnos las gracias por haberte salvado de esos que te perseguían, cabra malagradecida!

—¡Yo no te pedí que me salvaras, cholo picante! —grita Clara, al borde del llanto.

—¡Me llamo Leonardo Caspana, no *cholo picante*, cabra chica malagradecida!

—Déjame tranquila.

—¡No tienes idea por qué estamos aquí! ¡Es algo muy importante! —No me interesa.

—No te preocupes, apenas salgamos te voy a llevar a algún cerro para que te lances tranquila ¡A mí tampoco me interesa lo que te ocurra!

Clara lo mira con los ojos llenos de lágrimas y estalla en llanto. Leonardo titubea, el calor comienza a bajar. Mira alrededor, le parece que Cunza lo recrimina. Luego de unos segundos se decide y se acerca para abrazarla. La niña no se resiste, se aferra a sus brazos y se quedan ahí hasta que el río de lágrimas se seca y el silencio vuelve a la caverna, cruzada por un suspiro o algún gemido rezagado.

—Tengo miedo —susurra la niña.

—Yo también —dice Leonardo mientras le acaricia el cabello.

—Mañana, a las doce de la noche, compañeros —gritó a la multitud reunida en una estrecha caverna, un socavón labrado en la roca por cientos de años de trabajo de esclavos y animales robados de la superficie—. Mañana se termina el conjuro que nos envió al sueño del que por fin hemos despertado. El conjuro maligno que los paganos de estas tierras arrojaron sobre los nobles corazones de los hijos de Castilla. Con artes impuras y sortilegios propios de endemoniados y sacrílegos, impidieron que domináramos esta tierra que el Señor nos entregara a través de nuestro rey... Dios lo tenga en su santo reino.

La muchedumbre escuchaba en silencio. Muchos de ellos aún no despertaban del todo de su ensoñación, del deterioro cerebral al que habían sido sometidos. La tierra al interior de sus cráneos brotaba por heridas aún abiertas. Caminaban a tientas, se palpaban las costillas a través de sus armaduras derruidas, reconociéndose. Algunos ni siquiera se integraban del todo con sus propios restos y yacían desperdigados por toda la caverna.

—En cuanto consigamos el Corazón de la Tierra, la poderosa razón por la que abandonamos a nuestras familias y nuestro suelo, tendremos el poder sobre todas las cosas de esta comarca. Seremos los señores del Nuevo Extremo y reestableceremos el *Reyno* de su Majestad, ahora abandonado por la mano del Señor. Avanzaremos sobre sus ejércitos y prevaleceremos.

Somos Legión, somos millones aún arrastrándonos bajo la superficie de este territorio a través de sus venas y cavidades, hurgando en sus entrañas, apenas sobreviviendo, condenados al hambre eterna y a la falta de luz. ¡Pero ya no más! Mañana saldremos a la superficie, mañana sabrán que nunca nos hemos ido.

Es cierto: Leonardo estaba asustado, pero la mano de Clara aferrada sobre su brazo despertó algo en su interior. Ya no parecía tener autorización para derramar sus emociones así sin más, pues los enormes ojos abiertos de la chica buscando a través de la penumbra se lo impedían. Era molesto, pero a la vez placentero. No entendía, estaba asustado, pero no iba a dejar que algo le ocurriera a ella, que no podía defenderse. Estaba asustado, sí, pero ya no tanto.

—¿Adónde vamos? —pregunta la niña.

—Al sur, pero no sé muy bien dónde. Nunca había salido de Pozo Almonte antes.

—Esto se parece a algunos sueños que tuve una vez.

—Vamos a buscar algo muy importante y después regresamos a Arica. Ahí podemos encontrar a tus papás o a algún tío para que te cuide.

La niña baja la mirada.

—Mis papás se murieron en el terremoto —susurra en un hilo de voz—. Y parece que yo tuve la culpa.

—Yo también parece que le hice algo a mi mamá, pero ahora vamos a buscar lo que la pueda mejorar.

—No quiero que me dejes en algún cerro —murmura con la voz quebrada.

—Tranquila, no te voy a dejar sola.

La temperatura bajó unos grados. Los sonidos de afuera parecían tener tonos más agudos y el aire entraba con alegría a sus pulmones. Entonces la caverna se abrió como un párpado.

La luna recortaba un bosque ahí afuera.

Salieron con cautela.

La pequeña laguna Icalma se extendía frente a ellos como una reproducción a escala de paisajes mayores: un bosque, un cerro diminuto. Leonardo estaba abrumado, era el primer bosque que veía en su vida, una imagen que tiene efectos en el alma y en el corazón de cualquiera, como poder mojarse el rostro con agua fría en medio del desierto por primera vez.

Era tan grande la tranquilidad que respiraba el paisaje, que la superficie del agua era capaz de reflejar cada estrella y cada detalle del cielo sobre la *Meli Witran Mapu*. Una córnea plana como un espejo para mirar el cosmos. Un abejorro aserraba a muchos metros de distancia, Leonardo casi podía distinguir la forma de sus alas en el ruido de su vuelo, trazado con un lápiz demasiado áspero a través de la piel de la noche. El paisaje contenía la respiración, la atmósfera era delgada, transparente y nítida. El aire cristalino de la cordillera mapuche.

Los niños comenzaron a caminar. Leonardo miraba cada plantita, cada arbusto, cada árbol con sorpresa y alegría. Toda su vida viviendo entre el polvo y cerros secos, aplastado a veces entre el suelo y el sol; incapaz de esconderse de la vista de Dios, constantemente cegado y consciente de habitar un enorme planeta, una extensión

gigantesca, sin espacio para variedad de ningún tipo; acostumbrado a enumerar con los dedos los componentes del paisaje: el viento, el cerro, el desierto, el río, el pueblo... Ahora estaba abrumado frente a miles de detalles, formas y texturas, ruidos y aromas.

Leonardo miró a Clara con una sonrisa, pero no recibió de vuelta el mismo gesto. La niña era un animalito asustado que no parecía entender nada. Caminaron un poco más. Ella miraba hacia atrás. Él respiraba con los ojos cerrados, no había rastros de polvo en el aire.

—¿Por qué te perseguían?

Clara bajó la mirada y esquivó con el rostro la pregunta, incómoda. Se cruzó de brazos.

—No me quieren.

—Sí, ya me di cuenta, pero ¿por qué?

Clara lo miró de soslayo, estudiándolo. Sus enormes ojos estaban cargados más que de temor, de abandono. La niña parecía un gatito mojado y friolento.

—Si te cuento, te puedes enojar.

El halcón gritó desde la altura.

—¡Avancemos! Hay que llegar a la cima de ese cerro. Tenemos que encontrar a alguien que nos autorice a caminar por estas tierras; hay que pedirles permiso a los pehuenche para continuar.

Leonardo le hizo un gesto y comenzaron a subir hacia los matorrales más espesos que cubrían la loma junto a la laguna.

—A mí tampoco me querían en mi escuela. Me llamaban «Huacho»; decían que mi mamá me había dejado abandonado por feo. Una vez me dijeron que me habían cambiado por un kilo de porotos y me pusieron «El Kilo de Porotos»...; después, que mi mamá se había muerto..., pero de la impresión cuando yo nació. Al principio me enojaba y siempre me terminaban pegando, pero después me hacía el lesa, no los escuchaba, pero más se enojaban y más me pegaban —Leonardo sonrió, pero la niña no.

—A mí no me quieren —susurró—. Parece que yo provoqué el terremoto.

El niño tragó saliva, abrió la boca, pero no dijo nada. La niña volvió a mirarlo de reojo, caminó un poco más, atenta a sus zapatillas que aplastaban la hierba húmeda, luego se sonó los mocos con la manga.

—Ellos piensan que yo provoqué el terremoto. Hace una semana, en la clase, dibujé la ciudad destruida, a la gente muerta, partida en pedazos —continuó Clara mientras Leonardo trataba de no parecer impresionado—. Les mandaron una nota a mis papás.

Entonces la niña se puso frente a Leonardo y lo miró a los ojos.

—¿No te da susto?

El niño retrocedió y la volvió a mirar.

Sí, parecía un gatito mojado. Sonrió.

—No... Cómo se te ocurre decir eso.

—Después tuve un sueño —prosiguió ella—. A la profesora de matemática le dije que no se preocupara de su gordura, porque iba a morir cortada por la mitad por el vidrio de un ventanal en el terremoto. Todos se reían al principio, pero después le dije a un compañero que su papá iba a morir aplastado en su camioneta nueva..., ahí fue cuando se armó la grande.

—Qué raro... —musitó Leonardo, un tanto nervioso.

—Es que su papá había comprado una camioneta, pero como sorpresa para la próxima Navidad. Nadie sabía que tenía una.

Ahí los apoderados se pusieron muy nerviosos y empezaron a pedirle al director que me echara. Después me pasaban cosas.

Leonardo volvió a tragar saliva y miró hacia arriba, a las estrellas asomadas entre las copas.

—¿Cosas?

—Caminaba dormida. Una vez en la escuela me puse de pie, me subí a la mesa y dije palabras en otro idioma y llamaron al cura. Mis papás me dieron té con agua bendita y nos pusimos a rezar unos padrenuestros. Ahí estábamos cuando empezó el terremoto.

Clara guardó silencio, Leonardo también.

—Mis papás...

Leonardo le tomó la mano. Clara la apretó con fuerza.

—A lo mejor es cierto que yo traje el terremoto —murmuró entre sollozos.

Leonardo la hizo sentarse en una roca y se hincó frente a ella. La niña se secaba las lágrimas con el brazo, sus ojos grandes y verdes brillaban de pena y agua. Él sólo le apretaba la mano pues no encontraba las palabras. Quería golpear a alguien por hacer llorar así a una niña tan chica. Clara se acurrucó en su pecho. Leonardo, avergonzado, miró en derredor antes de abrazarla y de hacerle torpes cariños.

La noche estaba muy fría; el bosque se sentía enorme y desolado, pero un abrazo construye un refugio poderoso para un corazón triste. Más allá, vio a Cunza inmóvil en una posición más propia de un reptil que de un ave. De pronto, una larga lengua salió chasqueando como un látigo desde su pico y capturó una enorme polilla que tragó de golpe. El cuerpo se le deformó de modo repugnante. Leonardo desvió la mirada.

El bosque no respiraba. Todos los seres callaron.

El halcón gritó y alzó el vuelo asustado. Leonardo escuchó unas ramas quebrándose en las cercanías. Clara alzó la vista, atemorizada. Algo gruñía tras la vegetación.

—No te muevas —dijo Leonardo.

De pronto el cielo se derrumbó con un grito escalofriante.

Cientos de sombras aparecieron aullando cada una con veinte ojos enrojecidos. El kallawaya chilló desde las copas y los guió hacia el bosque más profundo mientras,

desde el interior del lago, cayeron hacia arriba decenas de monstruosos *invunches* de dientes afilados con rocas y armados con lanzas hechas de fémures humanos. Del suelo brotaron manos intentando detener los niños, mientras algunos árboles se inclinaban abriéndoles paso en su huida.

Clara gritaba colgando del brazo de Leonardo y el kallawaya voló rápido para esquivar ramas y piedras que caían de todas direcciones. El niño miró hacia atrás sólo para horrorizarse más aún: tres enormes seres hechos con perros, caballos, toros y guanacos amarrados con lianas y cuerdas, con tablas y clavos, se levantaban torpes sobre las copas de los árboles.

Gimiendo espantosamente, en sus cabezas iba un *wekufe*, un brujo maligno, manejándolos con riendas y espuelas de piedra. Entre sus piernas caían al polvo decenas de *viluches*, hombres devorados hasta la cintura por serpientes que avanzaban usando los brazos y con sus ojos reemplazados por tizones al rojo vivo.

Con el corazón helado por el miedo, Leonardo tiró de Clara con más fuerza y siguieron corriendo. Tras unos coigües, encontraron un claro y una pared de roca, el fin de un camino sin salida, el fin de todo.

—¡Cunza! —gritó el niño, pero el halcón revoloteaba a diez metros de altura, incapaz de encontrar una vía de escape. Apegados a la pared de roca, los niños se abrazaron. Leonardo vislumbró una certeza en medio de su oscuridad, tomó una rama gruesa, de un metro de largo, y se instaló delante de Clara, interponiéndose entre lo que fuera que asomara desde el bosque.

Estaba muerto de miedo, pero nadie iba a hacerle daño.

Un profundo silencio dominaba todo. Sólo su propia respiración acelerada, empuñando la rama, se escuchaba tras el suave sollozo de Clara.

—Tranquilo, tranquilo... —se decía a sí mismo, apretando su arma con fuerza en medio del claro.

Adelante, unas hojas se movieron, una rama se rompió y apareció *eso* enfrente de ellos: un *wekufe* hambriento, con cuatro bocas abiertas a cuchillo en su cabeza, alguna vez humana; sus dos ojos convertidos en túneles hacia la oscuridad desde donde se escuchaban lejanos lamentos; su cuerpo de barro, ramas y piel de seres humanos cosida con hilos de cuero envolviendo el conjunto; la piel de algún infortunado viajero.

Su cabeza, envuelta en una llama verde y hedionda, crepitaba orbitándole el cuerpo a un metro de distancia. Se veía plano, como un dibujo, oxidaba el aire alrededor y donde pisaba crecían hongos venenosos con aroma a desesperación y un rostro antiguo dibujado encima. De su cuerpo emanó una frase en fétidos meandros que avergonzaron a Leonardo.

—Comida, suave carne fresca y charqui del desierto nos traen de regalo... La enorme boca que tenía en el estómago dejó ver los ácidos gástricos en su interior y habló con la voz de un niño.

—Tú eres magia del norte que nos produce dolor —susurró entre dientes hechos

de roca y alambre—. Nos produce hambre.

La magia del norte nos produce un hambre profunda y dolorosa. Hoy comeremos fastuosamente con los hermanos.

Otras ramas se quebraron y muchos *wekufes*, *cueros*, *invunches* y *colo-colos* se dejaron ver con ojos hambrientos. Clara se dejó caer al suelo y Leonardo apretó los ojos para no llorar.

—Cada uno de nosotros te comerá, te devolverá y volverás a ser masticado una y otra vez durante toda la noche. Hasta que extraigamos cada partícula de existencia desde tu cuerpo.

De pronto, un silbido pasó junto a Leonardo y la cabeza del *wekufe* retrocedió, clavada al coigüe detrás de él por una lanza.

—¡*Marrichiweu!* —se escuchó desde el bosque y decenas de dagas comenzaron a atravesar al ejército de demonios que huyó en desbandada. Leonardo abrazó a Clara que gritaba descontrolada en el suelo. A través de la oscuridad, apenas distinguió piernas y brazos desnudos que saltaron sobre él en dirección a los monstruos fosforescentes. Éstos se partieron en el aire o estallaron en pedazos, aplastados por macanas y mazos de piedra.

—¡*Marrichiweu!* —escuchó una y otra vez saltar desde las gargantas de decenas de mocetones mapuche. Ellos pusieron sus pechos frente a los demonios que retrocedían entre alaridos de furia.

Los hombres hicieron un perímetro de protección en torno a los niños y desde allí, oleada tras oleada, avanzaban contra el enemigo. Luego volvió el silencio al bosque y a la laguna Icalma, el diamante de la cordillera.

Clara sollozaba en silencio, Leonardo se puso de pie para recibir el saludo de uno de los mapuche-pehuenche, un anciano de apariencia muy fuerte que se acercó con el halcón posado en su hombro.

—*Mari, mari, eimi peñi* —saludó—. Tu amigo volador nos encontró y vinimos lo más rápido posible. Yo soy Crescencio Meliñir, *lonco* del valle de Quinquén.

Leonardo no pudo abrir la boca.

—No pareces un guerrero muy fuerte —bromeó y todos rieron. Alguien levantó a Clara en brazos y los invitaron a caminar entre lengas, coigües y araucarias. Ellos permanecían en un pequeño campamento un par de kilómetros más al norte, lejos de sus hogares en Quinquén. Buscaban las huellas de un grupo ilegal de taladores de araucarias. La machi de Galletué había despertado con fuertes dolores en las rodillas unos días atrás, insistiendo en que había *winkas* cortándole las piernas a la mamita tierra, la Mapu. De modo que había que encontrarlos para que el invierno no se enojara y los castigara por su descuido.

Mientras los niños se recuperaban, los guerreros terminaron de inspeccionar los alrededores para cerciorarse de que no hubiera nuevos peligros. Entonces caminaron durante un par de horas entre pequeños sonidos, aire puro, aroma a maqui y el cielo más alto y cristalino del que Leonardo tuviera memoria.

La tierra negra y húmeda respiraba bajo sus pies, el moscardón que se detuvo en su hombro le susurraba al oído pequeñas frases amables, las flores cantaban en silencio. Entraron a un bosque de altísimos coigües y araucarias que parecía sostener una catedral hecha de gruesos troncos y luz de luna cayendo oblicua, filtrada por las ramas que formaban un techo a casi veinte metros de altura. Había espíritu ahí, esa noche. Los mapuche se confundían con el entorno, sus colores eran los de la tierra, sus ojos parecían piedra volcánica, sus cabellos colgaban como el liquen y su respiración era la misma que Leonardo sentía salir desde los pliegues de la roca. Parecían árboles que caminaban.

Clara le pidió que por favor no le soltara la mano. Leonardo le prometió que nunca la dejaría atrás.



No era oro lo que buscaban los que venían escondidos tras la marea de enfermedades, avanzando como una tormenta de dientes a través del Atlántico. Detrás de los ejércitos y su ferretería, aún detrás de la cruz y la hoguera, venía la verdadera peste. Magos, cabalistas, guardianes del grial, alquimistas y sus gólems se arrastraban escondidos entre los arcabuces, regurgitando conjuros y venenos que clavaban como alfileres sobre la piel de la Pachamama.

Ellos no buscaban el oro que rodaba por los ríos o se expurgaba desde el estómago de los cerros —«el oro es paga de mercenarios y de ignorantes»—; su oro no era oro vulgar.

La operación de conquista y sus detalles eran antiguos. Se habían previsto antes de sus propios nacimientos. Por eso, cuando el Consejo de los Pueblos Rojos intentó reaccionar ya era demasiado tarde, la Conquista Mágica de América estallaba en sus rostros como una tempestad, como una coreografía mil veces ensayada y representada a la perfección.

Fue un terremoto abriéndose paso a través del estómago del continente, como el cuchillo de un carnicero. Nadie alcanzó a invocar protección porque la daga castellana degollaba en la cuna el grito y cortaba las lenguas de los que sabían las palabras adecuadas. Quemó los signos de poder, destruyó las máquinas para comunicarse con los dioses; aisló a los pueblos y les devoró la memoria antes de arrojarlos como rebaños ciegos al desierto del olvido.

Cuando se apagaron los incendios y el polvo de las masacres se hubo posado sobre las piedras, vino la cruz recogiendo el dolor de los huérfanos, encadenando las almas a su rosario de esqueletos.

América yaciendo herida de muerte, expuesta a los escalpelos del que venía detrás, el verdadero depredador mágico que se inclinaba sobre los campos de batalla desolados, hurgando en las entrañas abiertas de los hijos del sol, buscando sus augurios y su paga de cuervo. Buscando señales en los mapas que leía en los intestinos tiernos de la gente roja.

La piedra debía estar en estas tierras. Lo que habían descubierto en Europa bien valía cien operaciones de conquista como ésta.

*La Conquista Mágica de América.*

Gabriel Bendit Farías, 1908

Leonardo miraba en todas direcciones y miraba también el rostro de cada uno de los pehuenche que caminaban murmurando, hablando en voz muy baja para no despertar al bosque.

Observaba sus trajes sencillos, mezcla de ropas compradas en la ciudad y tejidos nativos hechos junto al fogón; fajas, trariloncos y ponchos; cruces andinas, *lonkos* diminutos y mucho color rojo. Un fusil envuelto en una manta, macanas de madera; lanzas hechas de *quila*, caña muy recta y liviana, muy buena para fabricar proyectiles con punta de hueso o piedra.

Nadie les hablaba. El bosque era hermoso..., pero, después de un buen rato, comenzó a impacientarse.

—Necesito encontrar la Kalfukura —dijo en voz alta. Todos se detuvieron y callaron durante unos segundos. A una señal de Crescencio, continuaron el viaje.

—Ya queda poco —murmuró el viejo pehuenche—. En el campamento podremos hablar más tranquilos.

El anciano caminó más despierto que en otras ocasiones.

Cada pisada que hundía en la alfombra de hojas y materia orgánica del suelo le parecía deliciosa; quizá este niño era *el* niño. Sus compañeros sólo conocían relatos que eran reflejos de reflejos, metáforas que escondían la realidad. Él sabía que aún había una guerra librándose ahí afuera, entre la niebla de la mente americana, en sus venas donde se movían, como malos recuerdos, algunos restos de la enfermedad que la había destrozado quinientos años atrás.

Era una guerra que hacía imprescindible que chamanes y chamanas de la América Roja se mantuvieran en puntos específicos del continente, rogando y orando, haciendo ritos y entonando diarios cánticos de sanación, como si fueran agujas de acupuntura sanando el territorio de la peste salida de chimeneas y de tubos de escape, de la magia negra de la electricidad y del petróleo.

«Nada bueno puede venir de monstruos de metal. Viven gracias a ese líquido negruzco hecho con cadáveres de animales muertos hace millones de años... Eso es magia negra, Crescencio», le había dicho la machi de Galletué cuando él era un niño. Había así una guerra entre las máquinas del alquimista europeo y los árboles mágicos de los chamanes americanos; entre el agua pura de la cordillera y la electricidad, ese demonio maligno que usa teléfonos y radiotransmisores para comunicarse desde otros planos; que usa cables y tendidos de cobre para viajar por el continente y llamar a la peste susurrando desde transformadores y enchufes de corriente casera; enloqueciendo a las personas con sus sonidos e imágenes perversas.

Eso era: una guerra entre el aire y la inmundicia, entre el ruido y el silencio, entre la magia y la máquina envuelta en su estruendo y su humo negro.

—Tienes que preguntar dónde está escondida y decirles quién eres —susurró el kallawayá desde el caracol.

—Eso intento.

—¿Con quién hablas? —preguntó Clara.

—Cunza dice que falta poco para el campamento.

—Qué bueno, tengo frío y me duelen los pies.

Leonardo le hizo un gesto a uno de los pehuenche, pidiéndole una manta que pone sobre los hombros de la niña.

Una de lana de oveja con motivos geométricos, cruces rojas y fondos de líneas negras escalonadas: el camino de la serpiente *Tren Tren*, que salvó a los hombres de morir ahogados por el furor de la serpiente *Kai Kai*, que removi6 las aguas hasta dar vuelta el mar y precipitarlo sobre la tierra. Serpiente roja y serpiente negra entrelazadas en un mismo destino, las fuerzas contrapuestas de la naturaleza, complementándose para mover los engranajes del cosmos.

Minutos más tarde, atravesando el último muro de follaje tupido y junto a un pequeño bosquecillo de quilas, se encontraron con el sencillo campamento pehuenche. Dos braseros iluminaban tenues el conjunto. Leonardo y Clara fueron invitados a entrar a una de las tiendas.

—Muchas gracias por ayudarnos a... —alcanzó a decir el niño antes de que un saco cayera sobre su cabeza, aprisionándolo.

Después oiría los gritos agudos de Clara y el chillido histérico del halcón.

—¡Suéltame! —gritaba la niña unos metros hacia su derecha.

Leonardo forcejeaba y resoplaba aprisionado entre los fuertes brazos de un par de pehuenche que no parecían hacer mucho esfuerzo para inmovilizarlo.

—¡Qué les pasa! ¡Déjenme decirles quién soy! —dijo cuando intentaban acallarlo con una mano que mordió. Una de las patadas llegó a destino y con un brazo logró botar una de las ramas que levantaba la tienda.

—¡Basta! —bramó Crescencio y su voz de trueno detuvo todo movimiento. Le quitaron el saco de la cabeza y Leonardo sintió el frío de un cuchillo en el cuello.

—¿Eres humano? —le preguntó el viejo, sentándose en el suelo frente a él.

—¿Qué?

—¿Quién eres? —insistió con energía.

Leonardo intentó liberarse. Ahora no sentía miedo, sino rabia, impotencia y mucha preocupación por Clara. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡No tengo miedo! —gritó en medio de la noche y ese grito de pronto fue un descubrimiento que le iluminó el corazón y llenó el bosque con su espíritu—. Me llamo Leonardo Caspana y soy..., vengo...

El niño miró a Clara, tomada de los hombros por uno de los pehuenche, y se encontró con sus enormes ojos pidiendo ayuda; luego miró al halcón: estaba envuelto en un poncho y absolutamente inmovilizado.

Pese a que tenía sus manos amarradas a la espalda, su pecho se llenó de furia y gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Soy Leonardo Caspana! ¡Soy el Guerrero de la Kalfukura! ¡El guardián de la

Pachamama, la Madre Tierra de los pueblos rojos de América!

Entonces sus ojos buscaron de frente a cada uno de los pehuenche y se detuvieron como clavos en las pupilas duras de Crescencio Meliñir. Todo el bosque contuvo la respiración, los guerreros se sonrieron, pero la expresión seria de su *lonko*, su jefe, les borró la burla del rostro. Las hormigas detuvieron su caminata, las aves miraron apenas sacando sus cabezas desde los nidos, un zorro culpeo se agazapó con sus orejas levantadas.

El riachuelo cercano también pareció detenerse a observar.

Toda América hizo silencio para escuchar lo que ocurría en la cordillera mapuche, ahí abajo, cerca del fin del mundo, en territorio chileno.

Crescencio Meliñir mantuvo su mirada clavada en Leonardo durante largos minutos, sin pestañear, hundiéndose uno en las pupilas del otro en una batalla quieta que tuvo en vilo a toda la creación. Ni un solo ser vivo en todo el territorio americano se atrevió a romper el silencio. Hasta que Crescencio Meliñir bajó la vista y suspiró.

—Mi padre soñó toda su vida con encontrarte y ahora estás aquí, enfrente mío — se llevó las manos al rostro y suspiró de nuevo—. ¡Suéltelos!

Leonardo se puso de pie y se acercó para abrazar a Clara. La niña se apretó contra él.

—Maten al halcón.

—¡No! —gritó Leonardo, corriendo hacia el pehuenche que sostenía el saco donde Cunza estaba atrapado.

—Nada bueno viene nunca de los halcones, niño.

—Él me trajo hasta acá, él me ha ayudado más que nadie ¡Están equivocados!

El pehuenche buscó la mirada de Crescencio, esperando la ratificación de sus órdenes. Leonardo suplicaba con la mirada.

—No sabes lo que dices —murmuró el *lonko*.

—Por favor, él es mi amigo.

El jefe pehuenche suspiró e hizo un gesto imperceptible.

El saco fue abierto y Cunza voló hacia una rama cercana pero muy alta. Allí se sintió más seguro.

Los pehuenche distribuyeron tareas sin consultarse: unos comenzaron a preparar comida, otros a limpiar el lugar y el resto levantó una nueva tienda hecha de lona y alguna frazada vieja donde los niños pudieran dormir, con alguna comodidad, lo que quedaba de la noche. Todos observaban disimulados al anciano, esperando su reacción.

—Discúlpame —murmuró Crescencio, mirando hacia la luna—. Cuando mencionaste lo de la piedra, nos preocupamos.

Había que comprobar que no fueras algún *winka* buscando lo que no debe.

—Tengo que encontrar la Kalfukura o mi mamá, la Pachamama, se va a morir.

El anciano miró al niño de arriba abajo: era delgado, pero sus ojos tenían un brillo poderoso, quizá fuera ese niño después de todo.

—Acompáñame —le dio un palmetazo en el hombro y comenzó a caminar por la ladera de un pequeño monte tras el campamento. Leonardo lo siguió en la penumbra, guiado por el ruido de las ramas al quebrarse y el suave contraste que la luna creciente dibujaba en los árboles contra el cielo de la noche.

Grillos.

Aire delgado de madrugada, frío, como respirar cuchillos.

—Por acá, Leonardo.

El niño separó los últimos arbustos y se encontró en el borde de una loma que dominaba la caída hacia una quebrada.

La vista era hermosísima. Suaves montículos cubiertos de 78 vegetación se extendían hasta el horizonte, donde apenas se distinguían dos enormes volcanes, sutilmente dibujados por brillos y nubes luminosas. Parecían monstruosas pirámides venidas de otro planeta, amenazantes y fuera de proporción en medio de un paisaje amable, incluso acogedor.

—Eso de allá es el volcán Lonquimay. Es fuerte, un *pillán* muy poderoso.

—Se parece al Parinacota, en el lago Chungará.

—Una vez mi abuela me contó que una machi la anduvo correteando para educarla en el oficio, pero ella quería ser dueña de casa y nada más. Así que un día la tomó de las mechas y la llevó a una loma parecida a ésta. Allí le dijo que ella podía escuchar lo que decían los pájaros: que iba a ser una buena machi, pues la Mapu necesita a la machi porque ella no tiene brazos y los necesita para que saquen las hierbas y preparen las aguas que curan a las personas.

»La Mapu nos quiere, nosotros somos sus hijos y nada nos falta. Mi abuela me contó que la machi movió unos cerros para que ella viera las venas de fuego que recorren la cordillera, de norte a sur. Le dijo que así como los bosques eran los pulmones de la tierra, los lagos eran los ojos; que los cerros eran las redondeces de su cuerpo; así la Cordillera de los Andes era la columna vertebral de la Mapu. Le dijo que estaba débil y enferma; que los *winkas* la habían infectado con algo maligno y que todavía no se curaba.

»Le contó que, antes de su llegada, la cordillera brillaba de noche como un fierro al rojo vivo de tanta energía que tenía, un espinazo luminoso por lo que nadie necesitaba lámparas para andar por el bosque en la noche, pues las cumbres iluminaban todo con su fulgor. Le dijo que ahora necesitaba mujeres fuertes que aprendieran a curar a los hombres hasta que a la Mapu le crecieran brazos de nuevo y despertara de su sueño, porque parecía dormida. Le dijo que necesitaba su ayuda para protegerla hasta que pudieran despertarla de su sueño, de su enfermedad. Le pidió su ayuda para proteger la Kalfukura.

Leonardo sintió un enorme alivio al escuchar esa palabra.

No había estado soñando, otros sabían de la existencia de la Piedra Azul, del Corazón de la Tierra. El anciano que tenía enfrente tenía los ojos humedecidos y miraba hacia otro tiempo.

Él sabía de la Piedra Azul y quizá podría ayudarlo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué hizo su abuela? —susurró Leonardo.

Crescencio sonrió y pareció despertar de algún tipo de ensueño profundo.

—Ella le dijo que no, que le gustaba un caballero que la había ido a pedir y que quería ser mamá tranquila y nada más.

Que todo estaba muy difícil para el mapuche y que no quería problemas. Pero la machi le tomó las manos y le dijo que no se preocupara, que estaba escrito que su retoño iba a toparse con el Guerrero de la Kalfukura para ayudarlo a encontrar el Corazón de la Tierra en el momento preciso. Entonces todo iba a ser como antes: la cordillera iba a brillar en la noche de nuevo, los huemules iban a bajar de los cerros y las plantas iban a hablarle a las personas otra vez. Que la tierra iba a despertar de su ensueño y los mapuche no iban a sufrir más.

El anciano cerró los ojos y suspiró algo entristecido.

—Mi padre murió pensando que el retoño era él. Se burlaban y le decían «Guerrero de la *Kabezadura*» —sonrió con tristeza—. Antes de irse a encontrar a sus padres en la Isla del cielo, me dijo al oído que su abuela le había dicho algo importante que quería que recordara, que prometiera no decirle nunca nada a nadie más. Supongo que ahora es el momento.

Leonardo lo miró con impaciencia.

—Tenemos que encontrar la piedra antes de mañana en la noche o mi mamá se va a morir. Tenemos que llevársela mañana a las doce de la noche o cosas horribles van a pasar. Todo se derrumbará.

Crescencio le puso la mano en el hombro para calmarlo.

—Se dónde está la Kalfukura, quién la tiene y cómo llegar hasta ella. Soy la única persona que lo sabe. Seguro de que Dios existe... No me explico todo esto de otro modo. Si eres el guerrero que he estado esperando, todo será fácil. Si no, significa que eres un *wekufe* y debes atenerte a las consecuencias: matarte con mis propias manos... ¿Entiendes a qué me refiero?

Leonardo tragó saliva, pero no pestañeó.

—No se preocupe, ahora sé quién soy.

—¿Qué deberemos hacer, don Diego, una vez conseguida la gema? —Destruirla, sin duda.

—Pero, ¿no deberíamos utilizar su poder? ¿No es tal la razón de todo? —Destruyéndola eliminamos el poder de los endemoniados y paganos que aún resisten en la superficie. Eliminamos toda resistencia y nos hacemos del territorio como de una presa de caza moribunda, don Pedro. ¿Recuerda las cacerías? Una vez muerta la presa, se cortaba la piel, se desollaba, se partía la carne comestible; los huesos y tendones eran separados para otros usos, cada parte tenía su utilidad y su afán, su valor y su comercio.

—Pero vinimos a conseguir la gema, no a destruirla. Cruzamos el océano para obtener el Corazón del Nuevo Mundo.

—He tenido quinientos años para reflexionar, don Pedro.

Debemos destruirla para extraer su poder. Someterla a fuertes presiones con aparatos que nuestros alquimistas en la superficie ya están construyendo. Sólo así podemos obtener todo lo que guarda en su interior. Nosotros destruimos las cosas para extraerles lo que queremos. Somos águilas que matan para comer.

Somos casta de reyes que toma lo que quiere, no agricultores que se rompen las manos criando maíz.

»Nuestros alquimistas trabajaron arduo durante cientos de años buscando el secreto entre los números. Estudiaron la ciencia de los hombres y la de los magos que casi no son hombres. Levantaron máquinas sulfurosas con enormes chimeneas, cañones, molinos gigantes para destrozar la materia como quien rompe huevos y libera águilas de fuego, tan pequeñas que no hay ojo en la creación capaz de discernirlas.

Pájaros que vuelan como el viento atravesando los cuerpos y enfermándolo todo a su paso.

»Esta piedra es un huevo, don Pedro. Un mundo completo con círculos áureos y planetas en su interior, con un águila de fuego como nunca se ha visto jamás. Cuando sea liberada, arrasará la tierra, lo quemará todo y a todos, excepto a los que ya están secos y muertos, como nosotros. Entonces la costra quemada será nuestra, el camino estará libre y podremos ir hacia el sur, a buscar el continente esquivo, la *Terra Incógnita* donde se esconde todo lo que vinimos a buscar. La piedra es la llave, la piedra quemará el hielo y abrirá la tierra.

Pedro de Valdivia movía los huesos de su mano derecha con satisfacción. Había pasado horas rearmándola pieza por pieza, limando y cortando, puliendo y raspando alguna calcificación, algún resto de polvo petrificado entre carpos y metacarpos.

—Todo debe ser hecho en la cima del cerro Santa Lucía, la Santa Luz. Mañana a las doce de la noche. Cuando la maldición se termine, podremos salir a ganar la guerra para siempre.

Debe tener todo preparado. Mañana es el día de nuestro regreso, con un estruendo que se escuchará en todas las latitudes y una luz que los hará pensar en ángeles y en los cielos del Señor abriéndose para llamarlos a juicio. Quizá seamos los ángeles del Señor, don Pedro, y no lo sabemos.

—Somos el verdadero rebaño, vagando perdidos durante años en el desierto de nuestra propia mente. La tierra prometida está en el horizonte. La Nueva Extremadura será el principio, don Diego. Sólo el principio.



La piedra Azul estaba en manos de una machi que, en su juventud, se había hecho arrancar los ojos y así poder *ver*. Había cosido sus párpados con tendones de huemul para que su visión corriera veloz entre los bosques de araucaria, y de cóndor para que volara alta sobre los lagos y volcanes de la *Meli Witran Mapu*.

*Ngenechén* estaba con ella.

Una noche, convertida en zorzal, había sobrevolado el campamento de esos extraños hombres de piel blanca como la muerte que habían llegado desde el norte, los *winkas*. Le había dolido el olfato, la hediondez que emanaba de esos cuerpos fajados en telas inmundas y tuvo que huir. La espantó el olor de sus barbas manchadas de comida, la deslumbró el brillo de la luna adornando sables y yelmos.

Hace mucho tiempo que los venía sintiendo arrastrar sus metales sobre la piel de los valles. Había escuchado llorar a la Pincoya y quejarse a los *traukos* cada vez que esos brujos blanquecinos como pollos cocidos destruían un poco más el corazón de la mamita que nos cuida.

La machi Alerayén era ya muy anciana, a pesar de ello nunca se había asomado a semejante negrura como aquella noche en que decidió espiar a través de la pupila de un *winka*. Casi perdió la razón. Todo su paisaje de ríos, montañas y helechos se hundió en un pozo espeso, giratorio, repleto de cárceles oscuras, pestes, hogueras, cruces, clavos, espacios cerrados, ciudades hediondas a mierda y látigos.

«Su dios cuelga clavado de un tronco, como un trozo de carne para asar». Así le gritó su corazón a la cara y la machi cayó aturdida, rodando entre los matorrales.

Cuando la guerra de conquista llegó al sur, la machi Alerayén tuvo que mantenerse despierta durante siete días y siete noches. Recibió las penas de cientos de refugiados que arribaban cargados de desolación a la tierra mapuche.

Todos seguían el último mandato del desaparecido Consejo de Ancianos de las razas rojas: «Cada hijo de la mamá tierra que sobreviva a la jauría blanca y pueda cargar una lanza, deberá encaminar sus pasos hacia el sur para unirse contra la barbarie. El corazón de nuestra tierra corre peligro».

Guerreros-águila del Anáhuac-México, mocetones quechuas, mujeres-cocodrilo del Amazonas, jóvenes shwar capaces de hacerse invisibles, chamanes jaguar del desierto de Atacama, soldados maya conocedores del combate en los sueños; hombres de piel roja medio muertos de hambre, en harapos, desfallecientes.

La machi sentía que el día de las lágrimas se acercaba y pidió consejo a las plantitas que hacen *ver*. Quemó hierbas en torno a su rehue de canelo que se elevaba dos metros sobre el suelo y se hundía doscientos bajo tierra. De ese modo se enterraba en la cabeza de la serpiente que podría perder los si no era controlada de tal forma. El chamico, planta de alucinaciones, habló con ella sobre los tiempos que vendrían y la machi lloró tanto que las vertientes de Tralco se amargarón llorando con ella. Gotas gruesas como la miel manaron desde las cuencas vacías de la última

chamana capaz de hablar con las plantas del poder.

El chamico le habló sobre la pérdida de la memoria y la vergüenza, sobre la necesidad de mantener oculta la Kalfukura hasta mejores tiempos. Le contó en voz baja, mirándola desde adentro, acerca de infinitas cruces que se clavarían en el continente siguiendo un exacto diagrama de acupuntura negra para debilitar la tierra y mantenerla adormecida, alimentando así al vampiro que se solazará en su leche. Le especificó la palabra que los mapuche deberán pensar como protección cuando los retraten para ese archivo de almas de los gobernantes, lleno de magia negra. Le rogó que no claudicaran en su defensa de la entrada a la ciudad bajo la cordillera.

La anciana suspiró cansada; triste bajo su piel gruesa y oscura como corteza de araucaria.

*La Conquista Mágica de América.*

Gabriel Bendit Farías, 1908

Durmieron algunas horas. Cuando aún no terminaba de amanecer, Crescencio despertó a Leonardo y lo invitó a salir. Afuera el espectáculo era portentoso: una niebla delgada flotaba a ras de suelo envolviendo la prisa de pequeños insectos que, junto a las aves y otros animales comenzaban a levantar el día.

A esa hora de la mañana, los sonidos eran más intensos y una hoja seca sonaba nítida a mucha distancia; las respiraciones de los pehuenche que aún dormían y la actividad de los que salían de sus tiendas a preparar lo necesario resonaba cristalina en el aire del bosque matutino.

Durante la ascensión al monte de la noche anterior, Leonardo recogió flores rojas para adornar el cabello de Clara y hacerla sonreír.

—¿Me estás pidiendo pololeo? —dijo la niña con ojos pícaros.

Leonardo abrió los suyos como platos y se puso morado.

Crescencio sonrió, mirando de reojo.

De lejos podía verse a un anciano, una pareja de niños, un ave volando sobre ellos y un cerro al amanecer. La creación renaciendo, preparando sus ropajes a la espera del sol.

Cuando llegaron a la cima, junto a una formación rocosa, Crescencio apuntó hacia la franja blanca que comenzaba a formarse en el horizonte, el alba.

—Los antiguos decían que Dios, *Ngenechén*, era blanco porque asomaba su cara antes de aparecer con su *millarruka*, el sol, en el cielo. Decían que por eso se habían equivocado los abuelos de nuestros abuelos del norte. Cuando hombres blancos como *Ngenechén* aparecieron por el este, todos pensaron que eran dioses y *pillanes* enviados por el cielo, menos nosotros.

»Nosotros pudimos ver en sus corazones. La machi Alerayén, que significa *flor hecha con luz de luna*, nos advirtió que en el interior del pecho del *winka* había un enorme agujero vacío que no se llenaba con nada, un agujero profundo y hambriento que no se detenía hasta devorarlo todo.

El cielo comenzaba a perder todas sus estrellas ante el avance del día. La temperatura bajó algunos grados y Clara se acercó a Leonardo, acurrucándose bajo su enorme poncho cruzado de serpientes rojas y negras.

—Mi abuela me contó una historia secreta —prosiguió Crescencio—: una historia que la machi Alerayén le contó para que sólo se la entregara al Guerrero de la Kalfukura y a nadie más...

—¿O sea la misma machi Alerayén que advirtió a los mapuche sobre los españoles le habló a su abuela?

El anciano sonrió y continuó la historia.

—Un grupo de guerreros quechua, al borde de la inanición, trajo noticias desde el Tahuantinsuyu, el imperio Inca. Heridos por las escaramuzas y los accidentes, le contaron que habían conseguido sacar al Corazón de la Tierra desde su ubicación en

la Puerta de la Luna, antes de la llegada de los conquistadores.

Lloraban contando que la ciudad se había hundido de pena en el mar y que toda el área se había convertido instantáneamente en un desierto. Uno de los guerreros quechua se adelantó y le pidió disculpas a Alerayén antes de clavarse un cuchillo en el cuello y morir desangrado. Sus compañeros no la dejaron atenderlo, pues uno de ellos le abrió el estómago y extrajo la Piedra Azul de su escondite. Lo hizo sollozando y agradeciéndole el sacrificio. Luego, dos de ellos cayeron desmayados por el agotamiento y murieron horas más tarde. Sólo tres sobrevivieron de una expedición de doscientos guerreros, chasquis y amautas que habían huido en busca de refugio para el Corazón de la Tierra. Pero esos tres guerreros, luego de algunos días de reposo, tomaron las armas y se dirigieron alegres hacia el frente norte, donde morirían en la batalla de Tucapel, la misma en la que pudimos capturar a Pedro de Valdivia.

Gracias a ellos y a esa captura, la machi Alerayén pudo levantar el conjuro que detuvo a los conquistadores, el conjuro que termina mañana.

Crescencio levantó la mirada y apuntó hacia el cielo, hacia la única estrella que brillaba sobre el horizonte, en el punto donde el sol amenazaba con aparecer en cualquier momento.

—La *Wuñelfe Kushe*, Leonardo. El lucero de la mañana, el que trae la luz. Los antiguos dicen que de ahí viene la Piedra Azul y hacia allá se dirigirá cuando todo termine. Ella es la puerta, desde allá viene el Corazón de la Tierra.

—¿Por qué estás temblando? —pregunta Leonardo.

—Porque, si todo es cierto, cuando el sol toque la punta de esta loma debería abrirse la puerta hacia el escondite de la Kalfukura y será el fin de un ciclo de mucha tristeza, tanta como no puedes imaginarte, hijo. Pero si no alcanzas a salvar a la Pachamama, todos moriremos de pena.

—¿Y qué son esos ruidos? —preguntó Clara, asustada por golpes y gritos en la lejanía. De pronto, un alarido desgarrador hizo ponerse de pie a Leonardo y mirar a Crescencio.

—Son los *wekufe* y los *invunches* que volvieron. Seguro que con más de ellos. No te preocupes, sabíamos que regresarían al amanecer.

—Entonces... —Leonardo miró alrededor buscando alguna salida, pero estaban rodeados—. ¿Por qué te quedaste si sabías que vendrían?

—Éste habrá de ser el lugar para abrir la puerta. Si es verdad, ustedes podrán huir mientras los detenemos; si no, morirán con nosotros —el anciano miró fijo al niño y le habló con la voz hecha un nudo—. Leonardo, quiero creer que es verdad que eres el Guerrero de la Kalfukura... Quiero creerlo con todo mi corazón.

Los rugidos llenaron la mañana. Entre la espesura apareció Cunza, el halcón, dando chillidos desesperados.

—¡Leonardo! ¿Estás bien? —gritaba desde el caracol—. Tenemos que salir de aquí, hay ejércitos de... cosas allá abajo, destruyéndolo todo.

El niño miró hacia el horizonte. Algo debía ocurrir a la salida del sol o estarían perdidos. Ahí estaba la *wuñelfe kushe*, el cielo se ponía amarillo, se venía la *áurea hora*, la aurora en que el verdadero oro de América, el sol, hacía su aparición montado en su caballo blanco. Abajo, los árboles se derrumbaban y rocas y animales despedazados volaban por los aires, impulsados por alguna furia desconocida. Los vigorosos «¡*Marrichiweu!*» de pronto comenzaron a tener menos fuerza, a apagarse como una antorcha en la ventisca. Crescencio, temiendo lo peor, se puso de pie y tomó su grueso bastón de canelo, acarició la cabeza del niño y le dijo:

—Parece que no voy a estar aquí para ver el milagro —y enfiló hacia el único sendero que lo conducía hacia abajo. Leonardo intentó detenerlo, indicándole hacia las copas de los árboles arriba de sus cabezas.

—¡Mira arriba! ¡El sol ya toca las puntas de los árboles! ¡Queda poco para la tierra! El anciano miró hacia arriba y luego le palmoteó el hombro.

«Vigila a tu amigo de plumas. Nada bueno ha venido nunca de los halcones», le dijo al oído y desapareció por el sendero trotando hacia abajo.

«¡*Marrichiweu!*», escucharon nuevamente antes de que unos bramidos inhumanos hicieran temblar los arbustos y los corazones de los niños. Clara se acercó a Leonardo respirando muy rápido, el niño la tomó con un brazo y con el otro empuñó la rama que había utilizado de bastón para subir hasta la cima.

Cunza volaba en círculo sobre ellos, gritando sin control.

El sol tocó las rocas sobre la cima de la loma, ahí cerca de la laguna Icalma, en plena cordillera pehuenche. El cielo cambió de color, el paisaje retrocedió en el tiempo y los niños sintieron nítida la sensación de atravesar una lámina de agua hecha de colibríes cantando dentro de sus cuerpos. La *wuñelfe kushe* era una madre amorosa que les cantó desde el pasado con notas que los esperaban en el futuro, para completar así una canción de tanta belleza que las lágrimas de los niños formaron un círculo de luz blanca en el suelo que pisaban, un círculo perfecto con un símbolo giratorio dividido en cuatro partes.

Leonardo reconoció el dibujo: era la cruz del kultrún, la *Meli Witran Mapu*, la tierra de las cuatro esquinas. Frente a ellos, las rocas le abrieron paso a la entrada de una caverna similar a la que habían visto en la Laguna del Inca.

Fue en ese momento cuando aparecieron algunos *invunches* reptando y haciendo sonar sus mandíbulas; los niños corrieron hacia el interior de la caverna mientras las rocas se cerraban justo a tiempo, apenas permitiendo pasar a Cunza, que perdió un par de plumas de la cola en la maniobra.

Clara se sentó en el reducido espacio disponible. Respiraba acelerado, pero no lloró. Leonardo le tomó la mano.

—Qué pasa ahora —susurró la niña.

—La caverna se mueve.

—Y hacia el sur... —agregó Cunza.

La rogativa, el *nguillatún*, al que Alerayén invitó cantando en el viento sobre las nubes de Temuco, convocó a todos los *lonkos* de la *Meli Witran Mapu*. También llegaron brujos de la cordillera, antiguos *pillanes* y espíritus de los volcanes; vinieron célebres guerreros reencarnados en pumas, árboles o destellos de luz azul.

La machi habló fuerte, tanto que hasta el sol se detuvo para escucharla. Comenzó hablando sobre el doloroso llanto de la Mama Tierra. De cómo la cruz que el europeo clavara allá en el norte la ancló para siempre al mapa y ya no fue libre nunca más.

Advirtió que si la resistencia fracasaba, vagarían perdidos para siempre, ciegos y sordos tanteando el suelo como niños buscándose el alma entre las piedras. Insistió en la necesidad de mantener la fe y la esperanza en el regreso de los verdaderos dioses blancos, que yacen dormidos en la ciudad bajo la cordillera. Recordó que el pueblo mapuche tiene la dignidad de *Guardianes de la Entrada* de esta ciudad y que no tienen otra alternativa que combatir hasta el final, protegiendo la llave que abre las montañas. Llorando les confesó que habían pasado dos lunas desde que escuchó hablar por última vez —y en susurros incoherentes—, a la Mama Tierra, y que desde entonces únicamente un gran vacío llenaba su mente, pues las montañas ya no le respondían. Les cuenta que teme lo peor... Los aliados mágicos se desvanecen de pena, las aves sólo cantan y el paisaje comienza a olvidar quién es.

Anuncia que huele la marea infecta acercándose por el horizonte, con sus corazones extraviados y la espada presta; que no tardarán una noche en estar a la vista, que deberán avanzar de inmediato para evitar que crucen el río y contaminen el suelo de la *Meli Witran Mapu* con sus pies afilados y su violencia sin sentido. Los conmina a retenerlos con buenas y malas artes porque no son humanos.

Les revela que hay un antiguo pacto con la oscuridad viviendo en sus corazones que los impulsa y los pierde. Ruega que no retrocedan porque la verdadera batalla es mágica, que hay nubes negras arrastrándose detrás de la jauría que no alcanza a distinguir, de modo que necesitará tiempo, quizá unos cientos de años, pero que confía en encontrar la manera de despertar a la mamita de nuevo.

Y, al final, jura que no pasarán, porque para ellos está preparando un sueño del que se demorarán quinientos años en despertar.

*La Conquista Mágica de América.*

Gabriel Bendit Farías, 1908

La noticia del día en Santiago de Chile era una broma macabra contra un monumento muy querido: alguien había vertido pintura en los ojos de la Virgen del cerro San Cristóbal como si llorara sangre. Lo curioso es que no había rastros de andamios ni escaleras. De todas formas, muestras del líquido iban camino a laboratorios de la Policía de Investigaciones para su inmediato análisis. Las noticias incluían, además, la denuncia de algunos vecinos que decían haber sido atacados por hombres malolientes, disfrazados con restos oxidados de armaduras. No pocos habían llamado a las radios locales informando de extraños ruidos provenientes del subsuelo, ruidos que parecían hechos por enormes carretas arrastrando objetos pesados, crujidos de madera y cuerdas apretando poleas. Algunos temían que la red de túneles del tren metropolitano colapsara o quizá algún antiguo sistema de evacuación de aguas estuviera cediendo terreno. Cinco tuberías reventaron en las cercanías del cerro Santa Lucía desatando el caos en el tráfico, mientras en Recoleta se declaraba la emergencia total por tres fugas de gas de cañería que obligó a evacuar la zona en varias cuadras a la redonda.

Santiago de Chile parecía tener dolores internos, crujidos en sus vísceras. Era un enfermo removiéndose en su lecho; un gran organismo de concreto, metal y tierras sucias con dolores de parto.

Hacia las cinco de la madrugada, dos muros de la línea principal del Metro se derrumbaron, dejando a la vista otros túneles desconocidos y reforzados con adobe y vigas de madera. La fetidez hizo necesario a bomberos con máscaras antigases para limpiar las vías.

Al amanecer, varias casonas antiguas del centro se derrumbaron como si el piso bajo ellas hubiera cedido por culpa de una termita monstruosa. Santiago se veía como una red de agujeros, una ciudad construida sobre un hormiguero dormido.

Las autoridades decretaron emergencia y la policía se volcó a las calles buscando un enemigo invisible. Lo único que encontraron fue un hecho desconcertante: todas las tapas del alcantarillado de la ciudad habían desaparecido.

«Kalfukura significa “Piedra Azul” en mapudungún, la lengua de los mapuche».

«Lapislázuli, en latín *lapis lazulum*, quiere decir, “Piedra de Lázhvard”, el lugar desde donde se extraía en la antigua Persia. Al hacerse famoso por la extracción de esta piedra de color cielo, Lázhvard comenzó a significar el color en sí, en sus variaciones Lazaward, lazar, lazur, azurro, azur, hasta nuestro azul. Sólo hay tres lugares en el mundo donde se puede obtener lapislázuli. Uno es Chile».

«(...) La piedra negra es para el Medio Oriente y está protegida en la Meca; la piedra roja es para Asia y cayó en Tunguska hace cien años; la piedra verde es para Europa y fabricaron una copa con ella para contener la *sangreal*; la Piedra Azul es americana y su objetivo incierto... La que cayó del cielo y le fuera entregada al cacique Kalfukura para unificar al imperio mapuche, como le fuera entregada Excalibur a Arthur Pendragon».

«En los textos dictados por Otto Rahn, desde el más allá, a la médium polaca Stanislaw Tomczyk, dice que la piedra de Tunguska fue recuperada por sociedades secretas germanas que pensaron que con ella dominarían el planeta. Estuvieron a un paso, pero el mago Von Braun consiguió llevarla a América del Norte y, desde allí, a la Luna, donde astronautas iniciados harán un rito con ella durante el equinoccio de verano (hemisferio sur) del año 2012».

«(...) La piedra que cayó del cielo. La diadema de Lucifer, el ángel caído que se estrelló contra la tierra. La joya que brilla en la frente del cielo. Venus, como lucero de la mañana. Lucifer viene del latín *lux phoros*, el que trae la luz. El azul simboliza a Venus en la heráldica. La estrella de ocho puntas en la bandera mapuche. La estrella de cinco puntas en la bandera chilena que Bernardo O’Higgins, mago de segundo grado de la Logia Lautarina, instalara en el principal emblema de la nación. La *Wuñelfe Kushe*, Venus en el amanecer».

*Anotaciones para una radiografía mental del territorio.*

Ángela González López, 2011



—Leonardo —susurró Clara en la oscuridad—. ¿Qué va a pasar cuando lleguemos? —Ni siquiera sé dónde vamos. El que sabe es Cunza.

—Mis conocimientos llegaban hasta la puerta de la laguna Icalma —habló el kallawaya desde el caracol—. Esto es tan nuevo para mí como para ustedes.

—¿Tampoco sabes quién nos espera al otro lado de la caverna? —insistió el niño. El halcón sacudió la cabeza y levantó las alas como estirando lo músculos.

—No, pero tengo una sospecha.

La caverna se movía a gran velocidad, incluso a veces tan cerca de la superficie que por las rendijas se alcanzaba a entrever algo del paisaje. En algún momento distinguieron fiordos oscuros y planicies azotadas por el viento, campos nevados y montañas cortadas a pique, canales tachonados de pequeños icebergs flotando como nubes sobre la tela húmeda de un mar gélido y salvaje.

Vieron bosques deformados por la ventisca y violentos saltos de agua corriendo por paisajes torneados a cincel, jóvenes y agresivos como recién creados en el albor del paraíso. Recorrieron territorios estallados en pedazos, islotes y fragmentos de esquirlas como meteoros clavados en la piel del mar. Un mapa destrozado por la fuerza de los elementos, la soledad, el frío y el viento. Los océanos corporales y masivos desplazando sus volúmenes musculosos, grises y desaforados, desmoronando el continente a golpes de brazo. Una titánica batalla geológica en el fin del mundo.

Luego de algunos minutos, en los cuales el mar parecía haber devorado bajo su lengua a la propia cordillera, vino la calma y la blancura absoluta de cielo y ras de suelo. La soledad definitiva de la Antártica. El silencio congelado. Entonces la caverna se detuvo.

Afuera, el paisaje está ahora en blanco, la mente pierde foco, profundidad, tiempo y distancia. Es lo más parecido a mirar hacia adentro. Una catedral tan vasta que no se distinguen sus paredes. No hay referencias, es un paisaje abstracto, un territorio mental. Como estar al interior de la cabeza de un monje avanzado. La Antártica es la conciencia del planeta, en estado meditativo, en coma. O en blanco.

Leonardo saca un brazo hacia el exterior y vuelve rápido a su posición junto a Clara.

—Hace mucho frío allá afuera. No creo que podamos salir.

—¿Por qué nos trajo hasta acá si no podemos salir? —murmura la niña, envolviéndose con el poncho hasta ser un ovillo junto a Leonardo—. ¿Me vas a decir para qué vinimos hasta acá, donde hace tanto frío?

El niño traga saliva y mira, pero hacia adentro, al calor de la lejana Arica, al calor que sintió en el pecho cuando su madre lo abrazó. Todo había ocurrido tan rápido que no había tenido tiempo siquiera de pensar mucho en ella, su mamá.

—Vengo a buscar el corazón de mi madre —susurra. La niña abre los ojos, pero

no dice nada—. Vengo a buscar algo que la va a sanar, porque se está muriendo en Arica.

—¿Qué le pasó?

—Yo tengo la culpa.

Clara pone su cabeza en las rodillas de Leonardo.

—Si quieres, yo te puedo ayudar. Mi mamá ya se fue, pero podría a la... ¿Cómo es la tuya?

—Es muy linda, Clarita, parece un ángel —agrega.

—¿Cómo se llama?

Leonardo enmudece y baja la mirada; los ojos se le llenan de lágrimas.

—No sé.

—¿Cómo?

—¡No sé! —se pone de pie y se aleja un poco, secándose las mejillas.

—Tranquilos —dice Cunza—. Esperemos en calma que esto se puede demorar más de lo que pensamos.

En el centro de la Antártica, justo en el punto en que el planeta se apoya para su giro diario, se alza un gigantesco árbol.

Un canelo de grueso tronco, tan ancho que una persona debería correr como el viento y sin detenerse para rodearlo en un solo día.

Alto como una montaña y amplio como una isla hecha de follaje, sería visible desde el espacio si no se hubiera decidido que era mejor esconderlo de la vista de todos los hombres. Sus raíces entran profundas en el planeta y mantienen el hemisferio sur cohesionado. Alguna vez alguien mencionó que en el polo norte había un fresno de similares dimensiones jugando el mismo papel.

En el interior del canelo —cuyas raíces no se deben tocar— hay un mundo verde y azul, iluminado por enjambres de luciérnagas que giran en sentido opuesto a las agujas del reloj; un giroscopio que ayuda a sostener el eje de la tierra calibrado, en línea con su órbita. En ese estómago cálido reposa íntegro el pedazo de terreno que hoy, lleno de agua, se llama lago Conguillío.

Hirviendo de vida, éste es la caja de resonancia de un bullicio interminable, compuesto por cantos de pájaro, rugidos, aullidos, ruidos de insectos, élitros y mandíbulas rechinantes.

La suma de todas las voces es una gran nota sol emanada por el árbol completo, vibrando desde el polo sur y hacia el espacio, consonando con la nota emanada por el fresno desde el polo norte. Así, juntas generan la armonía que le permite al planeta moverse equilibrado por las esferas en una órbita perfecta. De modo que uniendo su propia nota a las emanadas por los otros planetas, forman el acorde del sistema solar, una armonía completa y de una belleza tal que, de escucharse, destrozaría a cualquier ser humano con la columna vertebral afinada de manera incorrecta.

El canelo es femenino y está enamorado del planeta.

El interior del canelo es un santuario y su mente sueña en la forma de un

microclima. Los insectos son sus neuronas.

El interior del santuario tiene innumerables puertas. Una de ellas está abierta y deja salir a una pequeña sombra que cruza el blanco con paso cansino, como si flotara sobre la nieve.

Lleva un bastón y un tambor con la forma de una media esfera colgando de su espalda; tararea una canción monótona acerca de flores amarillas en el borde de un acantilado; sus labios resecos esbozan una sonrisa, su piel está fabricada con hormigas, aunque parece humana.

Ella es humana, o lo fue hace mucho tiempo.

Un rayo verde esmeralda cruza sus ropas, es una pequeña lagartija que entra y sale por su chamanto, cuello y vestidos; baja a su pie derecho y sube rauda a su oído para contarle lo que vio más abajo. Se llama *Tralka*, «Trueno» en mapudungún; es la forma que toma la anciana para hablarse a sí misma y reflexionar; su gemelo, su nagual.

Es una machi, antigua como la tierra.

Se llama Alerayén, y camina en línea recta hacia una breve abertura en los hielos, algo parecido a la entrada de una caverna diminuta.

Después del último *nguillatún*, cientos de *konas* avanzaron alegres entre gritos de trueno y encabezaron los ejércitos. Más atrás caminaban, cansados pero decididos, los restos de las orgullosas castas guerreras de toda la América Roja, llenos de cicatrices en el cuerpo y en el alma, pero con la mirada de piedra que aún embellecía sus semblantes.

Cientos de aprendices de machi se levantaron del suelo cantando y volaron cargando piedras y cántaros llenos de arena hirviendo, oscureciendo el cielo a su paso. Abajo, *traukos* y *camahuetos* brotaban de la tierra para sumarse a la resistencia. Vino el alerce. Las piedras y los riachuelos se levantaron hombro con hombro contra el brujo europeo.

Pero una cruz definitiva se clavó en Loncoche.

El continente entró en estado de coma.

La machi rogó a viva voz, pero sólo el eco le devolvió la plegaria.

*La Conquista Mágica de América.*

Gabriel Bendit Farías, 1908

Oscuridad.

Allí dentro sólo había oscuridad.

En la espera al interior de la caverna, Leonardo y Clara permanecían abrazados, con el estómago vacío y el temor vivo de quedarse para siempre ahí, atascados en el continente más deshabitado del planeta. Clara parecía un animalito aferrado a una rama en medio de un incendio, durmiendo a saltos y atacada por imágenes terribles para su corta edad; Leonardo, en tanto, era un cachorro a la intemperie, rodeado por los murmullos de la noche.

—¡Déjame! —gritó la niña despertando de una pesadilla.

—Tranquila, tranquila —le susurraba el niño al oído.

—No voy a ir al cielo...

—¿Qué? Clarita, tranquila.

—La Natalia, de quinto, me dijo que yo no iba a ir al cielo, Leonardo.

—¿Por qué te dijo eso?

—Porque yo era una *mora*..., porque no me habían bautizado —sollozaba—. Y que a los niños *moros* los entierran con una escoba, porque están condenados a barrer el suelo del purgatorio por toda la eternidad. Dijo que su mamá le había dicho eso y que no se juntara conmigo.

Leonardo la abrazó con fuerza, intentando consolarla. La suma de dos soledades a veces puede encender una llamita que entibia el corazón.

De pronto, la entrada de la caverna comenzó a abrirse lentamente, dejando entrar a la ventisca, a la nieve y su brillo deslumbrante.

El frío afilado de las soledades antárticas cortando la piel de la cara. Ahí, enfrente de los niños, una silueta gruesa, antigua y firme se dibujaba contra el blanco dominante.

Un rayo verde salió de sus ropajes y recorrió la caverna de arriba abajo con la velocidad de la luz, oliendo y husmeando en cada rincón antes de regresar a su hombro y susurrarle al oído. La silueta soltó una risa grave y lenta, amable pero dura.

Leonardo y Clara estaban mudos de miedo. Cunza se escondía detrás de ellos sin emitir ruido alguno.

—¿Dónde está aquél que dice ser el Guerrero de la Kalfukura? —preguntó la silueta. Ahora su voz parecía venir de todas direcciones y comenzaba a definirse.

Era una machi.

Leonardo sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca.

Se puso de pie como si pidiera disculpas por algo.

—Bastante flaco es el famoso guerrero —musitó con una sonrisa antes de caminar hacia el interior con paso lento y seguro. Iba apoyada en el bastón y arrastraba el chamanto como si fueran muchos años cayendo tras sus pies—. ¿Y a quién tenemos aquí escondida?

Clara asomó su rostro pálido detrás de Leonardo y la anciana se detuvo en seco, paralizada por la sorpresa. Su bastón quedó suspendido. El aire se enfrió tres grados más en toda la escena.

—Pero... —la machi dejó caer el báculo.

—Leonardo —susurró la niña aferrándose a sus ropas.

—Esto es... esto es... una sorpresa —murmuró para sí. Alerayén se llevó una mano a la boca y caminó hacia la niña, separando a Leonardo del camino y no sin dificultad se puso de rodillas frente a ella; con sus manos rellenas y dedos gruesos como ramas antiguas, le acarició el cabello y rozó una de las flores rojas que Leonardo había recogido para ella. La niña, pese a todo, seguía aterrorizada.

—«Envuelta en serpientes rojas y negras la Madre Tierra viene, coronada de copihues viene» —recitó con una sonrisa ancha de abuela amorosa y luego se volteó hacia Leonardo, iluminada de mucha alegría y pocos dientes. El niño sólo pudo devolverle sus enormes ojos llenos de preguntas.

—¿No lo sabes? —dijo la anciana, graciosa y sorprendida—. ¿Es que no lo sabes de verdad?

Tralka, la lagartija, salió corriendo del faldón de la machi para saltar de roca en roca, chillando de alegría y contorsionándose en el aire. Leonardo la miraba rebotar y apenas podía contestarle a la anciana con un gesto de extrañeza más evidente que el anterior. Entonces Alerayén estalló en una carcajada gruesa y poderosa que removió la caverna.

—¡Ella es nuestra esperanza, Leonardo! —dijo tomándole la mano a Clara—. ¡Ella es la nueva Pachamama! ¡Todos creíamos que tu madre aún no había dado a luz a su sucesora y que hoy moriría la descendencia! ¡Pero aquí está, escondida detrás tuyo todo el tiempo, niño! ¡Tu madre la tuvo escondida todo este tiempo! —decía con voz muy fuerte entre risas y golpecitos en sus rodillas. Cunza la oía paralizado detrás de Leonardo.

—Pero eso significa que ella...

—Ella es tu hermana —murmuró la anciana estirando la mano para tomar la del niño. Ellos cruzaron sus miradas como viéndose por primera vez; un velo extraño se había corrido y no sabían cómo reaccionar—. El guardián y su protegida vienen a mi encuentro tal como lo soñé. Tu madre fue muy inteligente y hoy son tiempos difíciles; los enemigos merodean bajo tierra y ella no iba a estar segura.

En ese momento, la caverna se había iluminado: una niña envuelta en túnica ritual, coronada de flores; una anciana machi hincada ante ella y un niño de pie con un bastón en la mano asistiendo al milagro. Un pájaro en la oscuridad.

—Pero los milagros no existen —murmuraba la machi para sí—. La vida es una danza ordenada y bella, con giros inesperados.

Un río puede dar muchas vueltas y caer de alturas enormes, pero siempre llega al mar, como tú llegaste hasta mí.

Leonardo tenía la boca abierta, buscaba a su madre en los rasgos de la pequeña;

estaba sorprendido, pero los niños son como los animalitos a veces. Se habría acercado a olerla, a reconocerla, pero sólo mantenía la boca abierta.

De seguro adentro, muy adentro, miles de imágenes y sensaciones estaban buscando acomodo y reorganizándose sin su asistencia, quizá con las horas, con los días. Estaba confundido.

Había un calor ahora en su corazón.

Sí, era un calorcito exquisito, raro. Los ojos se le humedecieron, pero no sabía por qué. Quería golpear a alguien y que Clara lo estuviera viendo, o mostrarle que podía aguantar la respiración mucho tiempo bajo el agua. Se sintió grande. La miraba fijo y ella lo miraba a él. Clara se iluminaba por dentro, ya no estaba sola, tenía ganas de abrazarlo y colgarse de su espalda, pero no se movió.

—¿Tienes frío? —le preguntó el niño.

—Un poco —dijo ella, desviando la mirada.

La machi sonreía.

Leonardo se acercó y le acomodó el poncho para protegerla del frío y miró alrededor de la caverna. Ella bajó la mirada y movió su mano imperceptible hasta tocar la del niño. Leonardo estiró el meñique y miró hacia las rocas de la entrada; ella lo aferró con sus dedos bajo el poncho.

—La caverna se mueve —anunció el niño al tocar una de las paredes.

—Regresamos a Conguillío —dijo la machi, secándose una lágrima que se abrió en los muchos surcos que rompían sus mejillas centenarias.

—Pero la piedra, necesitamos la piedra.

—Tranquilo. Después de quinientos años, la Piedra Azul regresa al continente para iluminar su futuro otra vez. La piedra está con nosotros, no te preocupes. Me parece un sueño... No sabes los innumerables océanos de tiempo que he atravesado..., a veces perdiendo toda esperanza, aguardando este momento. Soy una vieja feliz.

**CALFUCURÁ** (?-1873): Cacique nacido en Collico, cerca de Pitrufrquén, en la región chilena de la Araucanía. Fue el último caudillo unificador de las fuerzas mapuche, desde el océano Pacífico hasta el Atlántico. Inteligente y poderoso, es nuestro equivalente a aquél que unió la Gran Bretaña, el rey Arturo Pendragón.

Calfucurá formó a partir de 1835 una confederación mapuche con base en Chillué o Chilihué (“Nueva Chile” de acuerdo a Estanislao Zeballos, en traducción puesta en duda por Magrassi) en las Salinas Grandes.

De él se cuenta que, cuando pequeño, recibió de un *huecuve*, un brujo mapuche, una *cherüwfe* o piedra meteorito de color azul que guardaba dentro del estómago de un puma. Juan Calfucurá tuvo que pelear con el puma, someterlo y rasgarle la panza mientras aún estaba vivo para hurgar en su interior con tal de extraer la piedra del cielo. El *huecuve* le dijo que esa roca le daría gran poder y podría escuchar todo lo que ocurría en estas tierras usando los árboles y los pájaros.

Años más tarde, el imperio mapuche de Calfucurá atemorizaba a los gobiernos de Chile y Argentina por igual.

Cuando falleció, de 136 años, dicen, le abrieron el pecho y encontraron dos corazones que seguían latiendo. Cuatro *conas* (jóvenes guerreros) los llevaron hasta un lugar secreto cerca de Curacautín y ahí los enterraron con gran recogimiento.

A su regreso, contaron que los animales no pasaban por encima del lugar y que los árboles retrocedieron para formar un claro iluminado en torno a la tumba.

Años después, un grupo de gendarmes torturó hasta la muerte a uno de aquellos *conas* intentando obtener la ubicación del lugar donde está lo que ellos pensaban era el tesoro de Calfucurá, pero no salió palabra de su garganta. Ahí siguen latiendo hasta ahora. Si pones la oreja en el suelo, puedes escucharlos latiendo en el fondo del mapa, esperando reencarnarse y volver a cabalgar por cerros y pampas otra vez junto a su pueblo.

*Historias de la Tierra de los Cuatro Lugares.*

Fernando Bugueño Mejías, 1938



En Santiago de Chile la inseguridad dio paso al temor. Durante toda la mañana las radioemisoras han sido interrumpidas por transmisiones piratas. Discursos delirantes en hermético español antiguo y cantos religiosos se filtran en los programas habituales. Las calles se sienten cargadas de estática y la gente camina asustada. No saben si asistir a sus trabajos o refugiarse en sus hogares. Marcas de cal en el suelo de algunas plazas, similares a los trazados auxiliares en las construcciones, dibujan edificios imaginarios y plantas de casas inexistentes. Una ciudad fantasma parece adueñarse de todo.

Un par de explosiones derriban puentes estratégicos; múltiples construcciones amanecen con una gran equis dibujada con pintura roja sobre sus fachadas.

Y nadie consigue ver nada.

Los radares buscan en el cielo; binoculares y cámaras rastrean exhaustivos la superficie de la ciudad.

Y nadie consigue ver nada.

Pero si hubieran puesto el oído en el suelo, habrían escuchado un latido.

El latido de toda una colmena movilizándose.

El guerrero de la Calfucurá es la encarnación de la serpiente *Tren Tren*. Él viaja desde el desierto de polvo hasta el desierto de hielo. En ese lugar, que es donde empieza todo, el chacra muladhara se traga la gema azul y sube con rapidez bajo la cordillera, trepando por la columna vertebral del territorio como una serpiente cundalini hasta explotar en la mente de la tierra —en el centro del mundo— a través de la Puerta del Sol, en el origen de nuestro espíritu. Tiahuanaco.

Allí, en el lugar donde bajaran a la tierra los dioses originarios en la isla en el Titicaca, renace como el Viracocha Pachayachachic, el *pachacuti* que remueve todo con un terremoto, un espasmo del cuerpo de la tierra cuando sale cantando envuelto en oro y todo se ilumina con dos soles.

Ahí le llaman *Catarí*, la serpiente de la tierra. Ahí ve las cosas como son y despierta a la Pachamama en el corazón de todos. Todos quedamos, entonces, conectados con la Pachamama en una red que nos junta todos sus hijos. Ahí quedamos todos hablando con todos y escuchándonos a todos. Eso es lo que me contaron cuando era niño y ahora lo digo aquí, enfrente de todos.

No tengo nada más que agregar.

*Recuerdos de Pascual Cotipa Curawenu, 1907*

Salieron de la caverna a un día brillante sobre Sierra Nevada, el cordón montañoso que enfrenta al lago Conguillío. Más abajo, el enorme ojo de agua reflejaba el cielo azul de la cordillera pehuenche, cobijado por lomas de verdor intenso, como un secreto que los cerros quisieran guardar envuelto en sus manos de araucaria y lenga. Uno de los paisajes emblemáticos de la *Meli Witran Mapu* era el escenario perfecto para el momento más importante de los últimos quinientos años: la reaparición del Corazón de la Tierra.

El día estaba cargado de expectación. Tres cóndores sobrevolaban al grupo y Alerayén miró de reojo las pupilas de un puma que observaba escondido entre los matorrales, a un par de cientos de metros de distancia. La machi respiraba hondo, parecía crecer en altura y fuerza al contacto con la tierra de sus antepasados.

Sonreía al reconocer cada pequeña plantita y cada diminuta flor que estiraba sus pétalos para saludarla. Ella contestaba con una venia y otra sonrisa. Irradiaba alegría y plenitud. Dio dos pasos hacia el acantilado y le entregó su bastón de canelo y punta de bronce a Leonardo.

—Hoy es un día triste y alegre a la vez —anunció con una voz que llenó la cuenca del lago sin haber abierto siquiera los labios—. Son tiempos aún más oscuros que aquéllos de hace tanto, cuando mi hermano y mi hermana escaparon, con el alma hecha un ovillo y unas pocas pertenencias... Fueron hacia la codillera para ocultarse de la marea de hierro, remaches y latas afiladas que avanzaba desde el norte para encadenar a la Mama Tierra. Querían arrancarle, como un ladrón en la noche, sus joyas más preciadas... Al menos en aquella ocasión conseguimos que uno de ellos traicionara a los propios y fuimos capaces de golpearlos desde adentro.

Leonardo y Clara escuchaban en silencio, sentados y de la mano en una roca frente al lago. La machi hacía unos minutos que había dejado de tocar la tierra con los pies. Cunza observaba escondido tras un matorral.

—Hoy casi puedo escuchar a esa misma enfermedad supurando en las entrañas de la mamita tierra, planeando venganza y reclamando su robo como cosa propia. Por desgracia, nuestro refugio, el conjuro de la Kalfukura, se desvanecerá exactamente hoy y estaremos, otra vez, desnudos frente a sus espadas corroídas por el óxido y la amargura. Pero también hoy nuestra madre enferma tiene su última oportunidad de despertar y repeler la infección desde su raíz.

»Desde aquí digo que ella puede renovar el conjuro y mantener la peste hundida bajo tierra, donde debe estar por otros quinientos años. La buena noticia es que hoy estamos aquí para comenzar ese conjuro —agregó, girando para mirar a los niños con el rostro lleno de alegría—. No te preocupes, Leonardo, porque tú y tu hermana podrán llevarle a su madre la Piedra Azul para revivirla y conjurar nuestras pesadillas. Sólo hay que sacarla de su escondite y entregársela lo antes posible.

Dicho esto, cerró los ojos y el paisaje bajó de intensidad.

Descendió con lentitud hasta tocar la tierra con los pies e hincarse sobre hierba, la cual creció y floreció hasta cubrirla casi por completo. Aves y mariposas vinieron a rodearla con luces, colores y grititos cristalinos. Cunza abrió tanto sus pequeños ojos que sus facciones se deformaron, como si la sorpresa le impidiera sostener su forma de halcón.

La machi se hizo transparente, dibujada por una luz azul que parecía salir desde su propia cabeza. Su cráneo se veía claramente entre la niebla y sólo su sistema circulatorio se hacía visible. La machi no tenía sangre sino hormigas y pequeños escarabajos llevando y trayendo nutrientes desde sus intestinos colmados de tierra negra fértil. No había pulmones sino verdes extensiones de tupido follaje llenándole el pecho.

Estaba envuelta en una lámina de leche materna en vez de piel. Todo lo coronaba una piedra en medio de su cabeza; la hermosa, irregular y lustrosa Piedra Azul, girando a gran velocidad en el centro mismo de su cráneo, riendo como una flor de maqui.

El viento se detuvo, el paisaje recuperó sus colores y los pájaros siguieron volando. El cabello cano de la machi, desordenado por la ventisca, cayó sobre sus hombros, negro otra vez.

Abrió los ojos y habló desde las pupilas con palabras talladas en madera de raulí.

—«*Lapis-lazul, lapis exilis, lapis ex coeli...*, el Corazón de la Tierra no es oro vulgar. Gracias por elegirme como refugio por todos estos años».

Puso sus manos en la frente, en la nariz y en la boca. Abrió los labios para hablar pero la palabra que dijo fue una piedra que cayó a la hierba. En todos los árboles y arbustos en kilómetros a la redonda estallaron, flores como nunca antes se vieron; cantaban y hacían llorar con una luminosidad tan poderosa que todos apartaban la vista y se lanzaban al suelo, impulsados a besar el polvo y a echarse puñados de tierra a la boca, enamorados del mundo y de su maravilla.

El sol salió un poco antes, asomando su rostro para ver el portento. Muchas madres tristes quedaron embarazadas en cientos de kilómetros a la redonda, y sus hijos cantaban desde sus vientres.

En un instante, el mundo se convirtió en una fiesta.

Leonardo se acercó un poco para ver mejor el portento, la humilde Piedra Azul de apariencia un tanto triangular, menor a un puño de tamaño, guardada durante quinientos largos años dentro de la cabeza de una machi anciana como una araucaria.

—Soy una araucaria —murmuró la machi, aún de rodillas, sonriente y muy debilitada por el esfuerzo.

Leonardo retrocedió, algo no andaba bien.

—Me duele el estómago —dijo Clara.

—Señora, ¿está bien? —Leonardo no se atrevía a acercarse. La machi ensombreció su rostro, tomó la piedra desde la hierba e intentó ponerse de pie con dificultad.

El aire comenzó a oler a algo viejo y nauseabundo.

—¡Leonardo! —gritó Clara y su hermano giró y vio a Cunza salir desde un arbusto convirtiéndose en algo más y más grande que quitó de un golpe del camino a la niña.

—¡Machi! —alcanzó a gritar el niño, pero eso lo empujó con violencia hacia un costado en su camino hacia la anciana, que aún no conseguía afirmarse del todo en sus dos piernas. Una ola de barro fétido salió desde el corazón de Cunza, se endureció en el vuelo y golpeó con violencia la mente de la anciana.

La mujer cayó hacia atrás, aferrando la piedra contra su pecho. El kallawaya avanzó con sus ocho patas, respirando humo negro desde una multitud de heridas en la cabeza, luego desplegó sus enormes alas y gritó con un aliento cargado de venganza en estado líquido que quemó la hierba y destruyó los colores de las cosas.

Leonardo lo pensó una vez, dos veces, y corrió para interponerse entre el kallawaya y la machi, blandiendo el bastón con cabeza de bronce.

—¡No, Leonardo! —gritó la machi y entonces ocurrió lo inesperado: el kallawaya sonrió grosero con la boca de su pecho y estiró uno de sus brazos para aferrar a Clara, que había quedado sola; luego se arrojó al acantilado envuelto en vientos y llamas pestilentes. El niño gritó y corrió hacia el borde, estirando una mano impotente hacia la niña.

Cunza bufaba y rugía envuelto en niebla, difuso, desgarrando el aire que caía herido en cada movimiento; sus muchos pares de alas que funcionaban separados de su cuerpo espantoso.

La niña gritaba de horror, llamando a Leonardo que, estupefacto, la veía alejarse a gran velocidad, atrapada por una garra deforme.

—¡Clara! —dijo desde el borde, tomándose el pelo y mirando a la machi como implorando una ayuda que no iba a llegar. El niño caminó frenético de un lado a otro hasta que los gritos de su hermana se perdieron entre el rumor del viento en las alturas.

Luego, la imagen monstruosa del kallawaya se desvaneció tras las montañas más allá del horizonte.

Leonardo cayó de rodillas y gritó de rabia, secando las flores de manzanilla frente a él. Gritó hasta que se le confundió con llanto y las lágrimas hicieron crecer nuevas flores bajo su pena.

—¡Tu responsabilidad era protegerla a ella! —le espetó la anciana sin ninguna consideración—. ¡Yo podía aguantar algo más, pero tú debías protegerla, chiquillo tonto!

Leonardo lloraba, como el niño que al fin y al cabo era.

La machi se sentó con dificultad y se arregló el cabello, resoplando y maldiciendo en voz baja.

—Era poderoso ese desgraciado. Supo esperar justo el mejor momento para golpearme. No se quién es, pero es fuerte.

Leonardo la miró y se horrorizó: la machi tenía el pecho destrozado y arena muy fina se derramaba sin cesar desde sus oídos. Le dio la impresión de que estaba ciega.

—Estoy agonizando y no me queda mucho tiempo, así que escúchame.

—¡Agonizando!...

—¡Escúchame! —le gritó dentro de la cabeza—: Voy a morir, pero yo no importo. Debes rescatar a tu hermana antes de la medianoche de hoy o todo estará perdido.

—Pero ni siquiera sé dónde la llevaron ¡Ni siquiera sé cómo salir de aquí! Crescencio me dijo que era malo... ¡Y yo no le creí!

—¡Cálmate! Tú eres el Guerrero de la Kalfukura y protector de la Pachamama ¡Ya no eres más un niño llorón! ¿Escuchaste?

La machi miró hacia un costado y Leonardo se horrorizó aún más: el cráneo había perdido su parte trasera y pequeños insectos intentaban retener la arena y los trozos de madera que sostenían la mente de la anciana.

—Se la llevaron hacia el norte, seguro a Santiago, el corazón de sus operaciones. La van a matar, Leonardo, y con ella va a morir el linaje de la Pachamama para siempre. El continente completo estará perdido.

El niño respiró hondo y cerró los ojos.

—Dime qué tengo que hacer.

La machi intentó sonreír, pero la cara se le caía a pedazos.

—Anda a Chiloé y encuentra a Melinao; es un brujo de los que ya no hay, no queda nadie más en esta tierra como él.

Cuéntale todo lo que ha pasado y dile que me perdone. No queda otro remedio.

—¿Cómo llego a Chiloé antes de medianoche?

La machi levantó con enorme esfuerzo su mano derecha y tronó dos dedos que luego cayeron en pedazos.

—Él te llevará —le dijo apuntando al cielo, a un cóndor enorme que bajaba raudo y luego giró en círculos sobre ellos—. Él sabrá llevarte a Melinao.

—No te mueras —sollozó el niño.

—Me hiciste más feliz que nadie al traerme a esa niña. Ahora anda y sálvala. Recuerda, Leonardo, que nada es casualidad. Sólo haz la danza y el resto vendrá por su cuenta. El camino está trazado siempre, pero de todos modos hay que caminarlo —la anciana estiró con gran esfuerzo su mano izquierda y puso la Kalfukura sobre la palma del niño con una sonrisa—. Nuestro corazón.

—No me dejes —murmuró.

—Estaré contigo siempre.

Alerayén se deshizo como una figura de arena frente al niño.

Leonardo tomó un poco en un puño y luego de retenerla la tragó con los ojos cerrados. Dejó la Kalfukura en un saquito que se amarró al cuello, se puso de pie y cruzó el bastón de la machi en su cinturón. El cóndor dio un graznido. Leonardo lo miró durante unos segundos, respiró hondo y comenzó a correr hacia el acantilado

más y más rápido, mientras las flores lo miraban espantadas. El niño llegó al borde y saltó al vacío de la quebrada con los brazos muy abiertos. El cóndor cruzó la escena en picada, persiguiéndolo en su caída; lo tomó con sus garras y juntos remontaron el vuelo en una amplia curva hacia las nubes de la cordillera como un solo animal. Leonardo recibía el viento gélido de las alturas en su rostro moreno y pensaba: «Chiloé..., el brujo Melinao. Lo más rápido que puedas»..., y el cóndor así lo hizo.

El ave se llama *Tralkawenu*, «Trueno del cielo», y cruzó el azul en línea recta hacia la isla grande, abriendo y cerrando sus enormes alas como una sombra, planeando, en picada, remontando valles y cerros hasta alcanzar la costa rumbo al mar, raudo hacia donde se escondía, desde hacía cientos de años, el último capaz de enfrentar a los conquistadores, el último hombre que podía ayudarlo a rescatar a Clara y evitar así la catástrofe.

La televisión inicia un programa ininterrumpido de noticias acerca de los temblores, derrumbes y signos desconocidos que inundan la capital. Un comentarista de noticias cae en trance y anuncia que el *Reyno* se avecina, que deben estar preparados, confesados y en ayuno. Desde la sala de control interrumpen la transmisión con un programa de vida salvaje. Alguien, en otra señal de televisión, descubre un patrón en los derrumbes e indica que las iglesias que han sido destruidas corresponden todas a edificios construidos después del Concilio Vaticano II y que, al unirlos con líneas en el mapa, se forma un pentagrama, símbolo asociado a las artes oscuras y la magia negra.

Un despacho en directo, desde el centro de la ciudad, muestra el derrumbe de todas las calles que rodean al Palacio La Moneda. El periodista relata los hechos con dramatismo, mientras las cámaras enfocan las cañerías rotas que llenan de agua el foso en torno al edificio de gobierno.

Un carabinero hace notar que todos los accesos viales a los alrededores del cerro Santa Lucía han sido destruidos con absoluta precisión. Ningún vehículo puede entrar o salir de esa zona.

Una información no confirmada dice que se habría derrumbado íntegro el galpón de pertrechos y armamento de la Escuela Militar, dejando un agujero de al menos veinticinco metros de profundidad. Otro agujero de similares características se abrió en la nave central de la Catedral de Santiago.

Los primeros informes dicen que los grupos de Operaciones Especiales de Carabineros, que bajaron con cuerdas a investigar el fenómeno, habrían encontrado un ojo de mar a cuarenta metros de profundidad.

Los ministerios del Interior y de Defensa han dado la alerta militar y piquetes de soldados se sitúan en puntos estratégicos de la ciudad. Se solicita a la población guardar la calma y permanecer en sus hogares, pero a ese minuto todas las vías de salida de la ciudad están copadas de vehículos intentando huir.

En Santiago de Chile, el temor ha dado lugar al miedo abierto y puro.



—Tienes que creerme, yo soy el Guerrero de la Kalfukura.

—Sí, sí, seguro. Y yo soy Arturo Prat.

—Tengo que encontrar al brujo Melinao, ¿me entiendes? —Ya te escuché eso diez veces, lo que no me has dicho es para qué quieres hablar con Melinao, chiquillo gritón.

Leonardo se removía intentando liberarse, enterrado hasta el cuello en medio de un bosque de alerces centenarios y nalcas de enormes hojas. Leonardo sentía que de sus pies comenzaban a salir raíces y los digüeños, pequeños hongos de humedad, crecían alrededor de su cuello. Se hundía de a poco en esa tierra chilota, comenzaba a sentir sueño. Líquenes se arremolinaban en su cabeza y desaparecía bajo la gruesa capa de hojas y musgo que cubría el suelo negro y fértil de la isla.

—Tranquilito, que luego ni te vas a acordar de quién eras, mijito.

Era el bosque completo quien le hablaba desde el interior de su cabeza. Un gran animal con la forma de una extensión verde, intrincada, con sus sistemas digestivo y nervioso expuestos a la luz del sol. Leonardo, en cuerpo y mente, estaba siendo digerido por el bosque próximo a Dalcahue.

—Melinao... —susurraba con sus últimas fuerzas.

—Quién me busca —dijo alguien en su cabeza, dentro de su último recuerdo más o menos intocado.

Leonardo se veía de pie en el patio de su escuela de Pozo Almonte, el día cuando sus compañeros lo golpearon gritándole «Huacho» por primera vez; el mismo día que un temblor agrietó una pared de su sala e hizo una marca parecida a la de un rayo, abriéndose como un río nuevo a través de un mapa.

Leonardo siempre lo miraba, preguntándose si ese río existía en algún lugar del mundo y si era algún tipo de señal. Navegando de pie por ese río imaginario, se enfrentó a Melinao por primera vez.

—Alerayén me envió a buscarte.

—Ése es un nombre de mucho poder, niño. ¿Dónde lo escuchaste y por qué mientes así?

Leonardo se paró de su pupitre de alumno y lo miró intentando retener sus facciones, pero Melinao era un recuerdo como de su primera infancia, cuando recuerdas la sonrisa pero no la cara, el golpe pero no la mano.

—Ella regresó desde la Antártica, yo la fui a buscar para recuperar la Kalfu... — intentó continuar, pero Melinao le borró la boca del rostro con una hoja de canelo, la pintura se corrió como acuarela en un papel mojado.

—No digas ese nombre.

El niño abrió su cuaderno y escribió algo.

—Mi madre va a morir si no le llevo la piedra.

El brujo se estremeció, Leonardo sintió que disminuía la temperatura en el

desierto. Un ave se durmió para siempre esperando en la ventana.

—Alerayén me dijo que eras la última esperanza —continuó el niño—. El único que podría hacer frente a los demonios que quieren devorarlo todo.

Las paredes de la sala de clases crujían; ese último recuerdo comenzaba a ser disuelto por el bosque chilote.

—Yo dejé de preocuparme de todo eso hace muchos años, niño. Alerayén está equivocada.

Los vidrios de las ventanas se trizaron y cayeron en pedazos al suelo.

—Alerayén está muerta —bramó.

El brujo se quedó mirándole las pupilas que comenzaban a nublarse.

El suelo se llenaba de grietas y afuera ya no quedaba paisaje.

—Se equivocó al mandarte conmigo. Yo no tengo nada que ver con esa guerra..., nunca más.

—Ellos se llevaron a mi hermana. La van a matar —logró decir con su último esfuerzo.

Sólo quedaban algunas baldosas de la sala y el resto era absorbido por algo a su espalda, algo con aroma a musgo y oscuridad. El brujo apretó los dientes.

—¡Bosque! ¡Detente! —dijo tomando a Leonardo por el cabello.

Así impidió que se hundiera en el suelo.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó el bosque—. Fue él quien entró sin ningún respeto. Puedo hacer lo que quiera... ¿Acaso quieres discutirlo con el consejo de la Recta Provincia?

—Sólo te pido que lo dejes ir —insistió, haciendo enormes esfuerzos para retenerlo en la superficie.

—¿Por qué debería?

El brujo usaba sus dos manos y mucho esfuerzo para sostener a Leonardo.

—¡Porque es mi hijo! —gritó en su último esfuerzo.

Esto es un secreto.

Hay personas que han muerto cuidándolo.

Es un secreto guardado durante más de quinientos años por un pequeño grupo de personas.

No hay más rastro que unas pocas historias guardadas oralmente por un par de iniciados, algún *dossier* de hojas amarillentas en español antiguo que no alcanzan a ser más que un pobre reflejo de una tragedia monstruosa, vivida por aquéllos embarcados en la empresa de conquistar todo un continente. Algunos frescos, pintados entre secretos en rincones de imágenes sacras y paisajes del viejo testamento, contienen claves y símbolos del hundimiento silencioso del ejército más poderoso que alguna vez haya conocido la tierra, el ejército conquistador de América.

Unos pocos castellanos no eran suficientes para doblegar imperios mágicos que sabían volar entre el cielo y la tierra, y conocían las ciencias de la construcción voluminosa. El ejército se preparó durante más de doscientos años, en su planificación inicial tomaron parte algunos generales y estrategas veteranos de las cruzadas en Jerusalén.

El plan era llegar al paraíso terrenal bajo una premisa lógica aplastante: si el punto más bajo de la tierra era el monte Calvario, donde Cristo fue crucificado, con seguridad el punto más alto estaba en las antípodas, al otro lado exacto de la Tierra. Así, como en Jerusalén había un palo seco del cual habían colgado al hijo del hombre en su momento de muerte, en las antípodas debía haber un árbol siempre joven y vivo desde donde recoger vida eterna. Quizá era la misma viga atravesando la tierra de lado a lado.

Los ejércitos se componían de guerreros brutos de Castilla y León, sabios alquimistas de Praga, brujos oscuros germanos y un batallón de magos venidos de Istanbul y Alejandría. Todos escondidos en las bodegas de las carabelas bajo el más estricto de los secretos, durmiendo un sueño seco en cajones de madera de ébano rellenos de tierra europea.

La guerra fue mágica y la ganaron los europeos en muy corto tiempo. Los pueblos rojos de América fueron sorprendidos por un ataque brutal, masivo, rápido e inmisericorde.

Los batallones de humanos, gólems y máquinas mágicas de los conquistadores fueron empujando a los diezmados ejércitos cada vez más hacia el sur. El objetivo era recorrer el *Pasadizo de Santiago*, como le llamaban a la franja de tierra que conocemos como Chile, para acceder a la *Terra Incognita*, la Antártica, donde ellos suponían que encontrarían el paraíso y al *Árbol del bien y del mal* en su centro exacto.

Pero algo ocurrió. El último pueblo de la tierra, los guardianes del fin del mundo, les dieron cruda batalla y, en un golpe maestro, consiguieron capturar a uno de los

cabecillas del europeo en la batalla de Tucapel, un tal Pedro de Valdivia, bravo extremeño obsesionado con llegar a *Terra Incógnita*. Corrieron la voz de su muerte, lo torturaron y consiguieron información valiosa el traidor.

*Los europeos somos águilas de la luna*, dijo Valdivia. Y esa sola frase bastó para que los sacerdotes mayas, cobijados en tierra mapuche, prepararan, en conjunto con machis y chamanes quechuas, un arma en la forma de una frase explosiva que caería desde el sol —el protector de la América Roja—, para aplastar a los conquistadores bajo un conjuro durante quinientos años.

Una machi llamada *Aliraién* subió al cerro Santa Lucía —que ellos llamaban Huelén, la piedra del dolor— y dijo la frase modulando con lentitud.

Demoró cuatro días en pronunciar las cinco palabras del conjuro. Cuando la frase estuvo completa, vibrando en el aire frente a sus ojos, la golpeó con sus dos palmas y las palabras estallaron en una onda de calor pedregoso, que calcinó el entendimiento de los magos y la simiente en cada conquistador.

El poder del sol americano cayó sobre sus pieles como hierro candente; todos huían a las sombras aullando de dolor entre el humo de sus carnes crepitantes. Aquéllos que encontraron cavernas y agujeros profundos consiguieron salvarse; quienes sólo entraron a iglesias y cobertizos, se calcinaron lentamente hasta enloquecer de dolor.

Sentían que se les quemaba la memoria y la humanidad, sentían que el agua les quemaba en la boca y la comida en sus entrañas. Vomitaban, se echaban hierbas en el pescuezo para arrojar fuera el alimento que les rasgaba los interiores.

En muy pocos días la conquista era administrada por soldados y abogados comunes; la ola original de conquistadores magos había sido derrotada, se arrastraba bajo tierra a vivir una muerte en vida en agujeros y túneles húmedos, incapaces de comer nada y secándose con los meses en una sed ardiente.

No podían tomar agua, no podían comer carnes. Con los días descubrieron que podían tragar sangre sin destrozarse las reseca membranas en su interior.

Lloraron de rabia y autocompasión.

Se escuchaban sus gritos debajo de la tierra.

Descubrieron la sangre en ratas y gatos que capturaban de noche, cuando el sol de América se escondía y dejaba de vigilar sus dominios. Enloquecidos, se inventaron que era lícito tomar la sangre de cuerpos humanos; que sólo hacían lo que cualquier sacerdote hacía cada domingo: comer el cuerpo y beber la sangre del hijo del hombre, pero únicamente si estaba consagrada.

Construyeron multitudes de túneles y huecos bajo la ciudad. Modelaron su venganza con piedrecillas y barro. Algunos se fueron deteriorando con las décadas hasta desmoronarse, otros iban olvidando quiénes eran; sus mentes secas se derramaban como arena sobre el suelo de los túneles.

Luego de un par de cientos de años, parecían insectos podridos arrastrándose por galerías, como sarna en la piel del territorio, buscando algo de sangre para no

deshacerse en la humedad. Nada más quedaba de los destructores de imperios, de los conquistadores de América.

*Fragmento del monólogo declamado en italiano por un desconocido. Texto transcrito de una grabación hallada en el armario del fallecido obispo de Santiago, don Andrés Corona Montella. Santiago de Chile, 2003.*

—No sé qué decirte.

—¿Por qué te fuiste?

—Es difícil de explicar.

—Mi Mamatina dijo que habías muerto.

—Quiso evitarte el dolor de saber que los había abandonado.

Leonardo apretó los dientes. Estaba sentado en una roca, mirando al suelo en una posición muy rígida, tenso. Melinao, su padre, permanecía de pie junto a él, pero dándole la espalda.

Todo transcurría en el sueño de un niño, que aún permanecía dormido en una caverna, colgando de cabeza y con la frente hundida en una olla con salmuera, recuperándose del ataque del bosque y regenerando su memoria. Mientras tanto, al interior del sueño, padre e hijo se enfrentaban.

La amargura de la escena cuajaba el aire, volviéndolo vidrioso, turbio. El niño le preguntaba y el padre evadía; el niño lloraba con rabia contenida y el padre se mordía los labios.

Leonardo se puso de pie y lo apuntó, mientras hervía el aire alrededor hasta convertirse en cientos de abejas transparentes que se mordían furiosas unas a otras. En un momento incluso intentó golpearlo, pero el padre lo contuvo. Se gritaron durante horas, pero que en realidad fueron segundos. El niño intentó golpearlo otra vez y el padre se dejó. Le gritó que era un desgraciado por abandonarlo, que lo había necesitado tanto, que le hablaba al cielo creyendo que él lo miraba desde ahí.

Que era un maldito y que nunca lo perdonaría porque ahora se miraba dentro y no sabía quién era.

—Me gritaban «Huacho» y me pegaban —murmuró secándose lágrimas espesas, como la resina resbalando desde su corazón de niño desolado.

Cuando el niño se fue liberando de cada pequeña partícula de resentimiento, de cada lágrima y se sacó con dolor cada espina clavada en su corazón, vino el silencio. El recuerdo al interior de la mente del niño, donde se desarrollaba la escena, comenzó a oscurecerse y Leonardo abrió sus verdaderos ojos a la penumbra de una caverna en Chiloé. Su padre lo sostenía en brazos como a un bebé y lloraba desconsolado. El niño se quedó quieto, sorprendido. Minutos después, se miraban en silencio.

—Eres mi padre.

—Sí, lo soy.

Silencio.

—También fui hijo, pero de un padre amoroso y preocupado.

Diferente a mí.

—¿Qué pasó, entonces? ¿Por qué fuiste así conmigo? —Es difícil de explicar. Sólo ahora entiendo a mi viejo taita.

Pero así es la vida: cuando logramos entender a nuestros padres, ya somos

grandes y no sirve de mucho.

—No entiendo.

—A eso me refiero.

Melinao envejeció ante los ojos del niño.

—A final —sonrió con amargura—, ser padre es la oportunidad para no cometer los mismos errores de tus padres..., sino otros diferentes, a veces peores.

—No me interesa.

—Lo sé.

—Lo que te dije es cierto —agregó el niño—. Tienen a mi hermana, a tu hija, y la van a matar en Santiago si no me ayudas.

—Él no quiere escuchar a nadie —siseó el bosque a través de las hojas al viento.

Melinao suspiró profundo, mirando hacia el suelo.

—Yo no pude detenerlos —murmuró—. Yo era el responsable de detener a los winkas, pero fracasé. Todo lo que ocurrió después es mi culpa. Yo era el Toqui Esmeralda, el guerrero que tenía a su mando a miles de almas confiadas..., almas mayas, aymarás, quechuas, toltecas, mapuche que fueron devoradas por las máquinas europeas y sus trampas mentales. Los perdí en torbellinos de tiempo hambrientos que los arrojaron moribundos hacia el futuro, hacia el pasado, sin recuerdos, vacíos como caracoles en la arena. Perdí la calma y ordené un ataque frontal suicida que terminó en la masacre más espantosa de la que haya memoria. Los ríos se volvieron rojos y los árboles nunca más crecieron en todo ese valle de muerte. La tierra fue compasiva y abrió una grieta en un terremoto que modificó toda la geografía de la zona; lo hizo para devorar los cuerpos de sus hijos, devolverlos a su seno tibio y olvidar. Sólo yo quedé en pie. Sólo yo recuerdo. Pero la vergüenza no se puede olvidar y me trajo hasta estos bosques, con el alma envuelta en un paño.

Tu Mamatina tenía razón, Leonardo. Tu padre está muerto.

El niño se aprieta las manos.

—¡Van a matar a tu hija hoy a la medianoche! —le grita en la cara—. ¡Van a destruirlo todo! ¿No lo entiendes?

Melinao lo mira sorprendido.

—¿Te sientes culpable? —insiste el niño—. ¡Ayúdame a salvarla y sálvanos a todos!

Melinao baja la mirada, fingiendo no escuchar.

—Tienes mucha suerte —le dice el bosque, y el brujo arisca la nariz, molesto—. Vienen a ofrecerte la oportunidad de pagar tu deuda a la puerta de tu propia casa.

Melinao suspira mirando hacia el cielo lleno de nubes sobre la isla grande de Chiloé.

—¿No te importa tu hija, al menos? —grita Leonardo.

El niño espera unos segundos y se pone de pie bruscamente, tomando el bastón de la machi y cruzándoselo en el cinturón.

—Yo sí voy a intentarlo. Ya casi es mediodía —murmura arreglándose los

pantalones para luego caminar hacia el claro donde descansaba Tralkawenu, el cóndor gigante.

—¡Espera! —dice Melinao—. Hay una manera más rápida de llegar a Santiago. Y vas a necesitar algo más que ese bastón para enfrentarte a los conquistadores.

—Qué significa eso...

—Que voy contigo, hijo.



Pedro de Valdivia llegó al valle más allá de las ciénagas de Lampa y Quilicura. Con su ejército intacto, contempló extasiado sus verdes extensiones aptas para la agricultura y decidió fundar ahí la ciudad del Apóstol Santiago de la Nueva Extremadura, en febrero del año de Nuestro Señor de 1541.

Yo estuve ahí cuando subimos al monte que los lugareños llamaban Huelén, la Roca del Dolor, y él buscó en los terrenos con calma y sosiego el punto exacto de sus deseos. Digo que, cuando estuvo seguro, extendió su brazo y apuntó el lugar donde debíamos hundir la viga de madera que habíamos cargado, desde Cusco, con gran quebranto por su desmesurado tamaño y peso mayor al aparente.

La viga había sido elaborada en Francoforte por bibliotecarios de la Germania en madera de fresno. Fue trasladada en barco hasta el Callao en una nave con forma de pez que algunos decían que podía navegar bajo el océano.

Hubimos de cavar un agujero con palas hasta que un hombre pudiera estar de pie en su interior sin verse. Levantamos la viga con gran esfuerzo y la sostuvimos en vilo sobre el agujero con un ingenio de madera, tarugos y poleas. Entonces vino ése al que no le habíamos visto el rostro durante todo el viaje y se deshizo de sus cubiertas; era muy blanco y su cabello amarillo como el oro. Con sus ojos de azul oscuro, como las piedras pulidas, nos observó durante algunos minutos. Mi cabeza se nubló y recordé mi infancia cuando sus pupilas me miraron. Soltamos la viga, se clavó en el fondo y sentimos un grito horrible.

El hombre estaba ahí abajo, atravesado por la punta aguzada de la viga. Nos miramos entre hermanos porque ninguno supo decir en qué momento se metió dentro aquel hombre. Dios lo tenga en su santo seno. La viga quedó de pie, uno de los nuestros dijo que el valle había cambiado un poco de color y todas las aves que iban en vuelo cayeron a tierra de inmediato. Tapamos el agujero con tierra y piedras. Nadie volvió a hablar de él.

Alrededor de la viga se demarcó la Plaza de Armas de la Ciudad del Apóstol Santiago de la Nueva Extremadura, después el alarife Pedro de Gamboa trazó el damero y las cuadras donde se levantarían las construcciones.

Hoy, mientras camino por las calles de la ciudad que ayudé a fundar, no puedo dejar de angustiarme cuando cruzo la plaza y veo la Catedral de Santiago, el punto donde nació este país y pienso que ahí abajo aún está el hombre de cabellos amarillos, el asesinato sobre el cual se instauró todo esto, atravesado por una viga que mató algo en este valle. Me pregunto quién habrá sido, cuál habrá sido su nombre y su predicamento.

*Historia verídica del Reyno de Chile, relatada por uno de sus fundadores principales.*

Antonio Lope de Badajoz Manuscrito inédito (1876?).

Muchas personas llamaron a las radios o visitaron comisarías denunciando el mismo fenómeno: algún familiar había comenzado a escuchar pequeños ruidos provenientes debajo de las mesas o de las camas. Preguntaban a sus cercanos si sentían lo mismo que ellos. Al comienzo nadie prestó importancia.

Luego comenzaron los murmullos y las constantes revisiones.

La preocupación por la piel de la tierra bajo las tablas se hizo obsesión. Se rascaban los brazos hasta hacerlos sangrar, se escarbaban la piel del estómago o la pinchaban con agujas y tenedores; ponían el oído en el suelo y lloraban. Comenzaron a rascar la madera. Tarde o temprano, se encerraban en sus habitaciones, exigían comida y herramientas. Utilizaban cuchillos, hierros de todo tipo; rompían las tablas con martillos y picotas. Abrían la piel de la casa en un solo punto y escarbaban con las uñas, sartenes y palas durante día y noche. Le hablaban al agujero, lo consolaban, se secreteaban con él y se revolcaban en la tierra llena de clavos y astillas en medio de su habitación.

Sus parientes escuchaban atemorizados a través de la puerta.

Luego de un par de días, desaparecían. Los excavadores de sus propias tumbas, los abridores de pasadizos. Madres, abuelas, profesores dragando en sus aulas, médicos horadando el subsuelo de sus hospitales, militares usando explosivos, niños rompiendo el tableado de sus piezas con juguetes. Cientos de casas con un disparo en el suelo, sangrando tierra.

El brujo Melinao le había prometido velocidad y aliados de refuerzo en su batalla por rescatar a Clara allá en el norte, en Santiago.

—¿Cómo los llevaremos a todos? —preguntó Leonardo, rodeado de pequeños pero musculosos *traukos*, *camahuetos* y otros seres del bosque chilote. Estaban enfurecidos al enterarse de que la Pachamama era amenazada por los mismos que habían devorado los árboles y envenenado el agua.

Melinao caminó hacia el punto donde terminaba el bosque y comenzaba una pequeña explanada de pasto junto a la costa del océano Pacífico, se detuvo en el borde y cantó una canción gutural y melodiosa en idioma desconocido. El oleaje se detuvo, unas cabezas femeninas se asomaron en diferentes puntos y respondieron el canto con voces que marearon a Leonardo y lo sumergieron en un sopor agradable, lleno de imágenes aromáticas. El bramido de una tormenta lo despertó de improviso.

Melinao levantaba sus brazos, su cabeza estaba en medio de una nube de mariposas, sumergido en la tierra hasta la cintura. El océano enfurecido expulsaba *algo* desde el centro de su estómago, las olas reventaban furiosas pero contra un mismo punto en el centro de la bahía. Surgió un despojo similar a un madero envuelto en trapos mojados. Un pequeño grupo de hombres, de pie sobre el agua, tiraban de sogas subiendo *eso* desde el fondo. Los peces saltaban enloquecidos. Tres mástiles asomaron, luego velas y aparejos desde los que caían cangrejos y algas anaranjadas. Un ruido de goznes y chirridos, como si desde el cielo monstruosas poleas gastadas izaran a un pesado monstruo marino desde las profundidades. El casco del enorme barco estaba medio destrozado, la estructura completa permanecía amarrada por cuerdas y barras de metal apernadas, sosteniendo un volumen moribundo a punto de desmoronarse.

Dos cachalotes blancos apresados por cinchos de fierro, remachados a los costados de la nave, proveían de flotación y empuje al conjunto. Seres que alguna vez habían sido humanos se movían como arañas saliendo y entrando por los múltiples agujeros del barco, subiendo y bajando por el velamen y los mástiles aferrados con los dientes a las cordadas. El musgo, las algas, anémonas y crustáceos cubrían la madera, como un gran arrecife de coral con la forma de un galeón.

Melinao bajó lentamente los brazos y la nave se posó sobre la superficie, removiéndose, bufando, dando la sensación de estar viva, incómoda y enojada. El brujo giró la cabeza hacia el bosque.

—¡El Caleuche! —gritó con voz triunfante.

Leonardo, poco acostumbrado al mar y a los viajes en barco, no se mostró muy convencido.

—¿Va a aguantar el viaje? —todos lo miraron ofendidos—. La verdad es que no se ve muy firme..., y yo no sé nadar.

La carcajada de un *trauko* puede ser dolorosa, pero la de veinte de ellos al

unísono es insoportable. Melinao también sonrió, por primera vez desde hacía muchos años.

*Tralkawenu* aleteaba sobre el mástil mayor.

Decenas de brujos *acarreadores*, vestidos con sus chalecos de piel humana, llevaban volando a los camahuetos hasta el barco, mientras *pincoyas* y jibias impulsaban botes y troncos donde se equilibraban *traukos*, *konas* y otros seres, entre ellos Leonardo y el propio Melinao. El Caleuche se hundió hasta que su cubierta quedó casi a ras de agua para facilitar el abordaje.

El cabeza de la manada que habitaba el barco se acercó a oler a Melinao, se puso de pie y habló con rudimentos de español. El resto nunca emitió nada más allá de gruñidos aunque sus miradas eran a todas luces humanas.

El brujo intercambió apreciaciones acerca de tiempo, distancia y posibles imprevistos del viaje con el dueño del barco que dijo llamarse Francisco, luego se ubicó en la proa dando indicaciones a diestra y siniestra con voz potente. Leonardo lo miraba. El barco comenzó a moverse en dirección a alta mar, crujiendo como una máquina a punto de reventar, amarrada con cuerdas, alambres y clavos oxidados.

—Primero iremos a Isla de Pascua —le dijo Melinao—. Necesitaremos guerreros *tangata manu* que ayuden a contener a los combatientes psíquicos que trabajan con los conquistadores.

Leonardo asintió enérgicamente, su corazón rebosaba de alegría. Su padre no estaba muerto.

Santiago de Chile estaba sumergido en el caos. A eso de las dos de la tarde ocurrió lo impensable: se derrumbaron todos los edificios en un área de doce exactos kilómetros cuadrados en torno a la Plaza de Armas. El pánico se apoderó de quienes vivían cerca y huyeron despavoridos. En medio del bramido de la destrucción, los gritos y la polvareda ciega, aparecieron desde abajo cuatro enormes estructuras de madera y cintos de fierro remachado, una en cada vértice del área del desastre.

Brazos mecánicos articulados, fabricados con troncos y rollizos de madera — movidos por engranajes tallados en roble y cuerdas gruesas como brazos— cayeron sobre los edificios destruidos.

Haciéndolos a un costado, tomaron unas monstruosas asas de hierro que aparecían entre los escombros. Aviones de la Fuerza Aérea volaban en torno a las enormes estructuras buscando algo a qué dispararle, pero todo parecía movido a distancia, desde el subsuelo, por alguna especie de gigantesco maestro de marionetas.

Dos helicópteros Black Hawk despegaron desde los patios de La Moneda, el único edificio del perímetro que se mantuvo en pie. Así evacuaron al Presidente con todos los integrantes de su gabinete, mientras, abajo, tanques y otros vehículos artillados cruzaban las calles en dirección a las torres preparando su fuerza de ataque.

Un helicóptero de la prensa local consiguió burlar el cerco aéreo y acercarse al perímetro del derrumbe. Quería constatar la magnitud de la catástrofe, además de un detalle: que algunas iglesias permanecían de pie y otras habían aparecido súbitas desde bajo tierra.

El Presidente de la República se acercó a la ventanilla del helicóptero y pidió sobrevolar a gran altura antes de dirigirse a su refugio. Su rostro se contrajo de terror: vio que una de las torres desplegabá ganchos de fierro en diferentes puntos del enorme desierto de escombros, perfectamente cuadrado, que era ahora el centro de la capital.

Las poleas de madera, del tamaño de pequeñas casas, giraron entre feroces crujidos, tensando cuerdas del grosor de automóviles, tirando desde el subsuelo algo que arrojaba hacia los costados los restos del desastre; láminas que le abrían paso a otro Santiago elevándose desde las profundidades entre bramidos infernales. Un Santiago colonial fabricado de paredes de oro y tejas de plata, con inmensas iglesias de torres puntiagudas que echaban chispas como si transmitieran electricidad.

Un Santiago a imagen y semejanza de aquella ciudad del Apóstol Santiago de la Nueva Extremadura, desaparecida quinientos años atrás, elevándose desde el subsuelo con palancas y engranes de madera que rugían y humeaban a punto de reventar.

Las calles de la capital se colmaron de personas huyendo con lo puesto, de policías y militares intentando controlar el desorden, el pillaje y la violencia; todo se llenó de tanquetas y carros armados, de piquetes de francotiradores apuntando hacia

la ciudad colonial desde los edificios contiguos; se plagaron de móviles televisivos, camionetas con antenas parabólicas, periodistas y cámaras apuntando hacia el portento que afloraba entre los escombros del destruido centro histórico santiaguino.

El polvo era una nube rojiza cubriendo la capital con tonos apocalípticos. Desde el cielo, las carreteras se veían llenas de vehículos huyendo despavoridos.

Santiago estaba transformándose en otra cosa.

Isla de Pascua nunca se ve de la manera en que realmente es sino hasta cuando el último extranjero sale de su territorio.

Los moáis sueltan sus ataduras, liberan su peso y flotan girando a dos metros del suelo. Así se conoce la real naturaleza de la isla. Ese triángulo es una gran computadora de piedra fabricada con volcanes y silicio en medio del océano con fines no del todo claros.

Algunos dicen que Isla de Pascua es un altar donde se dará inicio a la nueva era; otros, que fue el punto donde se instaló una antigua industria para fabricar un nuevo continente, proyecto que fracasó. Aún hoy son los auténticos rapa nui, sus nativos, aquéllos capaces de activar el maná —la energía que habita en el vacío— que enciende la maquinaria; pero ya sólo con objetivos rituales. Los engranajes giran, las piezas se conectan y los ruidos de rocas friccionándose contra otras rocas llenan el ambiente con un rugido dulce, una vibración que produce el desierto florido en Atacama y hace estallar los géiseres en El Tatio.

Un barco en proceso de descomposición se acerca a gran velocidad en línea recta hacia la isla. Parece un arrecife de coral nauseabundo abriendo la marea como una navaja a un metro de la superficie. Es un barco fantasma herrumbroso, desvencijado que silba con su velamen podrido, contaminando el viento igual que un madero infectado de termitas monstruosas de aliento fétido. Es un barco vivo, lleno de animales y seres clavados o amarrados a su estructura, aullando, llorando y salmodiando sin detenerse mientras cruza el océano Pacífico.

Es una pesadilla.

Es el Caleuche llegando a Isla de Pascua.

Desde un avión se podrían haber visto a todos los moáis girando ante ese barco desconocido, surcando el oleaje mientras toma la forma de un pájaro humano. Entonces la isla ya se ha levantado varias decenas de metros en el aire para quedar a cubierto del desembarco.

Melinao, en la proa del barco, lanza unas palabras que cayeron a los pies del *tangata manu*, el jefe de los rapa nui, como pétalos de angustia, de humildad y ruego.

Entonces la isla bajó a nivel de mar y se iluminó con un destello de aprobación.

El brujo ordenó continuar a toda velocidad y girar en el último momento, mientras se lanzaba por la borda para ser tomado por cinco *pincoyas* veloces. Ellas lo acercaron a la playa Anakena y lo arrojaron sobre la arena. Melinao corrió isla adentro y sólo se detuvo cuando el aire se había solidificado tanto que le resultaba casi imposible respirar.

—¿Ya lo sabes todo? —preguntó con un hilo de voz, cayendo de rodillas.

El *tangata manu*, flotando a un centímetro del suelo, desplazó la isla completa hasta su posición, unos metros más allá, acercando a Melinao a su presencia.

—Hablas con una imagen. Esta isla es una semilla mecánica que aún no produce



su fruto, un mundo nuevo, el verdadero Nuevo Mundo que buscaban esos perros... —dijo con determinación—. Sé lo que ocurre. Sé lo que va a ocurrir. Esta isla cayó aquí enviada desde otro lado, nosotros debemos dilucidar si somos sus operadores o parte de ella. Llévate a cuatro de mis hijos y haz lo posible por contener el agujero negro que se está abriendo en tu ciudad.

Melinao quiso agradecerle pero no pudo hablar ni moverse, estaba retrocediendo en el tiempo hasta el instante en que se encontró con el *tangata manu*. Tenía frío y el cabello cano. La entrevista había tenido lugar doscientos años en el futuro y ni siquiera se había enterado. Se levantó del suelo, se quitó el polvo de sus ropas y cuatro guerreros rapa nui, de los que sólo se veían sus tatuajes moviéndose en la caminata, lo siguieron saliendo desde su propio corazón, uno por cada latido. El corazón de Melinao latía una vez cada diez años; el esfuerzo fue grande como un parto.

Una vez arriba del Caleuche, los presentó como sus lugartenientes y encargados de dirigir el combate si él caía herido de muerte. Subió al castillo de popa del barco y desde allí les habló a todos con voz sombría pero enérgica. Les dijo que enfilarían recto y sin vacilar hacia la cueva del monstruo. Los llamó a entregar cada gota de su sangre y a no retroceder como no habían retrocedido jamás los mapuche frente al demonio conquistador.

Alzando aún más su voz, les dijo que toda la memoria del continente se perdería en una nube de olvido irremontable si fracasaban. Que toda la belleza del territorio y sus hombres se esfumaría en el aire, que no quedaría a nadie para llorar y recordar a los hermanos *selknam* idos con el viento; a los hermanos *kawesqar*, disueltos en los canales del sur; a los mayas que todavía se buscaban entre las piedras allá arriba, en el Yucatán.

Les dijo que era una batalla por la memoria de la tierra.

Les pidió que hoy combatieran con él como sus hermanos de sangre.

Todos gritaron con un bramido que removió las olas y despejó las nubes del cielo. Brujos *tué-tué*, *traukos*, *camahuetos* y *pincoyas* se repartieron los restos de las armaduras dejadas por la conquista quinientos años atrás. Iban blandiendo mazas, espadas y floretes; sus lanzas fabricadas con quilas, de puntas fundidas con el metal de meteoros y trabajadas con martillos de trueno, que gritan cuando golpean y enloquecen al adversario.

Melinao regresó a la proa. Desde ahí —con una voz que vibró desde el centro de su columna vertebral— ordenó a los cachalotes nadar a toda velocidad hacia la costa de Valparaíso.

El Caleuche navegó durante largo rato, crujiendo por el esfuerzo antes de ver las primeras brumas que indicaban la costa del viejo puerto. Aún les quedaban seis horas antes de las doce de la noche y el tramo por tierra desde Valparaíso hasta llegar a Santiago se veía como una valla insalvable para el grupo de guerreros. Melinao insistía en acelerar el barco, Leonardo miraba acercarse la costa de Valparaíso

bloqueada por la Armada luego de lo ocurrido en Santiago.

Melinao pedía más velocidad y los barcos tocaron bocinas de alarma. Dos fragatas misileras comenzaron las maniobras de disparo y un acorazado avanzó para cruzarse e impedir el paso. El Caleuche llevaba una velocidad prodigiosa para un montón de maderos podridos amarrados con sogas y alambres oxidados.

Comenzaron los disparos de fusilería y las señales de detención, pero Melinao, aferrado en la proa, gritaba que nadie pensara en retroceder, que nadie hiciera otra cosa que no fuera pensar en atravesar la barrera antes de que el acorazado se cerrara y así fue: el Caleuche pasó limpio entre dos barcos y soportó proyectiles que dieron cuenta de algunos *camahuetos* y un par de *traukos*.

Parado en la proa y avanzando a toda máquina contra los muelles, llamó a los rapa nui para que se pararan uno en la popa, uno a babor y otro a estribor, y que el cuarto se ubicara, junto a él, en la proa. Leonardo se aferró a uno de los mástiles junto a otros que veían venir, con el mismo terror, el choque inminente.

Pero al «¡*Marrichiweu!*» de Melinao los rapa nui se concentraron con gran esfuerzo y vino el milagro: el Caleuche se alzó del agua lentamente, justo en el ángulo preciso que le permitió esquivar, apenas para rozarlo con la quilla, arrastrando la panza del buque con astillas y chispas, el áspero borde de concreto del muelle.

Los cachalotes gruñían espantados viendo pasar demasiado cerca camiones y postes de luz bajo sus carnes, luego las casas, monumentos y edificios para cruzar, cada vez más alto e inclinados hacia babor, los cielos de Valparaíso, evadiendo el cerro Alegre y entrando por la antigua quebrada hoy conocida como calle Ecuador.

—¡Leven ancla! ¡Desplieguen velamen! —escuchaban los atónitos porteños mientras el galeón y los cetáceos cruzaban los cerros en dirección a Santiago. A su paso dejaban una lluvia salada y restos de madera blanda, oscurecida por la humedad.

—¡Manténganse, manténganse! —les gritaba Melinao a los rapa nui que sudaban soportando no sólo el peso de la nave, sino también coordinando su propulsión rauda de acuerdo a los datos que Melinao les transmitía directo a sus oídos y a sus órganos del equilibrio, pues para ellos el viaje era similar a la angustiante sensación de caer hacia adelante en un precipicio.

Los campesinos en Casablanca y Curacaví se persignaban al ver pasar a baja altura a semejante navío envuelto en neblina, humedad y llanto de ballena, levantando polvo a toda velocidad. Las escenas de histeria en tierra se multiplicaban de acuerdo se incrementaba la gravedad de las informaciones desde Santiago, pero esto era demasiado.

—¿Cuánto tiempo tenemos, Leonardo? —preguntó el brujo sin abrir los ojos, concentrado en darle dirección y gobierno al barco.

—Son las siete de la tarde. Ellos la tienen que matar antes de medianoche. Tenemos que salvarla, pero quizá es demasiado tarde —se lamentó.

El brujo le puso una mano en el pecho con fuerza.

—¿Y qué dicen por aquí?

Leonardo apretó los dientes y miró al suelo.

—Ella está viva y hay que rescatarla, nada más.

—¿Has estado en una batalla antes?

—No.

Melinao le palmoteó la espalda.

—Nunca se deja de tener miedo —murmuró.

—¿Tú tienes miedo ahora? —preguntó el niño, mirando las nubes rojizas de la capital, el desastre allá detrás de los cerros.

—Hay que salvar a tu hermana.

—Pregunté si tenías miedo.

—Y yo te digo que no importa, que hay que salvar a tu hermana, ¿entiendes?

Leonardo suspira hondo.

—Creo que sí.

—¡*Makrghaaa-jh!* —gritó, llamando a uno de los *traukos*—. ¿Qué dicen tu pueblo acerca del miedo?

El *trauko* se acercó usando sus largos y musculosos brazos para caminar.

—«El miedo es el traidor en el castillo. El enemigo disfrazado que malaconseja al Rey. El enemigo amable que te dice al oído lo que quieres oír. No lo escuches, sólo cumple con tu deber». Eso dicen.

—Y digo que hay que atravesar el miedo y hacer lo que hay que hacer —agregó Melinao—. Eso diferencia a un hombre de un niño. ¿Entiendes?

—Entiendo —murmuró Leonardo.

—Lo sé.

Así, el navío cruza la última barrera natural, el cordón de cerros que rodea a Santiago de Chile, y se enfrenta a la catástrofe.

La capital está cubierta por una nube de polvo, un cordón de incendios rodea un área cuadrada que brilla aún a plena luz del día; monstruosas estructuras de madera y fierro se alzan por encima de edificios y de cerros circundantes. Melinao da una orden y el Caleuche baja a pocos metros sobre el terreno. Hace un gesto y el navío vira hacia el norte, escondiéndose de las carreteras atestadas, las rutas de helicópteros y redes de vigilancia militares. El barco avanza sorteando pequeños caserones y arboledas mientras se dirige a toda velocidad a un cerro en Quilicura, al norte de la ciudad.

Melinao conoce el país y sus secretos como nadie. Su papel como organizador de la resistencia contra los conquistadores y después como coordinador de los alzamientos mapuche durante la Guerra de la Araucanía, lo convertían en el que más sabía de rutas desconocidas y caminos secretos en todo el país. Llevaba al Caleuche hasta la entrada principal de un proyecto secreto del gobierno de la época que databa del siglo XIX: una red de túneles para trenes subterráneos construidos para organizar la resistencia si Chile perdía la Guerra del Pacífico. Podrían usar la fuerza de los rapa nui para mover trastos arrumbados durante cien años y llevar al pequeño ejército

hasta el centro mismo de la ciudad, de manera de enfrentar ahí la batalla más decisiva de todas contra los conquistadores.

Melinao no sabía si los túneles estaban del todo operativos, no sabía si los derrumbes los habían afectado, pero era la mejor opción y había que correr el riesgo.

—¡La montaña es una ilusión! —gritó a toda la tripulación que de nuevo se inquietaba al ver al frágil navío arremeter con fuerza, esta vez contra lo que parecía roca sólida.

El Caleuche atravesó un velo de musgo, desgarrándolo como tela envejecida. La oscuridad no era total porque el barco, por algún misterio que Leonardo no entendía, brillaba tenue en la oscuridad, lo suficiente para distinguir salientes y estructuras que pudiesen constituir algún peligro.

El navío flotaba al interior de un túnel amplio, con paredes sujetas por troncos de alerce y cinchos de fierro remachados.

En el suelo descansaban viejas máquinas oxidadas y cubiertas de polvo, algunas cajas de madera abiertas y muchos restos de cuerdas, contenedores y libros desparramados. En una pared descascarada había un enorme y desteñido mural del escudo patrio chileno, rematado por una arenga que ya no se distinguía.

Arriba, la frase:

### Puerto de embarque I O'Higgins

Así ingresaron, bajo un dintel alegórico de hierro fundido, a una estación de trenes terminal. Allí encontraron dos andenes, un techo bajo de madera con diseños de copihues y estrellas de cinco puntas. Todo en medio de rieles casi perdidos entre el musgo y dos carros destruidos por el óxido.

El Caleuche se posó en el enorme hall, incapaz de seguir por el túnel ferroviario demasiado estrecho. Melinao gritó frases en mapudungún y golpeó a Leonardo en la espalda.

—Si van a hacer algo, deberá ser hecho en el cerro Huelén.

Así que iremos en esa dirección —le dijo con una sonrisa—. Va a ser un honor pelear contigo a mi lado, hijo.

Leonardo estaba asustado, pero también sonrió y tomó el bastón de la machi Alerayén antes de subir al carro delantero junto a su padre y los traukos. Los rapa nui se acostaron en los techos, abrazados a maderos y remaches, esperando la orden de Melinao.

El brujo esperó a que todos hubieran subido a los carros y miró a Leonardo con emoción.

—¡*Marrichiweu!* —gritó levantando su maza de alerce y piedra.

El convoy comenzó a chirriar, luchando contra el óxido, el musgo y el olvido; avanzando por el andén cada vez más rápido, junto a enmohecidas estatuas de bronce

de hombres desconocidos, junto a asientos en silencio y cajones llenos de fusiles inservibles; entrando a un estrecho túnel cavado en la roca viva, incrustándose en la piel del territorio para combatir la enfermedad desde adentro.

Leonardo se aferró al brazo de su padre. El ruido de los carros sobre los rieles era atronador en la oscuridad. Melinao mantenía los ojos cerrados para ver más allá y evitar cualquier tragedia. Los *traukos* murmuraban una letanía de combate en una lengua desconocida. Todos los demás guardaban silencio, esperando el momento definitivo.

Leonardo se apegaba a su padre, sin dejar que el miedo le oscureciera la imagen de Clara, esperándolo allá adelante, sin saber de que tenía toda una familia volando a su rescate.

—*Marrichiweu* —murmuró para sí.

Santiago de Chile.

Una ciudad desolada.

Enormes columnas de humo negro surgen desde cada una de sus heridas. El valle completo es una quemadura arrasada, inciensos amargos suben al cielo llevando mensajes tristes. A ras de piso sólo quedan las patrullas de policías, militares recorriendo el perímetro colonial que espera dormido algún signo.

El resto es escombros, papeles al viento, autos vacíos.

Una patrulla de soldados avanza a paso redoblado por la Alameda Bernardo O'Higgins en dirección al puente Pío Nono, punto estratégico que une las zonas norte y sur de la urbe. La orden es establecer áreas de defensa allí y en sus alrededores.

El comandante del grupo se detiene, levanta su mano y mira alrededor, en especial hacia la entrada del metro Baquedano, desde donde cree escuchar algunos ruidos. Ordena a la mitad del piquete acercarse con cautela, bajar las escaleras y revisar los túneles. De hecho, él mismo baja pistola en mano y corre hacia la boca oeste. Allí escucha un rumor e indica a su subalterno hacer lo mismo en sentido contrario. Atrás queda un grupo de tiradores apuntando hacia las entradas y la ruta de escape.

Adentro, el rumor crece con los segundos, parece el bramido de un derrumbe que se acerca, como aguas torrenciosas bajando desde la cordillera, pero nadie sabe nada. El comandante, muy inquieto, ordena mantenerse en el lugar a pesar del ruido amenazante. Le confirman que nada debería estar avanzando por los túneles, que las cámaras no muestran indicios de actividad en ninguno de ellos a lo largo del extenso tren subterráneo que cruza Santiago de Chile.

—Nada en las cámaras, repito, nada en las cámaras —le contestan desde el radiotransmisor.

—Aquí, posición uno, solicito nuevo chequeo visual. Estoy seguro de que en los túneles hay *algo* que viene en esta dirección.

—Negativo, posición uno. Comandancia recomienda que un subalterno confirme su percepción.

—¡Digo que *algo* viene desde los túneles, por la cresta!... ¡No me vengán con que no hay nada en las cámaras! ¡No estoy loco!

—Mantenga la posición, líder uno, debe...

El comandante no alcanzó a escuchar la frase completa. Las paredes interiores de ambos túneles estallaron con tal fuerza que hicieron saltar por los aires una masa de roca y concreto en medio de una espesa nube de humo negro. Entre la niebla y la asfixia, se sintió el ruido de una horda emergiendo desde las aberturas, una marea hedionda de algo parecido a seres humanos aullando como animales, derramándose desde los agujeros.

Cuerpos blancuzcos a medio vestir, ojos desorbitados y fauces abiertas, dientes

afilados, largas uñas ennegrecidas, algunos cubiertos con restos de placas de metal que recordaban vagamente armaduras antiguas.

En medio del humo negro, el comandante ordenó fuego a discreción y comenzó el infierno. Los soldados disparaban en todas direcciones, pero tras el humo se encontraban siempre cara a cara con rostros desfigurados por el hambre y la furia.

La primera granada sólo agrandó el lugar por donde no paraban de salir más y más de esos cuerpos resecos y hediondos, algunos armados con lanzas, ballestas y otros con antiguas espadas y florines. Así fueron dando cuenta uno por uno de los soldados que retrocedían hacia los accesos.

Los encargados de vigilar las cámaras no podían creer lo que veían. La escena en Baquedano comenzaba a repetirse en cada estación de metro con mayor o menor resistencia. Las hordas emergían a la calle gritando y corriendo en todas direcciones.

Las estaciones estaban supurando como heridas infectadas y la ciudad parecía reventar como un fruto podrido, exudando larvas y gusanos por cada absceso abierto en sus costados.

Las hordas no tardaron en enfrentarse a patrullas y pelotones que eran superados y aniquilados con rapidez. Más bien devorados por la masa hambrienta que avanzaba, humeando, aún afectada por el sol que bajaba por el occidente, pero más resistente y fuerte a medida que se acercaba la hora del fin del conjuro.

Helicópteros sobrevolaban el área y ametrallaban las enormes masas blancuzcas que desde el cielo parecían moverse como bandadas de pájaros, rápidas y coordinadas. La misma coordinación que sirvió para organizar una colosal descarga de ballestas contra un Black Hawk hasta herirlo de muerte, haciéndolo caer en la ladera sur del cerro San Cristóbal.

Santiago era dominado por una imparable ola de locos aullando palabras y frases en español antiguo, con signos y cruces marcadas en la piel a punta de clavos o vidrios.

Leonardo miraba por la ventana del vagón de la misma manera como lo hizo cuando llegó a Arica. De pronto el mundo se había vuelto un espacio incomprensible, gigantesco y, a la vez, frágil. Algo ocurría en su interior, además. Las imágenes se le vinieron encima con violencia. Quiso llorar pero se contuvo, respiró muy hondo, miró a su padre y se aferró al bastón de la machi. Afuera estaba oscuro, vio alrededor y pensó que quizás en unas horas todos ellos podrían estar muertos; quizá él mismo y su padre podrían morir.

«¡Qué estupidez más grande!», pensó de pronto y se puso de pie, respirando con fuerza y con los ojos muy abiertos. Algunos *traukos* giraron sus gruesos cuellos para mirarle de costado.

Dos sonrieron con burla. Leonardo enrojeció y volvió a sentarse. Afuera, la oscuridad se disipaba tenue.

El vagón repiqueteaba y crujía sobre las líneas oxidadas con un ruido sordo lleno de eco. De pronto la reverberación cesó y salieron a una enorme cavidad interior, alta como la catedral más alta que un gigante pudiera construir, iluminada desde lo alto por haces naturales que caían bañando un espacio que parecía submarino, cruzado por el polen y algunos insectos de tamaño inusual. Una gruta de formación geológica de varios kilómetros cuadrados de superficie.

En el fondo, mucho más abajo del puente por donde cruzaba raudo el tren, se veía un complejo de antiguas construcciones de mármol y metal, una ciudad en ruinas edificada en forma de una estrella de cinco puntas, como los restos panza arriba de algún monstruoso insecto, encarcelado en esa especie de valle sumergido y abandonado por el tiempo.

Todos se volcaron hacia las ventanas para observar el espectáculo: galpones de madera con nombres del tipo *4.º de Línea* y *2.º de Línea Granaderos*, apenas legibles en los techos, se extendían en los extremos, mientras edificios administrativos de arquitectura neoclásica levantaban sus columnas y capiteles para sostener techos de hierro adornados con vitrales oscurecidos por el polvo de los años; el edificio del centro era una enorme palacio rematado por una cúpula monumental, ornamentada con estrellas y guirnaldas de copihues en relieve.

Los *traukos* son conocidos por su increíble visión a distancia, por eso no extrañó que uno lograra leer algo que a Leonardo le sonó como:

#### Palacio del Pueblo de Chile

Más allá, un ejército de pequeños dirigibles reventados contra el suelo como frutas podridas, un par de ellos aún sosteniendo sus estructuras de forma ovoide y hechas de madera, se revelaban como cazas de combate livianos, armados de



ametralladoras Krupp y un pequeño motor de vapor en la popa.

El niño se horrorizó al descubrirse, detrás del palacio, un mar de esqueletos humanos desperdigados. Todos vestidos con ropas militares, algunos todavía con sus fusiles al hombro.

Algo espantoso les había ocurrido en muy poco tiempo, sólo el suficiente para darse cuenta del peligro y huir algunos metros hacia las escaleras que parecían conducir —quién sabe dónde— más allá de las paredes de la gruta.

Esqueletos de caballos, cubiertos con placas de metal y cargando ametralladoras adosadas a sus costados, yacían junto a perros amarrados con cinchos de fierro a minas explosivas, madres cargando niños pequeños, hombres con pañuelos amarrados a sus rostros como evitando respirar algo peligroso.

Nadie decía nada en los vagones, todos miraban en silencio el cuadro mortuorio de una tragedia detenida en el tiempo. Más adelante, la entrada a un nuevo túnel, en el extremo opuesto de la gruta, puso fin a la fantasmagórica imagen para adentrarse en las entrañas del suelo santiaguino.

Sobre la entrada, una placa de bronce verdosa rezaba:

Santa María del Carmen del nuevo Santiago

1881

—Lo que vamos a hacer esta noche —dijo de pronto Melinao, desde el extremo delantero del vagón—, no es salvar a mi hija, ni siquiera detener a los que intentan destruirnos y apoderarse de todo lo que amamos. Lo que vamos a hacer esta noche es aquello que acostumbrábamos y que hemos olvidado: fundirnos en un gran abrazo los hombres, los árboles, los pumas y los *pillanes* para convertirnos en uno solo. Pensar como uno, actuar como uno y prevalecer.

Leonardo veía, a medida que Melinao hablaba, que los rostros de las *pincoyas* modificaban su color y se volvían más suaves.

Los *traukos* se ponían de pie, los *camahuetos* asomaban sus narices desde los carros posteriores. Algunos *konas* mapuche inflaban el pecho y se amarraban el pelo con trariloncos.

—El hombre es la mente del territorio; los árboles son los intestinos; los animales son el corazón y la sangre que corre libre. Juntos formamos el cuerpo que da vida a la Pachamama.

Ya nunca más el hombre contra el animal, el *pillán* contra el hombre o el árbol contra la tierra. Esta noche no estamos salvando a la Pachamama, mis hermanos, nos estamos salvando a nosotros mismos.

El rostro duro y anguloso de Melinao —que daba la apariencia de haber sido tallado al hacha en madera de alerce—, permaneció silencioso y rígido, como el mascarón de proa de todo un territorio. En ese momento, el brujo chilote era la cara de la tierra saliendo desde las profundidades a pelear centímetro a centímetro por su

existencia. El silencio que reverberó tras sus palabras fue quebrado por una voz delgada, pero llena de convicción.

—*¡Marrichiweu!* —gritó Leonardo desde el fondo del carro, levantando su bastón. Todos giraron para mirar al niño pequeño y asustadizo, pero ahora se encontraron a un joven con el ceño fruncido y los mismos ojos pétreos de su padre. Entonces gritaron al unísono en un bramido que resonó en lo profundo del valle hundido bajo Santiago.

—*¡Marrichiweu!*

El último reducto defensivo en el centro de Santiago, compuesto de hombres del regimiento Tacna, se encontraba en un edificio frente al cerro Santa Lucía y absolutamente rodeado.

Se habían distribuido en los techos haciendo de francotiradores.

«Un tiro, un *gusano*», les había recalcado su capitán, muerto hacía una hora, buscando la máxima eficacia en un combate que ya se sabía perdido.

Dos cabos de ejército, un sargento de marina, tres conscriptos y cuatro civiles armados, uno de ellos no mayor de quince años, era toda la dotación que tenía por objetivo disminuir en algo la marea incesante de enemigos que surgían por paredes, desagües y grietas de la ciudad.

Agotados —y un par de ellos al borde de una crisis de pánico—, olvidaron todo por un instante para ser testigos de una excéntrica procesión que subía por una ladera del cerro, dirigiéndose a la cumbre: despojos humanos vestidos con armaduras oxidadas, cayéndose a pedazos, trajes podridos y armamento corroído por los años; ballestas y arcabuces amarrados con alambres. Una parodia grotesca de algún rito religioso desconocido.

Uno de ellos llevaba una cruz con una botella de sangre colgando su centro, otro cargaba un frasco lleno de huesos cortados en láminas, otro llevaba en sus hombros un saco amarrado del que sobresalían dos delgadas piernas de niña. Intentaron dar aviso por los radiotransmisores, pero la estática y la saturación impidieron el contacto.

Para entonces, las fuerzas en los pisos inferiores del edificio resistían retrocediendo hacia arriba, superados en número.

Los *gusanos* —como luego todos los llamaron— trepaban sobre los cuerpos de otros gusanos muertos por los disparos en su carrera hacia la azotea, gritando frases incomprensibles y golpeándose el pecho con los puños. Hasta que sin aviso se detuvieron y comenzaron a olisquear el aire en dirección al cielo.

Los soldados jadeaban, se miraban sin comprender el silencio repentino.

De pronto, un rumor acompañado de pequeños temblores remeció los cimientos del edificio y el asfalto de la calle. Veinte metros más abajo, el pavimento estalló en pedazos, dando paso a un convoy de tres largos y desvencijados carros de tren que irrumpió en medio de una nube de polvo. Los gusanos retrocedieron buscando las escaleras para bajar y atacar a los pasajeros en los vagones mientras otros, más eufóricos, se lanzaron desde las alturas contra ellos.

Los soldados en la azotea vieron siluetas humanas entre la polvareda, escucharon gritos en castellano antiguo y comenzaron a dispararles a los gusanos que intentaban acercarse desde distintas posiciones, intuyendo que debían apoyarlos. Alguien miró hacia arriba y saludó con una mano... ¡parecía un niño! Detrás suyo un pequeño ejército de coloridos seres armados bajó por puertas y ventanas. En su camino hacia

el cerro levaban lanzas y mazas de piedra para destruir todo a su paso.

Al frente había un hombre moreno vociferando órdenes en algo que les sonó a lengua mapuche.

—¡*Marrichiweu!* —gritaba Melinao sin parar, corriendo hacia la cima del cerro, golpeando con su maza las cabezas de los gusanos que se abalanzaban sobre ellos, en tanto Leonardo corría detrás con el corazón asustado pero con las manos firmes, blandiendo el bastón de cabeza de bronce de la machi Alerayén.

Dos *traukos* los flanqueaban en su avance. El resto quedó más atrás, distribuyéndose en un anillo en torno al cerro para impedir que más gusanos llegaran a la cumbre. Todos sabían que era una batalla perdida, todos tenían claro que nada podían hacer contra el ejército innumerable que los conquistadores habían preparado durante quinientos años bajo tierra; sólo había que sostener un muro que durara lo suficiente para que Melinao y Leonardo salvaran a Clara de morir, para así regresar al tren y huir de ahí. Con ella segura, los conquistadores verán frustrado su deseo de cortar el linaje y evitar un nuevo conjuro que los enviará de regreso al infierno por quinientos años más.

Melinao sube furioso hacia la cima, pero está preocupado: el número de defensores es demasiado alto, mucho más de los que esperaba. Le grita a los *traukos* que formen un perímetro en torno a él y levanta los brazos hacia la Cordillera de los Andes. Grita frases pesadas como piedras, acuna los brazos como sosteniendo a un niño y le habla con amor acerca de la madre que necesita de su ayuda, luego apunta a un cerro en particular y cierra los ojos.

Una línea negra aparece en el cielo, luego se engrosa y desgrana en miles de puntitos dispersos por las nubes al oriente de la capital. Son miles de brujos montados en cóndores que oscurecen el cielo de Santiago y se acercan a la batalla contra los gusanos que infectan la tierra. Vienen cantando. Las ballestas comienzan a hacer su trabajo, pero ellos también cargan en picada en atrevidas maniobras, arrojando lanzas y piedras que se sacan de la boca a gran velocidad.

La batalla es terrible. Melinao mira hacia el sur y llama a sus brujos hermanos que quedaron allá, en Chiloé, esperando su señal. Usa su columna vertebral como antena y transmite una clave de auxilio potente que recorre la tierra vibrando.

La isla de Chiloé se ve quieta a la distancia, pero pequeñas luces comienzan a levantarse hasta llenar el cielo sobre sus lomas con estelas luminosas que se dirigen veloces hasta Santiago. Son brujos envueltos en chalecos de piel humana luminiscente, armados con frases explosivas, miradas aterradoras y deseos corrosivos. Cargan bombas de sal que lacerarán hasta disolver los huesos de los gusanos; algunos cargan frascos con lágrimas del Nazareno de Caguach para quemar los ojos y congelar el deseo. Melinao sonrío, siente que puede comenzar a subir nuevamente y toma a Leonardo de la mano para reiniciar la carrera, ayudado por los *traukos* que le abren camino.

Cuando llegan a la cima, dos enormes gusanos salen de la nada y toman a los

*traukos* en vilo para arrojarlos cerro abajo.

Con espuma en la boca se lanzaron contra el brujo, pero Melinao gira esquivando sus garras y les quiebra el cráneo en un bello movimiento giratorio que a Leonardo le parece ejecutado en cámara lenta. Queda en cuclillas y con la maza en el suelo cubierta de sangre acuosa, hirviente y amarillenta. Mira hacia abajo y recibe el gesto de uno de los rapa nui, indicándole que el anillo en torno a la cumbre está formado, aislando a quienes están arriba del resto de las hordas al menos por un tiempo.

—¡Papá! —grita Leonardo. Detrás de la roca más alta está el kallawaya, en su forma humana, flanqueado por dos ancianos desnutridos, con la piel reseca pegada a los huesos y vestidos con ropajes hediondos y armaduras que se caen a pedazos.

Frágiles, sus ojos, sin embargo, parecen carbones encendidos con toda la furia del mundo. Frente a ellos, sobre una roca plana, está Clara, encogida sobre sí misma. Lloro sin consuelo.

Cunza gira lentamente sus ojos hacia ellos, sin mover la cabeza.

—¿Tú eres Melinao? —dice el kallawaya hablando con las pupilas—. ¿El inútil que destruyó todo su ejército de una sola vez?

—A ti no te conozco, recordaría la fetidez de tu alma. Dime tu nombre.

—Kallawaya, Cunza, Kalku... tengo tantos nombres.

—El hijo de un huevo fecundado por una culebra negra, un pozo de agua mala.

—*Serpiente emplumada*, si me haces el favor.

—Impostor.

—Don Pedro me contó acerca de tus capacidades como estratega.

—¿También te contó de cuando nos entregó la información que permitió elaborar el conjuro?

El kallawaya no se mueve, pero Diego de Almagro gira el rostro buscando a Pedro de Valdivia.

—¿Todos estos años —sonríe Melinao—, y me van a decir que no sabían que él los traicionó allá en Tucapel? ¿Cómo creen que sobrevivió a esa carnicería?

—¡Cállate! —grita don Pedro, sosteniéndose de las rocas para expulsar su ira—. ¡No vas a confundirnos en nuestro momento de gloria, indio malparido!

El kallawaya avanzó hacia Melinao blandiendo una larga vara de oro que hizo girar en el aire como aspas veloces. Saltó hacia él lanzando dos golpes que el mapuche apenas evitó girando sobre sí mismo, lanzando un barrido de su maza que alcanzó un pie de su adversario, derribándolo pesadamente.

El kallawaya gritó desde el suelo una palabra tan dura que Melinao cayó de espaldas apenas conteniendo la onda expansiva que vibró largo rato en torno a su cabeza.

La batalla fue tan vertiginosa que Leonardo a veces no pudo distinguir quién era quién. Las luces lo cegaban, los estallidos le partían los tímpanos y le parecía que eran dos fuerzas de la naturaleza atacándose con terremotos y erupciones, tsunamis y avalanchas explotando en un espacio muy reducido. Una pequeña pero poderosa

tormenta se movía en torno a los guerreros, expulsando rayos y derribando mundos completos.

Los conquistadores, Clara y Leonardo se aferraban apenas de lo que podían para evitar ser arrastrados por el torbellino humeante que envolvía a Melinao y Cunza. La cima del cerro Santa Lucía parecía una tragedia geológica quebrándose a martillazos, a golpes de trueno y fuego visibles a mucha distancia.

El kallawaya giró el brazo de un modo sutil, preparando la muñeca para un golpe que Melinao intuyó no iba dirigido a él. Una roca estalló desde la mano de Cunza y una enorme punta salió disparada hacia Clara. Melinao desvió su atención; Leonardo, también.

El kallawaya golpeó en el pecho al brujo aprovechando su descuido, pero el chico interceptó en el aire la roca con el bastón de la machi, partiéndola en pedazos que rebotaron en todas direcciones. Cuando se levantó, Melinao estaba de espalda en el suelo, moviéndose con dificultad.

—¡Papá! —gritó, abalanzándose sobre Cunza. Éste apenas giró la mano en un gesto y Leonardo salió volando para caer un par de metros más allá, adolorido por el impacto.

El kallawaya levantó su vara para clavarla en el pecho de Melinao cuando sintió un dolor quemante en su brazo derecho; giró para ver a Clara, temblando, enarbolando el bastón de la machi. La niña le había dado un golpe con algo que parecía dañarlo. Melinao aprovechó el descuido y lo golpeó con los pies, arrojándolo con fuerza contra las rocas. Le quitó el bastón a la niña y abrió la punta de bronce.

—¡Leonardo! ¡Arrójame la piedra!

El niño se arrancó el saquito del cuello y lo arrojó a sus manos. El brujo metió la Kalfukura en la punta y la cerró. Se acercó a Cunza, malherido.

—Volveré en tus sueños, Melinao.

—Te estaré esperando —respondió y le clavó el bastón en el centro del pecho con todas sus fuerzas. La detonación la escucharon en todo el valle de Santiago.

Una luz negra cayó hacia arriba, como un chorro de agua estallando contra el cielo a baja altura. Un alarido ensordecedor subió por ella hasta perderse en la negrura del cosmos herido. Melinao cayó desvanecido junto al agujero negro que había sido Cunza. El niño corrió a socorrerlo. Clara se acercó caminando, aún con el bastón en las manos.

—Le dijiste *papá*.

—Se llama Melinao.

—Pero le dijiste *papá*. Eso significa que...

—¿Y los viejos arrugados, Clara?

—Arrancaron cuando él mató a Cunza —la niña lo miró hipnotizada—. Le dijiste *papá*.

Dos *traukos* han aparecido desde una ladera gruñendo y gritando que el anillo defensivo está cediendo, que son demasiados gusanos y que no tardarán en abrir una

brecha, que se hace imposible bajar de regreso al tren a menos que Melinao tenga algún otro plan en mente.

Leonardo y un *trauko* consiguen levantar al brujo y llevarlo con gran esfuerzo hacia una de las rocas, está malherido y apenas consciente. Un rapa nui llega corriendo diciendo que el anillo está retrocediendo cada vez más, luego ayuda a Leonardo a levantar a Melinao y suben las últimas rocas hasta la cima, como escapando hacia la proa de un barco que se hunde.

Abajo, en tanto, los primero gusanos que superan la brecha corren hacia ellos y son abatidos por los golpes de aire de los rapa nui, pero cada vez son más numerosos. El anillo defensivo ya es visible para los niños. Clara tiembla pero no llora, Leonardo la abraza. *Traukos, camahuetos, pincoyas, konas*, golpean y caen uno tras otro sosteniendo la barrera cada vez más débil, más delgada ante la ola de gusanos enfurecidos que aúllan y mastican el aire. Leonardo cierra los ojos y abraza a su hermana en la cima del cerro.

El aroma de la madera húmeda es muy característico, sobre todo de la humedecida con agua de mar, el olor no desaparece con facilidad y se siente su mezcla de yodo y alga a mucha distancia. Leonardo abre los ojos y no puede creer lo que ve, es el Caleuche apareciendo detrás del cerro, girando en el aire como un enorme cetáceo en el agua transparente de Santiago, elevándose quizá demasiado inclinado hacia la derecha. Mira a los rapa nui que tienen los ojos cerrados, sangrando de nariz y oídos por el esfuerzo de sostener semejante peso suspendido sobre el suelo.

—¡Recibe la cuerda y amárrate a ella! —le gritan desde la altura.

Leonardo la pasa por debajo de los brazos de su padre ayudado por Clara y hacen la señal de izar. Luego amarra a Clara, que lo mira envuelta en una luz llena de flores.

—No tengo miedo.

La niña se deja asir, luego suben a Leonardo y a los rapa nui, unos pocos *traukos* y un par de *pincoyas*, antes que los gusanos finalmente alcancen la cumbre y completen su vana victoria sobre la roca del dolor. Se quedan ahí, aullándole al navío que se aleja rápido hacia el norte con su carga sana y salva a bordo.

—¿Qué le pasó al brujo?

—Creo que está malherido. ¿Hay alguien que lo pueda ayudar? —dice el niño.

—No te preocupes, ahora debe estar lleno de escarabajos por dentro, haciéndole curaciones y moviendo tejido de aquí para allá. Déjalo tranquilo, en un par de horas estará como nuevo.

—Es que no tenemos tanto tiempo. Ya son las nueve de la noche y debemos llegar antes de medianoche a Arica.

—¿Estás loco? Mira a los pascuenses, están destrozándose por dentro, no creo que soporten mucho más sosteniendo este atado de palos en el aire; es imprescindible llegar al mar para que descansen.

Leonardo se toma la cabeza y camina por la cubierta como lobo enjaulado. Clara

no se ha separado de Melinao; está sentada junto a él y lo mira; a veces le toma la mano o busca algo tras los párpados cerrados del brujo. No ha soltado el bastón de la machi Alerayén en ningún momento: en el interior de su punta de bronce descansa la Kalfukura.

Pone su oído en el pecho del brujo.

Escucha voces, gritos, ruidos de faenas.

—Al menos llévanos hasta la Laguna del Inca, en Portillo.

Desde ahí podemos saltar un par de veces hasta Arica.

—Este barco se está cayendo a pedazos. El esfuerzo ha sido demasiado. Tengo que llevarlo hasta el mar o no podremos regresar jamás a Chiloé. Además, el brujo me dijo que no los dejara solos.

—¡El brujo está inconsciente y malherido! No sabe que vamos a fracasar... Si estuviera despierto, te aseguro que te diría lo mismo ¡Llévanos hasta la laguna, ahora!

—El brujo me dijo que...

—¡Ahora yo voy al mando y te digo que me lleves a la laguna! Leonardo está transfigurado, de pie en medio de la cubierta del Caleuche, gritándole al capitán con el dedo apuntando hacia el norte y el rostro duro. Todos en silencio. El capitán mira al brujo, baja la mirada y hace un gesto a su subordinado.

—En dos horas estaremos sobre la Laguna del Inca.

—Que sea una hora y media.

El capitán se acerca y le dice en voz baja:

—¿Sabes lo que significa?

—Lo sé. Que el Caleuche se posará en la Laguna del Inca con el último esfuerzo de los rapa nui y no podrá regresar a Chiloé.

El capitán suspira mirando el navío.

—Haz que valga la pena, cabro chico.



—¿Tenemos alguna esperanza, don Pedro?

Un par de esqueletos grises, apenas cubiertos por músculos secos y tendones endurecidos, observa la extensión de su derrota sobre la piedra del dolor. Una ciudad completa sitiada por ejércitos inútiles, envuelta en humo, incendios y gritos. A lo lejos se sienten explosiones, focos de resistencia. En cualquier momento comenzarán los verdaderos ataques, los pájaros de acero cruzarán los cielos, inmunes a las ballestas. Los halcones les dijeron que enormes transportes viajan desde el norte y el sur llenos de soldados cargando armas poderosas.

Es de noche, pero no ven el cielo.

Los incendios lo impiden.

Hacia el oriente, algunas decenas de líneas luminosas se elevan desde el horizonte como estrellas cayendo hacia arriba.

—¿Hay esperanza?

—Que fracasen, que no lleguen a tiempo.

Las líneas luminosas en el cielo trazan amplias curvas y comienzan a caer, cada una pariendo un pequeño infierno, arrojado por alguna fuerza monstruosa más allá de la vista.

—Cuando fracasen, habrá guerra.

La primera estrella cae en el centro mismo de Santiago de la Nueva Extremadura, estallando en fuego y lava como el martillo de algún dios furioso.

—Destruyen nuestra ciudad.

—No importa, construiremos otra.

—Volverán a hacerlo.

—No moriremos, hoy estarás conmigo en el paraíso.

Detrás caen una a una el resto de las estrellas, partiendo el cielo con cada estampido; destrozando la ciudad subterránea, iluminando el valle con golpes de luz y fuego líquido, fognazos que dejan ver los cuerpos quemados y escombros ennegrecidos.

—No es momento de llorar. Su fracaso será nuestro triunfo.

—¡La laguna!

Unos kilómetros más adelante, entre los cerros oscuros y una noche despejada, se ve el reflejo de un espejo de plata asomado en laderas muy pronunciadas.

Leonardo corre hacia Melinao que está despierto desde hace un par de minutos. Se ve bien, aunque demasiado débil.

—Aún tenemos una hora... Iremos tú, Clara y yo. La gente del barco se quedará en la laguna. Dicen que podrán sumergirse y buscar algún pasaje hasta el mar, dicen que ya no los necesitamos.

Melinao asiente, su mirada se detiene en Clara, de pie unos metros más allá, sosteniendo el bastón como protegiéndose de algo, los ojos fijos en él.

—Es tan preciosa como tu mamá —le dice al niño—. La última vez que los vi ella aún estaba en la panza de tu mamá, y podíamos escucharla reír nadando en su interior. Clarita reía antes de nacer. Yo te tenía en brazos, eras muy llorón, pero ella iluminaba la pancita de tu mamá..., no necesitábamos luz en la noche, con ella bastaba. Fue la última vez que fui feliz... Ahora tengo que explicarte por qué tuve que irme.

—Tranquilo —dice Leonardo, con una fuerza que conmueve al brujo—. Ya vamos a hablar de eso. Ahora tenemos cosas más importantes que hacer.

El Caleuche se mueve con dificultad entre los cerros, se inclina, tiembla, parece que va a caer en cualquier momento.

Sólo tres rapa nui continúan el trabajo, el cuarto yace en el suelo roto por dentro, sangrando de la nariz y los oídos.

El navío baja casi a ras de suelo; la respiración estremecida de los cachalotes levanta polvo y piedras. Se acerca a la laguna cada vez más lento hasta quedar encima y caer de golpe sobre el agua. Es un chapuzón violento que arroja a todos contra la cubierta.

—¡Ahora! —grita Leonardo y salta por la borda junto a dos *pincoyas* que lo llevan nadando hasta la costa. Clara y Melinao siguen su ejemplo. Juntos corren hacia la caverna con gran dificultad; las rocas y la debilidad del brujo impiden avanzar todo lo rápido que Leonardo hubiera querido.

—Hace casi diez años que no andaba por aquí.

—Quedan cuarenta minutos.

—¿Sabes lo que hay que hacer con la piedra?

—No, pero supongo que tú sí. No hables o te vas a cansar más.

Melinao se siente cada vez mejor. Más adelante, la entrada a la caverna se abre dando la bienvenida con su canto a muy baja frecuencia.

El viaje es veloz y muy incómodo, atravesando el interior de cerros y el suelo de desiertos secos, ásperos, milenarios. Capas geológicas que alguna vez fueron fondos marinos repletos de vida, hoy son rocas repletas de fantasmas. Quebradas profundas,

pampa vitrificada, restos de soldados centenarios buscando el camino de regreso a casa, cobre y polvo lunar; huellas de mineros tristes y abandono.

La caverna se agrieta, exuda tierra y se resquebraja en los bordes, tiembla. Con su último esfuerzo los expulsa desde el suelo mismo hacia la superficie, como trozos de comida indeseados que vuelan un par de metros para caer al suelo blanco del salar de Atacama. Se levantan, Leonardo revisa a Clara; Melinao los revisa a los dos.

—Media hora.

Corren hacia el ojo de agua un kilómetro a la distancia.

Melinao se adelanta y salta dentro. Detrás viene Leonardo y Clara de la mano.

Caen de bruces a través de la Puerta de la Luna.

—Arica —murmura el brujo, deteniéndose un segundo a contemplar el paisaje.

—¡Vamos! ¡Quedan veinte minutos, por favor!

—Espera —le dice el brujo tomándolo de un hombro—. Hace años que no hago esto, déjame intentarlo. Entonces emite un sonido gutural, extenso y molesto que hace que los niños se tapen los oídos.

La piel de Melinao se estira, sus huesos crujen y él contiene el dolor con el rostro contraído. Sus formas se pierden, los dedos se ennegrecen, el cuello se quiebra; se reordena, cambia el color, el cabello cae. El brujo gruñe y se deforma temblando, bañado en sudor. Clara grita y Leonardo la abraza, igual de impresionado.

Ante ellos, un enorme huemul, casi del tamaño de un caballo, alza su cornamenta y bufa moviendo su cabeza hacia la costa. Se inclina. Los niños lo montan.

—Sujétate bien, Clarita.

El huemul recorre las escalinatas y salta hacia el antiguo suelo marino de Arica, galopando entre rocas y depresiones del terreno a toda velocidad.

El viento despeina a los niños, pero ni Clara suelta su bastón ni Leonardo a ella. El hermoso animal zigzaguea por la costra endurecida que fuera barro salado hasta alcanzar el muelle, escala las rocas sin dificultad y salta a la calle entre las miradas atónitas de los pocos transeúntes que caminan por la costanera a esas horas de la noche.

—¡Tienes que ir por la calle de la costa! —le grita Leonardo, aferrado con fuerza a las crines del huemul, pero el animal parece saber a la perfección dónde ir: esquivando el centro de la ciudad, entrando a pasajes y calles, galopando con absoluta seguridad, atravesando entre plazas y saltando bancas con toda la fuerza de sus patas.

«Población Juan Noé», piensa Leonardo al pasar junto al edificio del rodoviario municipal, para luego internarse en los pasajes de la población donde su madre espera moribunda.

«Pasaje 7, casa 962».

El huemul se detiene. Está lleno de personajes cargando velas y figuras sacras. La transformación es veloz, dolorosa.

Melinao suda sin parar pero no descansa, toma a los niños de las manos y, entre miradas y cuchicheos, entra tambaleante hasta el patio, la escalera, y el túnel bajo

tierra. La sala del final se mantiene repleta de mujeres salmodiando y cantando antiquísimas canciones quechuas. Todas golpean con colores la mente de Leonardo.

—¡Hijo mío, por Dios! —gritó Mamatina, abriéndose paso entre las matronas para caer de rodillas abrazando al niño—. Pensé que no te vería nunca más.

—Mamatina —le dijo Leonardo, separándola de su abrazo y mirándola a los ojos—, trajimos la piedra, para salvar a la mamá.

La habitación se llenó de murmullos. La mujer se puso de pie y retrocedió mirando a Melinao apenas si esbozándole una sonrisa, y más pendiente de abrirle el paso al niño hasta la mujer en la camilla. Leonardo se acercó para mirarla con detención, se veía hermosa en su sueño iluminado de velas y lámparas temblorosas. Giró para pedirle el bastón a Clara. La niña se lo entregó y retrocedió. Melinao la abrazó y ella le tomó la mano. Leonardo se hincó y acercó el rostro a su oído.

—Mamita —susurró—, regresé... Traje la Kalfukura.

Tomó el bastón y le sacó la punta. Extrajo la Piedra Azul que destelló intensa en presencia de la Pachamama hasta tomar una suave textura azulada, como de arena electrificada.

Leonardo giró hacia Melinao.

—Qué tengo que hacer...

—Ponerla en su pecho. Debería hundirse buscando su lugar como el Corazón de la Tierra.

El niño hizo lo indicado: puso la piedra sobre el pecho de la mujer agonizante y esperó.

Toda la pieza estaba en profunda expectación. Algunos miraban sus relojes, otros rezaban en silencio.

Leonardo miró al brujo. Pasaban los minutos y nada.

Alguien carraspeó.

Leonardo tomó la piedra, la levantó y volvió a ponerla en el mismo sitio con un poco más de presión. Se pasó la mano por la boca nerviosamente.

—¿Papá?

Melinao miraba estupefacto; Clara le apretó la mano.

Leonardo volvió a levantar la piedra y a ponerla en el pecho de la mujer, casi golpeándola. Los murmullos crecieron en intensidad.

—Cinco minutos para la medianoche —dijo alguien.

Una mujer comenzó a llorar.

—¿Papá, qué pasa?

Melinao permanecía en silencio y Leonardo entró en pánico.

Volteó hacia cada una de las mujeres en la sala, buscando una respuesta. Jadeaba. Miró a Melinao. Tomó la piedra y le abrió la boca a la mujer, intentando introducísela por la garganta, pero tres matronas, entre ellas Mamatina, se adelantaron a impedirselo. El niño gritó y cayó al suelo de rodillas.

—¡Qué quiere! —le gritó a su Mamatina—. ¿Dígame qué quiere de mí?

Clara comenzó a sollozar en la penumbra de la caverna.

Leonardo miró a su madre con los ojos llenos de lágrimas y cayó sobre su pecho en un abrazo desesperado.

—Mamita —le murmuró al oído—. Perdóname. Es mentira que quiero que te mueras. Es mentira lo que te dije el otro día.

No te mueras, mamita..., ahora que te encontré, no te vayas, por favor. Discúlpame, mamita.

Leonardo sollozaba en medio del silencio de la habitación; sólo Clara lo acompañaba en su tristeza.

—Encontré al papá, mamita. Me cuidó y me trajo hasta acá.

También encontré a mi hermanita..., ella también está aquí.

Por favor despierta para que nos veas a todos juntos, por favor... Ahora vamos a ser muy felices, te lo juro. Vamos a vivir con la Mamatina, con el papá y la Clarita, todos juntos, ¿cierto? Por favor, no te vayas ahora.

—Medianoche —anunció con un susurro una voz cercana.

Las mujeres comenzaron a llorar: todo parecía haber terminado.

Leonardo era el que hacía el ruido más fuerte. Mamatina puso cara de pregunta, ese ruido era diferente, ella conocía a su chiquillo. Leonardo no estaba llorando; lo había criado desde que usaba pañales; él se estaba riendo. Avanzó dos pasos y lo tomó del hombro, Leonardo giró y dejó al descubierto los ojos semiabiertos y la tenue sonrisa de la Pachamama.

—¿De qué se ríen? —preguntó la Mamatina, ofuscada.

—Le decía que era mi mamá, pero ni siquiera sabía cómo se llamaba —dijo el niño, ahora sonriendo y secándose las lágrimas—. Y me dijo que se llamaba Blanca..., pero es muy morenita.

Todos en la caverna se acercaron llorando, pero esta vez de alegría. La noticia corrió como la pólvora encendida hacia el exterior y de inmediato hubo cantos y bailes por todo Arica.

Luego el fervor se extendería hacia el altiplano y a la cordillera, haciendo que el territorio completo riera y bailara, iluminando sus flores y los vientres de todas las madres del continente.

Melinao se acercó con Clara, que se escondía detrás del brujo con los ojos bien abiertos.

—Eres preciosa —dijo Blanca, sentándose y estirándole una mano. La niña se escondió un poco más durante unos minutos, pero pronto estuvo sentada en el regazo de la mujer, acariciándole el cabello. Melinao permanecía a un costado y Leonardo de pie frente a ellos, contándole cada detalle de lo que tuvieron que hacer para llegar sanos y salvos de regreso a Arica.

Llamaron a la Mamatina, que seguía la escena desde un rincón. La invitaron a sumarse al abrazo y a la fiesta.

Todos juntos de nuevo.

Para comenzar otra vez.

Días después, Melinao, Clara y Leonardo pasean por la costanera frente la ciudad emergida frente a Arica, que se levanta de sus ruinas como lo hacen las ciudades que están vivas en el corazón de su gente. Nadie ha vuelto a hablar de brujas, de terremotos o de acabos de mundo. Clara y Leonardo saben que es mejor no contar las maravillas que hay en este territorio y que no todos deben conocer. Saben que los *traukos* existen; se preguntan si el Caleuche habrá podido regresar a Chiloé; si los rapa nui estarán recuperándose de sus heridas en alguna choza de toromiro junto al Rano Kao.

Las noticias no detallan mucho acerca de lo que le ocurrió a Santiago. Melinao dice que la ciudad quizá sea reconstruida más al sur, quizá el valle necesite algo más que edificios nuevos y tapar sus agujeros; quizá sanar de otra forma antes de ser reutilizado.

Algunos santiaguinos han llegado a Arica buscando olvidar y comenzar de nuevo. Tienen el rostro triste, aunque para eso está el jugo de guayaba y los dulces de mango; para eso está la fuerza de la Pachamama y su latido amoroso que acuna a sus hijos y les da lo necesario.

Nunca de más.

Nunca de menos.

La costanera está preciosa y Leonardo, feliz. Después de caminar por la playa de La Lisera, se adentran en el antiguo fondo marino en dirección a la Puerta de la Luna. Llegan a sus escalinatas y contemplan las piedras lustrosas llenas de figuras contando historias aún por descifrar.

—Los conquistadores —murmura el brujo—; buscando oro y gemas, cuando siempre fuiste tú, Clarita, la verdadera Kalfukura.

La verdadera piedra preciosa.

—¿Ella es el Corazón de la Tierra?

—Ella es la Pachamama, ahora. El continente alberga hoy el corazón de una niña. ¿Se te ocurre algo más lindo que eso? —¿Y la piedra, entonces?

Melinao sonrío y suben juntos las escalinatas de la Puerta de la Luna.

—La piedra estaba aquí antes de que llegaran los conquistadores.

Si la ponemos de regreso donde corresponde, el continente entero florecerá. Las machis podrán entenderse con los pájaros otra vez. La tierra despertará y los árboles podrán conversar con los hombres. El puma pedirá su venia a la liebre y la liebre entenderá. Los ríos entonarán canciones que todos comprenderemos y nadie levantará una mano inútil contra los bosques, porque se alzarán el trueno y la abeja para defenderlo.

Clara saca la Piedra Azul, sencilla pero hermosa.

—¿Qué hacemos, papá? —pregunta la niña.

—¿Qué quieres hacer tú?

—Quiero ponerla.

—Pongámosla, entonces —dice y levanta a su hija hacia el umbral luminoso.  
La niña estira la mano.